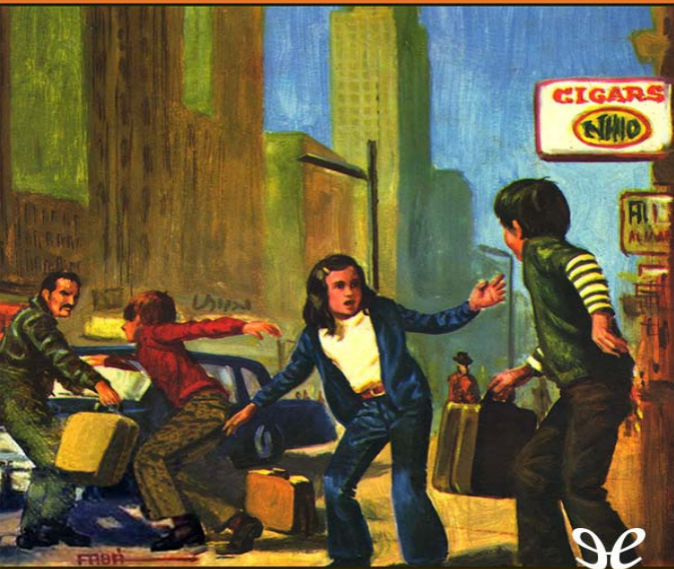


Los Hollister



30

EN NUEVA YORK



de

JERRY WEST

Pete compra un viejo libro sobre túneles de Nueva York. Dentro encuentra un mensaje escrito en chino, con una única palabra en inglés: «¡Socorro!». Los Hollister llevan la misteriosa nota a un amigo chino para que lo traduzca y descubren que la nota fue escrita hace 20 años.





Jerry West

Los Hollister en Nueva York

Los Hollister - 30

ePub r1.1

nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and
the Mystery in Skyscraper City*

Jerry West, 1959

Traducción: Consuelo G. de Ortega

Ilustraciones: Antonio Borrell

Diseño de portada: Salvador Fabá

Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1



UN MENSAJE MISTERIOSO



—«Los Túneles Secretos de la Ciudad de Nueva York» —leyó Pete Hollister, en voz alta, a su hermana Pam —. ¡Zambomba! ¡Debe de ser un libro muy emocionante!

El deportivo Pete, de doce años, tomó el libro de la mesa en que se exponían los volúmenes de ocasión, de

la venta que se efectuaba todos los años en la biblioteca de la Escuela Lincoln. Era el último día de escuela, antes de empezar las vacaciones estivales y el lugar estaba lleno de niños.

—¿Qué te parece a ti este libro, Pam? —preguntó Pete.

Pam, que tenía diez años y el cabello suave y ondulado, miró la primera página.

—Parece misterioso y tenebroso —replicó la niña, sonriendo—. Y sólo vale veinticinco centavos. ¡Vamos a comprarlo!

—De acuerdo —asintió Pete, encaminándose a la mesa de la señorita

Allen, la bibliotecaria, para entregarle el cuarto de dólar, valor de la compra.

—Espero que os divirtáis con la lectura sobre los túneles secretos, Pete —dijo la bibliotecaria, una señora canosa, de dulce sonrisa.

—Seguramente así será, señorita Allen. A nosotros nos gustan mucho los misterios.

Los azules ojos de Pete chispeaban, mientras iba pasando las hojas del libro recién adquirido. De pronto, dos hojas del final se abrieron de par en par. Entre ellas había un papel doblado.



Pete, sintiendo curiosidad, lo desdobló y vio que estaba cubierto de

negros y misteriosos signos orientales.

—¡Pam, mira! —exclamó el muchachito.

La niña corrió a su lado y ambos examinaron con gran interés la extraña escritura.

—Hay una palabra en inglés —observó Pam, muy emocionada, señalando el pie del papel—. Dice: «¡Socorro!».

—Es muy raro —comentó Pete—. ¿Qué querrá decir lo otro?

Miró la cubierta y primeras hojas del libro, por si llevaba el nombre del propietario anterior, pero no encontró nada.

Pam opinaba que tal vez una persona en apuros había escrito aquella nota y la había colocado entre las páginas, con la esperanza de que alguien llegara a encontrarla.

—Lo que yo quisiera saber es qué significa el resto de lo escrito —murmuró Pete—. Este libro se publicó hace quince años —concluyó, después de mirar la fecha de edición.

—Pero la nota puede estar aquí desde hace poco tiempo —sugirió Pam—. A lo mejor hemos sido los primeros en encontrarla.

Y como era una personita bondadosa, siempre dispuesta a prestar

ayuda a los demás, Pam propuso a su hermano:

—Vamos a llevar la nota a casa y se la enseñaremos a mamá.

Pete abrió de nuevo el libro.

—Si pudiéramos averiguar quién dio este libro para que fuera vendido, puede que el misterio quedase resuelto —dijo Pete.

Y, muy decidido, acudió a la bibliotecaria para preguntárselo.

Pero la señorita Allen no pudo ayudarles porque no lo sabía.

—Nunca tomo nota de las personas que nos traen libros. Por eso no tengo ni idea de quién regaló éste.

En aquel momento, Joey Brill asomó la cabeza por encima del hombro de Pete, para averiguar qué estaba ocurriendo. Joey era más alto que Pete, aunque tenía la misma edad. Siempre andaba molestando y gastando jugarretas a los Hollister, desde que la familia se trasladó a Shoreham.

—¿Qué dice ahí? —preguntó Joey, viendo que Pam ojeaba la nota.

—No es más que un mensaje en idioma extranjero —dijo Pete—. Puede que sea chino o japonés.

—Déjame ver —exigió el chico.

Y sin dar tiempo a que la niña le entregase el mensaje, Joey se lo arrebató

de las manos.

—¡No hagas eso! —protestó Pete, indignado por las malas maneras del otro.

Joey, con la nota sujeta en su mano, elevada por encima de la cabeza, sonreía retador:

—Pero ¡si ni siquiera es vuestra!

—La nota estaba en este libro que ha comprado Pete —dijo Pam—. Devuélvenosla, Joey.

Joey bajó la mano y miró la nota con una rápida ojeada.

—Esto es escritura egipcia —declaró, con aires de importancia—. Y no quiere decir nada. No la necesitáis.

Pete, furioso, exigió:

—¡Devuélvenos la nota!

Para entonces, otros niños que estaban en la biblioteca habían oído la conversación y se volvieron a mirar al camorrista.

—¿Y si no lo hago? —preguntó el chico, retador.

—¡Entonces, te la quitaré! —replicó Pete, aproximándose al grandullón.

—¡Inténtalo!

Pete se acercó a apoderarse de la nota, pero Joey volvió a levantarla por encima de su cabeza. Y cuando Pete tiró del brazo de Joey hacia abajo, el camorrista le dio un puñetazo en la cara.

—¡No hagas eso! ¡Eres malísimo! —
gritó Pam.

La bibliotecaria levantó la cabeza a tiempo de ver cómo Pete retorció el brazo a Joey, hasta hacerle soltar la nota. Pam, a toda prisa, se acercó, recogió el papel y lo metió en el libro.

—Conque quieres pelea, ¿eh? —dijo Joey, con la cara roja de ira.

Antes de que Pete hubiera podido contestar, Joey le dio un fortísimo empujón, con ambas manos.

—¡Cuidado, Pete! —advirtió Pam.

Su hermano retrocedió de espaldas, hacia la mesa de la bibliotecaria, dónde había varias pilas de libros.

—¡Cuidado! —gritó la señorita Allen, levantándose de la silla.

Pero Pete no pudo recobrar el equilibrio. Chocó contra un lado de la mesa y cayó, entre una lluvia de libros que volaron por los aires. Uno de los volúmenes patinó por la mesa de la bibliotecaria, haciendo caer al suelo, con gran estrépito, el tintero. Todos los presentes contuvieron una exclamación.

—¿Te has hecho daño, Pete? —preguntó Pam, preocupada.



—Estoy bien, Pam.

Pero, cuando Pete volvió a estar en pie, un gran charco de tinta se extendía por el suelo cerca de la mesa de la

bibliotecaria.

—¡Miren lo que ha hecho Pete Hollister! —dijo Joey, triunfante.

Pero la señorita Allen no iba a dejarse engañar.

—¡Tanta culpa como él has tenido tú, Joey Brill! —dijo.

—Lo siento —se disculpó Pete con la bibliotecaria—. Yo lo limpiaré, señorita Allen.

—Y Joey te ayudará —declaró la señorita Allen—. Encontraréis un cubo y bayetas en el armario del vestíbulo.

—Yo no quiero ayudarle —declaró Joey, ceñudo.

Pero ante la severa mirada de la

bibliotecaria, el chico no tuvo más remedio que obedecer.

Juntos, Pete y él fueron al vestíbulo y regresaron a los pocos minutos con un cubo de agua caliente, jabonosa, y varias bayetas. Juntos recogieron la tinta y empezaron a frotar las manchas.

—¡Una cosa que no me gusta hacer es fregar suelos! —se lamentó Joey.

Pete no hizo comentario alguno y continuó su tarea con interés. Eso enfureció a Joey.

—Me las pagarás por esto —dijo, entre dientes, mientras concluían su trabajo.

—Tú no me asustas —le respondió

Pete.

La señorita Allen dijo a los dos muchachos que habían hecho un buen trabajo. Pero añadió:

—No se os vuelva a ocurrir pelearos en la biblioteca. Joey, llévate el cubo al cuarto del portero y vacíalo por el fregadero.

El camorrista masculló una protesta, pero agarró el cubo y desapareció de la habitación.

En aquel momento un hombre entró en la biblioteca. Era bajo, delgado y bien vestido. Al mirar sus ojos, Pam notó al momento que tenía aspecto oriental.

El desconocido se dirigió directamente a la mesa de la señorita Allen, se inclinó con toda cortesía y dijo, con voz suave:

—He sabido que tiene usted un libro sobre los túneles secretos de Nueva York. Me gustaría comprarlo.

—Hemos tenido ese libro —respondió la bibliotecaria—, pero me temo que ha llegado usted demasiado tarde. Pete Hollister lo compró hace unos pocos minutos.

El hombre se volvió para echar una mirada observadora por la sala.

—¿Quién de vosotros es Pete Hollister? —preguntó.

—Yo soy, señor —contestó Pete, dando un paso al frente.

El muchachito experimentó una extraña inquietud cuando el hombre le miró de arriba abajo para acabar fijando la vista en el libro que tenía en las manos.

—Me interesa ese libro sobre los túneles secretos de Nueva York —dijo—. Te pagaré por él cinco dólares.

—¡Cinco dólares! —exclamó Pam, atónita—. Pero ¡si a mi hermano no le ha costado más que veinticinco centavos!

—No importa —replicó el desconocido—. Yo estoy dispuesto a daros por él cinco dólares. —Buscó en,

el bolsillo, sacó una cartera, y de ella extrajo un billete nuevecito. Lo tendió a Pete, diciendo—: Aquí tienes. Ahora, dame el libro.

Pete no aceptó el dinero. Primero miró a su hermana y luego a la bibliotecaria. No sabía qué hacer.

Si el libro valía cinco dólares para aquel hombre, tenía que existir un motivo especial, razonó el chico. ¿Podía ser debido a la nota misteriosa, escondida entre las páginas?

Pete respiró profundamente y dijo:

—No quiero vender el libro, señor.

Siguió un momento de absoluto silencio; todos esperaban ver cómo

reaccionaba el hombre. El desconocido sonrió con desgana. En seguida se volvió a Pam para pedirle:

—Haz el favor de pedirle a tu hermano que no cometa la tontería de rehusar mi oferta.

Pam no titubeó. Y su respuesta pareció dejar muy compungido al oriental.

—Tampoco yo creo que Pete deba venderlo —dijo la niña.

En aquel momento volvió a entrar Joey en la sala y se apresuró a averiguar qué estaba ocurriendo. Al enterarse de que Pete había rehusado sacar tan gran beneficio, dijo:

—¿Cómo puedes ser tan tonto, Pete?
Los Hollister no le hicieron ningún caso.

—Por última vez —dijo el hombre, con una nota de impaciencia en su voz —. Os daré cinco dólares por el libro.
De nuevo tendió el billete a Pete.

—No, gracias.

El hombre se puso rojo de ira y una expresión agresiva asomó a sus ojos, mientras volvía a guardarse el billete en la cartera.

—Lo lamentarás —dijo, mientras se encaminaba a la puerta—. ¡Vas a lamentar no haberme vendido ese libro!
¡Espera y verás lo que sucede!

PALILLOS DE MALA SUERTE



Mientras el desconocido abandonaba la biblioteca, se produjo un creciente murmullo de voces y exclamaciones.

—¡Bien por Pete!

—¡Has hecho muy bien!

—¡Puede que el libro valga cien

dólares!

Los amigos de los Hollister continuaron pronunciando frases de aprobación para el comportamiento de Pete, e incluso la señorita Allen confesó que le parecía que el desconocido había sido grosero y exigente.

Joey era el único que no estaba de acuerdo.

—Yo creo que cualquiera que no acepta cinco dólares por un libro viejo, es un idiota —dijo, y se marchó con la cabeza muy alta.

Pete y Pam aún se quedaron un rato, escogiendo unos libros para sus hermanos Sue, Holly y Ricky. Luego,

después de desear a la señorita Allen unas felices vacaciones, salieron de la escuela.

Al llegar a las escaleras de la fachada miraron a todas partes, por si veían al oriental. No había rastro del hombre. Pero en la acera, Pam vio un objeto pequeño que brillaba a la luz del sol. Era una carterita de cerillas, de brillante color rojo. La niña se inclinó a recogerla.



Al leer lo que decía en la tapa
contuvo un grito de asombro.

—¡Mira, Pete!

Impreso en letras negras, con filete

dorado, se leía:

RESTAURANTE «FLOR DE
LOTO»
EL MEJOR DEL BARRIO
CHINO
NUEVA YORK CITY

—¡Zambomba! ¡Apostaría algo a que se le ha caído a ese hombre! Debe de ser chino y viene de Nueva York.

—¿Tú crees que habrá venido hasta Shoreham sólo para comprar ese viejo libro sobre los túneles? —preguntó Pam.

—A lo mejor. El libro o la carta

pueden ser muy valiosos.

Los dos hermanos dieron la vuelta en la esquina y se marcharon a toda prisa. Por el camino, Pam comentó:

—Lo que no puedo comprender es cómo sabía que el libro estaba en venta en nuestra escuela.

—A lo mejor se lo dijo la persona que lo entregó para que fuese vendido.

Pam estuvo de acuerdo en que podía tratarse de eso. Al final de cada curso escolar, los alumnos recogían por toda la ciudad libros usados. Luego, con el dinero de la venta, se adquirirían libros nuevos para la biblioteca del colegio.

—Tal vez mamá nos dé una idea de

lo que podemos hacer —dijo Pam, mientras su hermano y ella entraban en el camino del jardín.

La casa de los Hollister, un edificio grande y acogedor, se encontraba aislada de la carretera por un amplio jardín. El patio trasero lindaba con el maravilloso Lago de los Pinos.

—¡Hola, mamá! —saludó Pam.

—Hola, queridos —contesto la madre, una señora esbelta y bonita, de cabello rubio, que estaba cortando unos tallos de flores de dragón en el jardín.

La señora Hollister vestía, en aquel momento, pantalón largo, una camisa a cuadros, blancos guantes de algodón de

jardinería y un sombrero de paja de anchas alas.



Cerca de ella se encontraban los

otros tres hermanos Hollister. Ricky, de ocho años, inspeccionaba una hilera de plantas de judías verdes que empezaban a florecer. Tenía enmarañado el cabello rojizo y por sus pecas parecía como si le hubieran salpicado la naricilla con semilla de amapola.

Holly, de seis años, estaba escarbando la tierra de una docena de tomateras. También llevaba pantalones largos y, por su modo de manejar la azada, se veía que estaba acostumbrada a la jardinería.

Muy cerca de ella, arrodillada en el suelo, estaba su hermana de cuatro años, la simpática Sue. En una mano sostenía

un bote de hojalata en el que iba depositando las lombrices que Holly, al remover la tierra, había hecho salir a la superficie.

Cuando Pete y Pam corrieron al lado de su madre, ésta preguntó, alegremente:

—¿Cómo ha ido la venta de libros de ocasión?

—Muy bien —respondió Pete—. Hemos comprado libros para todos.

—¡Vivaaa! —gritó Sue.

—Pero el mejor de todos los libros es el de «Los Túneles Secretos de Nueva York» —dijo Pete—. Y tiene dentro un mensaje misterioso.

—¿De verdad?

—Sí. ¡Un misterio! —dijo Pam—.

¿Qué piensas de eso, mamá?

Tendió la nota a la señora Hollister, que se quitó los guantes de jardinería y miró la extraña escritura.

—¿Dónde habéis encontrado esto?

Pam contó cómo habían adquirido el libro y que un hombre desconocido y poco atento quiso obtenerlo a buen precio.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, soltando su herramienta de jardinero para correr al lado de Pam—. ¡Otro misterio que resolver!

—¡Qué lástima que no sepamos leer el chino, japonés o lo que quiera que

sean estos signos! —murmuró la señora Hollister.

Sue no había prestado mucha atención a lo que se hablaba hasta que oyó pronunciar la palabra «chino». Entonces dejó la lata de gusanos para que sus amigos, los petirrojos, se alimentasen, y se aproximó a Pam, sacudiéndose las tiznadas manecitas sobre sus pantalones.

—Yo «sabo» quién puede leer chino —anunció.

—¿Quién? —preguntó, al instante Ricky.

—El papá y la mamá de Norma.

—¡Es cierto! —exclamó la señora

Hollister—. Norma Chen.

—Está en mi guardería y es muy «listísima» —aseguró la pequeña, con suma gravedad.

Norma, una niña de ojos y cabellos negros, era hija del señor Sam Chen y su esposa, que dirigían el Restaurante Pagoda, en Shoreham. Eran muy afables y trabajadores, y estaban muy bien considerados en la comunidad.

Pam miró a su hermana menor con orgullo.

—Buena idea, Sue. Podemos ir todos a casa del señor Chen a enseñarle la nota. Si está escrita en chino, seguramente podrán traducírnosla.

—Estoy segura de que os ayudarán, si pueden —afirmó la señora Hollister, devolviendo la nota a Pam y haciéndose cargo de los cuatro libros que sus hijos mayores habían comprado.

Los cinco hermanos estaban cruzando el prado, cuando la madre les llamó:

—¡Pete! ¡Ricky! Se me había olvidado... Papá ha telefoneado para decir que vosotros dos teníais que ir al Centro Comercial, tan pronto como Pete regresara.

—¿Para qué? —preguntó Pete.

—Es un secreto —repuso la señora Hollister, con los ojos chispeantes.

Pete, sonriendo, dijo a su hermano:
—Vamos, Ricky.

Se acordó que las tres niñas visitarían a los Chen, para que les tradujesen la nota, mientras los chicos iban al Centro Comercial. El Centro Comercial era el establecimiento de ferretería, artículos deportivos y juguetes que el señor Hollister poseía en el centro de la población. Pete y Ricky se encaminaron hacia allí.

También las niñas corrían a solucionar su problema. Quince minutos más tarde llegaban al restaurante del señor Chen, que no quedaba lejos del Centro Comercial. Abrieron la puerta y

entraron. Unos cuantos comensales se sentaban en sillas de bambú ante mesitas redondas.

—¡Yaaamm!... ¡Qué olor tan bueno a guisado! Seguro que es «chow mein» —comentó Pam, al tiempo que veía salir a un camarero de la cocina.

El camarero era bajito, de rostro ancho y carnoso, y amplia sonrisa.

—¿Os gusta la comida china? ¿Queréis un «chow mein» como éste? —preguntó a los niños.

—No. Gracias —repuso Pam—. Estamos buscando al señor Chen.

—El señor Chen no está ahora —contestó el camarero, que pronunciaba

el inglés con dificultad.

—Yo quería ver a Norma —hizo saber Sue.

La sonrisa del camarero se tornó aún más amplia al preguntar:

—¿Sel amiguita de Nolma? Ella vive en puerta de al lado, en apaltamento Chen.

—Muchas gracias —contestó Holly, y ella y sus hermanas salieron a toda prisa y pasaron a la puerta inmediata.

El edificio inmediato tenía apartamentos tanto en el piso alto como en la planta baja. Pam leyó los nombres en los buzones de la entrada y así supo que los Chen vivían en el piso alto.

Les abrió la puerta una señora china, de expresión afable, que llevaba el negro cabello recogido en un moño, en la nuca.

—¿Cómo está usted, señora Chen?
—dijo Sue, muy formal comportándose como un adulto—. Le presento a mis hermanas.

—Me alegra mucho veros —contestó la señora, sonriendo—. ¿Venís a jugar con Norma?

—No. No es eso —repuso Pam, sin rodeos—. Es que tenemos una nota escrita en algún idioma oriental, señora Chen. Pensamos que, a lo mejor, es chino, y usted podría traducírnoslo.

—Entrad, entrad —invitó la señora Chen.

Así lo hicieron las niñas y la señora cerró la puerta.

—Hola, Sue —saludó una niñita de ojos brillantes, que apareció, patinando, en la estancia.

—Hola, Norma —saludó Sue—. ¿Has hecho más dibujos con los dedos?

Norma describió varios círculos en el suelo, deslizándose sobre un solo pie, mientras miraba de reojo a su madre.

—Norma hace muy bonitos dibujos con los dedos —dijo, sonriendo, la señora Chen—. Lo que yo desearía es que no los hiciera en las paredes de su

dormitorio.

—No los haré más, mamáíta. Te lo prometo.

—Sentaos, haced el favor —invitó la señora Chen, señalando un sofá cercano.

Pam le dio la nota.

—¿Sabe usted lo que dice aquí, señora Chen? —preguntó.

La señora leyó lentamente.

—Está en chino —dijo, al fin—.

Pero...

—¿Qué? —preguntó Holly, impaciente.

La señora Chen sonrió.

—Antes de revelaros su contenido,

me gustaría mostrarle la nota a mi marido.

Las niñas Hollister se preguntaron a qué vendría aquello, pero imaginaron que podría tratarse de una costumbre china. Quizá las esposas chinas tenían que consultar con su marido antes de dar cualquier información.

—Muy bien —dijo Pam—. ¿Podemos esperar a venga su marido, señora Chen?

—Desde luego. Y, ya que estáis aquí, quedaos a comer, por favor.

—Nos gustaría mucho —contestó Pam—. Pero tendríamos que telefonar a mamá para que sepa dónde estamos.

La señora Chen mostró a Pam el teléfono, en el vestíbulo, y la señora Hollister accedió, de buena gana, a que sus hijas se quedasen allí a comer. Mientras la señora china preparaba la comida, las cuatro niñas jugaron, juntas, en la salita.

—La comida está servida —anunció la alegre voz de la señora Chen, desde el comedor.

Las niñas ocuparon sus puestos a la mesa.

—Qué suerte —dijo Norma—. Tenemos carne de cerdo y verduras chinas.

—¿Os gustaría comer con palillos?

—preguntó la señora Chen a sus invitadas.

—Sí, sí. ¡Qué divertido! —exclamó Holly.

La anfitriona proporcionó a cada niña un par de palillos chinos.

—¿Cómo se usan? —preguntó Sue.

—Miradme a mí —dijo la amable señora Chen, sosteniendo los palillos entre los dedos de su mano derecha, para tomar con ellos los trocitos de comida que iba llevándose a la boca.

Los trozos de cerdo y las sabrosas verduras no resultaban demasiado difíciles de comer para las niñas americanas, pero el arroz no era lo

mismo. La pobre Sue probó una vez y otra hasta conseguir sujetar entre los dos resbaladizos palillos unos cuantos granos de arroz, el tiempo suficiente para llevárselo a la boca. Pero, invariablemente, el arroz volvía a caer, antes de que ella lograra probarlo. Obstinada, la pequeña colocó los palillos casi paralelos y, por fin, consiguió levantar una bolita de granos de arroz.

«Esta vez saldrá bien», pensó la pequeñita, abriendo de par en par la boca, al tiempo que sujetaba los palillos con fuerza.

Pero, sin saber cómo, los palillos

cambiaron inesperadamente de posición, y ¡zaaass! El arroz salió disparado y fue a aterrizar en el cabello de la niña.

—¡Pero, Sue! —exclamó Pam, mientras Holly y Norma se echaban a reír.

La señora Chen se apresuró a ir en busca de una toalla y con ella limpió los cabellos de Sue. Luego ofreció a la pequeña una cuchara, diciendo:

—Tal vez sea preferible que el arroz lo comas con esto.



—Gracias. Ya veo que «necesito» practicar mucho para ser una niña china —contestó Sue.

—Me gusta mucho la comida china

—dijo Holly, cuando la señora Chen volvió a sentarse con ellas—. Y, sobre todo, esto. ¿Qué es? —preguntó, tomando entre los palillos una tirita delgada de una hortaliza blanca.

—Son brotes de judías —repuso la señora Chen.

—Pobrecitas judías. ¿No las han dejado crecer? —murmuró Sue en tono de protesta.

A lo largo de la comida, Pam habló con la señora Chen del libro que Pete y ella habían comprado en la venta de ocasión del colegio.

La señora quedó muy sorprendida.

—Hay que ver qué casualidad...

Precisamente yo contribuí con ese libro a la venta de vuestro colegio.

—¿De verdad? —preguntó Pam, tan asombrada, que los palillos se le cayeron de la mano.

La señora Chen explicó a las niñas que aquel libro se lo había dejado un cliente en el restaurante, dos años atrás. Y no había vuelto a reclamarlo.

—Por eso se me ocurrió darlo para la venta en el colegio —murmuró. Y añadió, pensativa—: Por cierto que algo muy extraño ha ocurrido esta mañana.

Según siguió explicando la señora Chan, hacía pocas horas se había presentado un hombre en el restaurante.

Parecía tener mezcla de chino.

—Precisamente ese hombre me preguntó por el libro de «Los Túneles de Nueva York».

—Y usted ¿qué hizo? —preguntó Pam.

—Le indiqué que fuese a la biblioteca donde se efectuaba la venta.

En ese momento se abrió la puerta y un señor chino entró en la casa.

—¡Papá! —exclamó Norma—. ¡Tenemos amiguitas!

El señor Chen estrechó la mano a cada una de las hermanas Hollister, según se las fueron presentando. Luego, su esposa le habló en chino,

apresuradamente, y le pasó la nota.

El señor Chen la leyó varias veces, mientras Pam, Holly y Sue le observaban con atención. Y todas vieron una extraña expresión en el rostro del señor Chen.

EQUIPO PARA JÓVENES DETECTIVES



—¿Qué dice la nota, señor Chen? — preguntó Pam, sin poder dominar su curiosidad.

El chino movió la cabeza, murmurando:

—Esta nota fue escrita en Nueva York por un tal Yuen Foo a su hijo.

Habla de un viaje de Foo a China, hace trece años, y el padre estaba preocupado, pensando que tal vez no volvería.

—Y ¿qué quiere decir la palabra «socorro», que hemos leído ahí? — quiso saber Pam.

—Eso no puedo comprenderlo — respondió el señor Chen, devolviendo la nota a la niña.

—Muchas gracias, señor Chen — dijo Pam, cuando sus hermanas y ella se disponían a marchar—. Pete y yo pensamos que el mensaje podría ser algo muy importante.

—Y puede serlo —admitió el chino

—. Os deseo suerte para que encontréis la solución. Y siento no poder ayudaros.

Después de dar las gracias a la señora Chen por la deliciosa comida, las niñas se marcharon. Mientras caminaban en dirección a su casa, Pam iba pensando que estaba segura de que aquella carta ocultaba un profundo misterio. ¡Si pudieran resolverlo! Los Hollister habían solucionado ya muchos misterios, desde que llegaron a Shoreham, y eran bien conocidos como jóvenes detectives de gran calidad.

Cuando se encontraban cerca de una esquina, a medio camino de su casa, un coche se detuvo junto al bordillo, a su

derecha, y de él salió un hombre.

Pam ahogó un grito de sorpresa. ¡Era la misma persona que tanto empeño demostrara en comprarles el libro en la biblioteca del colegio!

Advirtiendo que Pam le miraba, preocupada, el desconocido dijo:

—No te asustes de mí, jovencita.

—No... Si... si no me asusto — tartamudeó Pam, agarrando fuertemente las manos de Holly y Sue.

—Todo lo que quiero es el libro que habla de los túneles —dijo el hombre, apremiante.

—No lo llevo ahora —contestó Pam, deseosa de alejar de sí a aquel

hombre—. Está en casa.

El desconocido se quedó tan desalentado que, por un momento, Pam sintió lástima de él. Y hasta se atrevió a preguntar:

—¿Por qué le interesa tanto ese libro, señor?

Al instante se alegró la expresión del hombre.

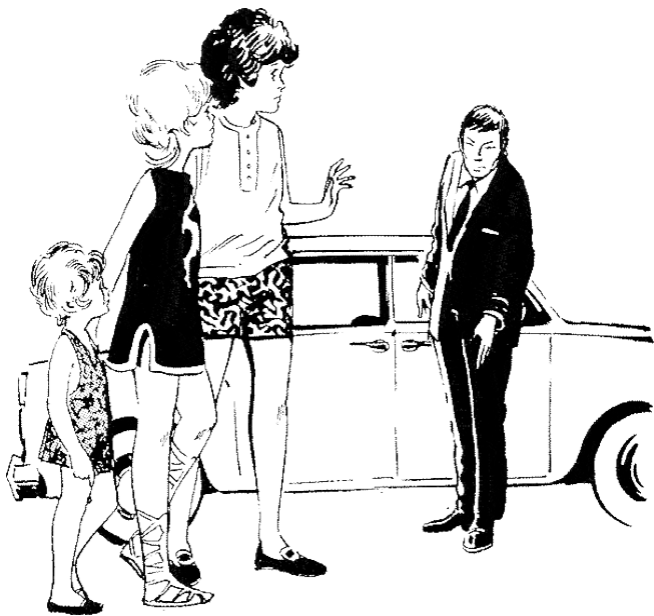
—Con sinceridad, no voy a decirles que es el libro lo que busco, sino una nota en la que se da una receta secreta para la Sopa de Nido de Pájaro.

Holly no pudo evitar el echarse a reír.

—¿Sopa de Nido de Pájaro? ¿No es

una broma?

—Es completamente en serio.



El desconocido explicó a las niñas que existe una especie de golondrina que

construye sus nidos en los acantilados, cerca de la costa sur de China.

—Esas golondrinas capturan pescado y lo almacenan, en trocitos, en sus nidos, con objeto de que las crías siempre tengan alimento de repuesto. Los nativos toman los nidos y los emplean para hacer una sopa deliciosa —añadió el forastero, que concluyó, sonriente—: Por eso estoy yo en Shoreham.

Holly objetó, de inmediato:

—Pero ¡si en Shoreham no tenemos nidos de pájaro que sirvan para hacer sopa!

—Es verdad. Pero tenéis una antigua

receta que dejó mi tío, un famoso cocinero. La metió en un libro que, por desgracia, se dejó en un restaurante de aquí, de Shoreham. Estoy siguiendo la pista de esa receta hace tiempo y ahora...

El hombre extendió los brazos, en un gesto de desilusión.

La historia del hombre sirvió para que la simpatía que había empezado a sentir Pam por él se transformase en sospecha. Si el señor Chen había traducido la nota correctamente, el hombre que tenían delante no decía la verdad.

En consecuencia, la niña decidió

probar la honradez del forastero.

Metió la mano en su bolsillo, sacó la nota, la desdobló y la sostuvo delante del hombre.

—¿Ésta es la receta? —preguntó.

Los negros ojos del hombre recorrieron con rapidez el papel. Luego sonrió ampliamente.

—Sí. Ésta es —respondió.

Pero, cuando él alargaba la mano para apoderarse del papel, Pam se apresuró a guardárselo en el bolsillo y retrocedió. Al mismo tiempo, Holly exclamó:

—Esto no es la receta. Nosotros ya sabemos lo que dice.

El forastero se puso muy furioso. Miró a un extremo y otro de la calle y, por fin, se aproximó a Pam, como dispuesto a quitarle la nota. Pero, por suerte, la niña vio en aquel momento que Pete y Ricky aparecían por la esquina. Pete llevaba un paquete bajo el brazo.

—¡De prisa! —gritó Holly, apuradísima.

El hombre, al ver a los chicos, retrocedió hasta su coche. Abrió la puerta, saltó al interior y se alejó a toda prisa. Mientras el coche se alejaba, Pam leyó el número de matrícula del estado de Nueva York, con la intención de retenerlo en su memoria.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —exclamó Pete, llegando junto a las niñas.

Pam, nerviosamente, explicó a sus hermanos lo ocurrido.

—¡Zambomba! ¿Qué acabará siendo todo esto? —murmuró Pete.

Y Pam declaró, muy convencida:

—Desde luego, no busca ninguna receta.

—Desde luego que no —concordó Pete—. Pero ¿por qué tendrá tanto interés en esa nota de Yuen Foo?

—¿Qué es eso que llevas bajo el brazo? —preguntó Holly, viendo el gran paquete.

Pete hizo un guiño a su hermano

Ricky al replicar:

—Es un regalo de papá. Algo nuevo que quiere vender en la tienda. Quiere que primero lo probemos nosotros.

Los cinco hermanos se sentaron en el bordillo y Pete rasgó el papel del paquete. Dentro vieron una caja que llevaba escritas, con grandes letras, las palabras: «EQUIPO PARA JÓVENES DETECTIVES».

Pete lo abrió en seguida.

—¿Verdad que es estupendo? — comentó con Pam.

—¡Maravilloso! —contestó la hermana mayor.

La caja contenía todo lo necesario

para tomar huellas digitales, productos químicos para hacer aparecer tintas invisibles, y un juego de esposas.

—¡Carambola! ¡Ahora sí que podremos ser buenos detectives, con esto! —opinó Ricky, en tono grave—. Podremos descubrir a todo el mundo.

Pam empezó a leer con gran interés las instrucciones. Cuando más ocupada estaba en ello, al final de la calle aparecieron dos chicos montados en bicicleta.

—¡Vaya! Por ahí vienen Joey y Will —se lamentó Holly.



Will Wilson era amigo de Joey y se pasaba la mayor parte del tiempo jugando con el camorrista. Por su propia

cuenta, Will no solía molestar a la gente, pero en compañía de Joey no cesaba de hacer trastadas.

—Hagamos como si no les hubiésemos visto —aconsejó Pam, mientras los dos chicos se aproximaban.

Pero Joey y Will se detuvieron, apoyando un pie el bordillo.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó Joey.

—Es sólo un juego —replicó Pete.

—¡Ah! ¿Sí? Y ¿qué clase de juego? —preguntó Will.

—Haced el favor de iros y no molestarnos —pidió Pam.

Una sonrisilla asomó a los labios de Joey que dijo, despreciativo:

—No tienes que estar molesta porque haya vencido a tu hermano esta mañana.

—¡Tú no has vencido a nadie! —replicó Pam, indignada.

—Ya, ya... De todos modos, ¿a quién le importa esa birriosa nota vuestra?

El caso fue que, en lugar de marcharse, Joey y Will bajaron de sus bicicletas y se aproximaron más a los Hollister.

—Vamos. No tengáis miedo de enseñarnos vuestro juego —dijo Joey.

—No pensamos molestaros —añadió Will.

—Más vale que sea así —dijo Pete, muy serio.

Para entonces, los dos camorristas ya habían leído el nombre del juguete para detectives.

—¡Vaya! Parece una buena idea —dijo Joey—. ¿Lo traéis de la tienda de vuestro padre?

—Sí. Y puede que papá venda algunas cajas.

Pete alargó el brazo, para mostrar a los dos chicos el contenido de la caja. A Joey le intrigaron mucho las esposas.

—Oye. Me gustaría examinarlas. ¿Me lo permitís?

Pete pensó que si dejaba a Joey

jugar un rato con las esposas, ello podía representar una venta en el Centro Comercial, suponiendo que su padre se decidiese a adquirir más juegos de aquéllos para vender.

—Está bien —accedió—. Os dejaré probar las esposas, si prometéis no romperlas.

—Lo prometo —dijo Joey.

Pete le entregó las esposas y la llave que servía para abrirlas. Joey y Will se alejaron unos pasos, mientras abrían y cerraban las esposas. Mientras, Pete y Pam, bajo la mirada interesadísima de Sue y Holly, seguían leyendo las instrucciones relativas al resto del

equipo, Ricky se acercó a ver qué hacían Joey y Will.

—Ven aquí, Ricky —llamó Joey, sin levantar la voz—. Will y yo hemos hecho una apuesta.

—¿Sobre qué?

—Will no cree que tengas los brazos bastante largos para poder pasarlos alrededor de aquel poste de la luz eléctrica.

—No. No puede —dijo Will.

—Pues yo digo que puede —replicó Joey, levantando mucho la cabeza—. Me parece que Ricky se está poniendo muy alto y fuerte.

Ricky miró el poste metálico y

luego, sacando el pecho con orgullo, afirmó:

—Claro que puedo pasar los brazos por el poste. Os lo demostraré.

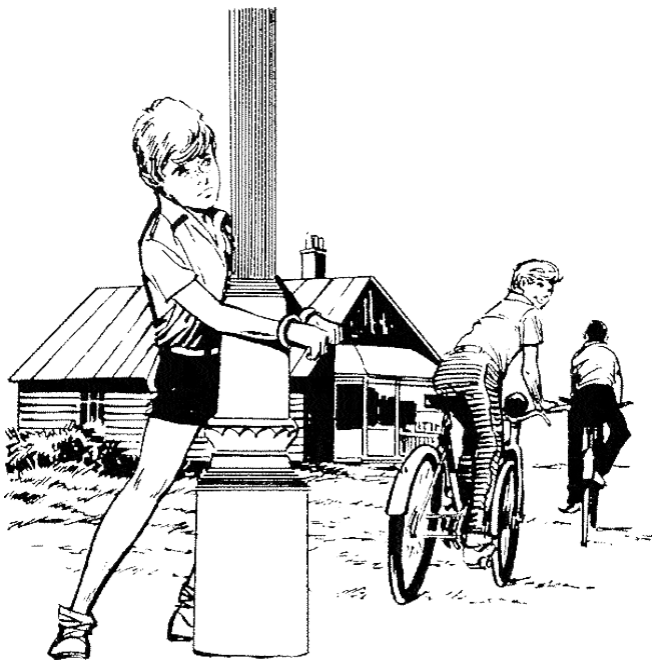
—¿Qué te decía yo? —dijo Joey, mientras los tres se encaminaban al poste.

Pete y Pam estaban tan interesados en la lectura de las instrucciones que no se fijaron en lo que hacía el pecoso. Y cuando el pequeño hubo pasado los brazos alrededor del poste, Joey se apresuró a sujetarle por las muñecas.

¡Clic! ¡Clic! Las esposas se cerraron, dejando al pequeño apresado.

—¡Eh, chicos! ¿Qué hacéis? —

protestó Ricky, sorprendido. Y forcejeó para libertar sus manos—. ¡Dejadme! ¡Abrid las esposas!



Joey y Will se apartaron, riéndose del apuro que demostraba Ricky.

—¡Ja, ja! Ahora estamos en paz con vosotros —dijo Joey.

A los gritos de Ricky, todos sus hermanos levantaron la cabeza. Pete, muy indignado, dijo:

—¡Joey, habías prometido no provocar líos!

—No he dicho eso —repuso el chico—. Sólo dije que no os estropearía esa porquería de juego.

—¡Suelta a Ricky! —pidió Pam.

—Sí, sí —suplicó el prisionero—.

Esto no tiene gracia.

—Suéltate tú —le retó Will,

mientras Joey se guardaba la llave en el bolsillo.

Pete y Pam pasaron la caja del juego de detectives a Holly, se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia Joey y Will.

—¡Dadnos la llave! —gritó Pete.

Pero los dos camorristas subieron en sus bicicletas y pedalearon furiosamente. Pete se abalanzó hacia Will e intentó sujetarse al guardabarros, pero falló por unos centímetros y cayó al suelo. Cuando volvió a ponerse en pie, Joey y Will habían doblado la esquina y se alejaban calle abajo.

Entre tanto, el pobre Ricky seguía

luchando por libertarse.

—¡Ayudadme! ¡Esto me hace mucho daño!

ESCRITURA SECRETA



Pete probó a abrir a tirones las esposas para liberar a Ricky, pero no consiguió nada. Lo mismo intentaron Pam y Holly sin mejor suerte.

—Una cosa es segura —declaró Pete—. Son unas buenas esposas.

Y Ricky lloriqueó:

—Demasiado buenas. ¡Canastos!

¿No podéis soltarme? Me duelen los brazos.

—¡Huy, qué «tirrible»! —exclamó Sue, con los ojitos llenos de lágrimas—. El pobrecito Ricky va a tener que pasar aquí toda la noche.

—No. Claro que no —dijo Pam, apaciguadora—. ¡Le soltaremos de algún modo!

Se decidió que Pete iría en una carrera al Centro Comercial, para buscar la llave de otro equipo de detectives. Sue, Holly y Pam se quedaron con Ricky, mientras Pete se alejaba a toda prisa.

Unos minutos más tarde llegaba, sin

aliento, al Centro Comercial. Pete abrió la puerta y entró en el moderno establecimiento. Su padre estaba al otro lado del mostrador de juguetes, hablando con otro hombre. El señor Hollister, moreno y de simpático aspecto, se mostró extrañado al ver reaparecer tan pronto a su hijo.

Pete acudió a él, diciendo, muy nervioso:

—¡Ricky está esposado, papá!

Su padre sonrió, contestando:

—Yo creo que para eso son las esposas, hijo. ¿A qué viene tanto nerviosismo?

Pete, a toda prisa, contó a su padre

lo que había ocurrido.

—Te daré un duplicado de esa llave —dijo el señor Hollister.

Del mostrador de juguetes tomó otro juego de detectives. Abrió la caja y dio a Pete la llave. Luego se volvió a hablar con el otro señor.

—Señor Davis, quisiera presentarle a mi hijo Pete.

El señor Davis sonrió y estrechó la mano del muchacho. El señor Davis era un hombre bajo y fornido, con el cabello gris en las sienes y una simpática sonrisa, que inmediatamente agradó a Pete.

—¿Cómo está usted, señor? —

saludó Pete.

El señor Hollister explicó que el señor Davis era un viejo amigo suyo, fabricante de juguetes en la ciudad de Nueva York.

—Sí —asintió el hombre—. Tengo una idea de la que quiero hablar con tu padre. Confío mucho en su opinión. Pero, antes que nada, deja que te lleve con tu hermano.

—¡Muchas gracias! Adiós, papá.

Pete salió corriendo de la tienda con el señor Davis, cuyo coche estaba aparcado delante de la tienda. A los pocos minutos se detenían ante el poste. Allí seguía el pobre Ricky, semejante a

un mono aferrado a un palo.

—Que fea treta la de esos mozalbetes, dejar así a tu hermano y marcharse —comentó el señor Davis.

Pete bajó inmediatamente del coche y abrió las esposas, dejando en libertad a su hermano.

—¡Canastos! Joey ha sido muy rápido —comentó Ricky, riendo y frotándose vigorosamente los brazos.

Pete presentó a sus hermanos al señor Davis.

En aquel momento a todos les llamó la atención una sirena que sonaba al final de la calle. Un coche de la policía llegó a toda velocidad y aparcó tras el

coche del señor Davis. Del vehículo salió un joven de buena presencia, uniformado.

—¡Oficial Cal! —exclamaron los Hollister.

Y Sue corrió a abrazarle.

Cal Newberry era un viejo amigo de los Hollister, a quienes había ayudado a resolver varios misterios. Cal y el señor Davis se saludaron con una inclinación de cabeza. Luego el policía dijo:

—Bueno, pequeños. ¿A qué viene tanta actividad?

Cuando Pete le contó la jugarreta de Joey, el oficial dijo:

—¿De modo que era eso? Una

señora que pasó por aquí en coche, ha informado que un niño estaba sujeto a un poste. Bien. Me alegro de que estés ya en libertad. Yo haré que Joey me devuelva esa llave.

—Gracias, oficial Cal —dijo Pam—. Pero, antes de irse, a lo mejor puede usted ayudarnos en un nuevo misterio.

El policía sonrió, afablemente.

—¿Otro misterio, dices? ¿Cuál es el de ahora?

—Uno del barrio chino de Nueva York —dijo Ricky.

—Interesante lugar —comentó el señor Davis.

—Y la cosa parece emocionante —

añadió el oficial Cal—. Halladme de ello.

Pam relató cuanto había sucedido y al final añadió:

—Me acuerdo del número de licencia del coche.



Y se lo dictó al policía, que lo anotó en su cuaderno.

—Desde luego, puedo averiguar

quién es ese forastero, pero no me parece que esto tenga nada que ver con un incumplimiento de la ley, ni nada semejante.

Tras un marcial saludo, el oficial Cal volvió a entrar en su coche. Desde la ventanilla movió la mano, como despedida final, y dijo:

—Si localizo a ese hombre, le vigilaré por vosotros.

Sin más, Cal se marchó y el señor Davis dijo a los niños:

—Subid a mi coche, que os llevaré a casa.

Por el camino, el fabricante de juguetes habló con los niños de lo que le

había inducido a visitar Shoreham.

—Tengo un nuevo juguete, ¿sabéis? Se llama el Satélite Volante. He venido aquí para conocer la opinión de vuestro padre sobre ello.

—¿Y vuela por el espacio exterior? —preguntó Ricky.

El fabricante de juguetes se echó a reír y repuso:

—El Satélite Volante no sale, exactamente, al espacio exterior. La verdad es que todavía no está muy perfeccionado.

—Háblenos de ese juguete —pidió Pete, interesado.

El señor Davis dijo, ante todo, que

lamentaba no tener un modelo del nuevo juguete consigo, y explicó que consistía en una gran bola, con un caminillo metálico en torno a su circunferencia. También llevaba un pequeño cohete de juguete y una caja de mandos electrónicos.

—La bola representa la luna — continuó el señor Davis—. El camino que la rodea es la órbita para el cohete, que es el satélite.

—¡Debe de ser estupendísimo! — exclamó Ricky—. ¿Y cómo funciona?

El señor Davis repuso que el satélite era lanzado electrónicamente para ir a quedar en órbita de la supuesta luna.

—Un niño puede ocuparse de los mandos, haciendo que el satélite gire y gire...

—¡Estoy seguro de que papá venderá muchos de esos juguetes! —afirmó Pete.

Se aproximaban ya a la casa de los Hollister, cuando el señor Davis añadió:

—Precisamente quería pedirle a vuestro padre que viniese a la ciudad de Nueva York, para ver la primera prueba del Satélite Volante. ¿Qué os parecería venir a visitar mi oficina en el edificio del Empire State?

—¡Canastos! ¡Cómo nos gustaría ir! —casi gritó Ricky.

—Sí. Os divertiríais haciendo un viaje a la ciudad de los rascacielos — afirmó, sonriente, el señor Davis—. Y estando allí, podrías ver el Satélite Volante que está expuesto en el Show Hobby del Coliseum.

El coche se detuvo ante la casa de los Hollister y los niños salieron. Todos aseguraron que les gustaría muchísimo hacer un viaje a Nueva York.

—Y muchas gracias por habernos traído, señor Davis —añadió Pam.

Los cinco hermanos corrieron a su casa a contarle a la madre todo lo relativo al misterioso forastero y a la invitación del señor Davis para que

visitasen la gran ciudad. Luego, mientras Pete le enseñaba a su madre el nuevo equipo para jóvenes detectives, Sue y Holly salieron al jardín.

Unos minutos más tarde hacía otro tanto Ricky, que encontró a las dos pequeñas inclinadas ante una hilera de plantas de judías. Sue sostenía en sus manos una cazuela en la que Holly iba echando los tallos tiernos que iba sacando.

—¿Qué estáis haciendo? —indagó el pecoso.

—Estamos recogiendo tallos de judías —contestó Holly.

—¿Por qué?

—Es un secreto —declaró Sue—. No podemos decírtelo. Y tú, ten «cudiadito» de no decírselo a nadie. Es una sorpresa para mamá.



Y ninguna de las pequeñas quiso decir nada más.

Ricky se quedó mirándolas y, por fin, dijo:

—Será mejor que plantéis más semillas en seguida. Iré a buscarlas.

Corrió a la casa a buscar un paquete de semillas. Holly las echó en un surco que cubrió con tierra. Sue aplanó la tierra firmemente.

Mientras Ricky se alejaba, preguntándose qué podría ser la sorpresa, Holly fue a buscar una regadera. La llenó en un grifo en el que solían enchufar la manguera de riego. Luego, con la ayuda de su hermana,

llevaron la regadera al jardín y salpicaron de agua las semillas.

—Habrá más tallos dentro de pocos días —dijo Holly—. Y estoy segura de que a mamá va a gustarle mucho nuestra sorpresa.

—¿Hay que hacerlo en seguida?

—Sí. Porque llevará un poco de tiempo.

Sue miró hacia los escalones de la parte trasera de la casa, donde «Morro Blanco», la gata de la familia, jugaba con sus hijitos, que se llamaban «Medianoche», «Bola de Nieve», «Tutti Frutti», «Humo» y «Mimito». La pequeña se acercó a tomar a «Mimito»,

y se lo colocó bajo el brazo, como si se tratase de un bolso.

—Te llevaré «tamién» —decidió.

—Vamos, Sue —llamó Holly, apremiante.

Holly se encontraba en la acera, con el recipiente de las judías en su mano. Sue corrió junto a ella y las dos hermanas se alejaron a toda prisa, calle abajo.

Pete y Pam, entre tanto, seguían en la casa, mirando su equipo de detectives y hablando del extraño mensaje en chino, que encontraran en el libro.

—La nota parece que no tiene importancia —comentó Pam—, pero yo

creo que la palabra «socorro» significa algo especial. Puede que fuese una palabra clave entre Yuen Foo y su hijo.

Al oír aquello, Pete exclamó, haciendo entrechocar los dedos:

—¡Ya lo tengo, Pam! Puede que haya un mensaje oculto en la nota. Probaré con estos productos químicos del juego de detectives.

A la niña le entusiasmó la idea. Se llevaron el juego a la cocina, lo colocaron sobre la mesa y sacaron una sopera del armario. En el recipiente mezclaron dos productos químicos, guiándose por las instrucciones.

—Ahí va la nota —dijo Pete, con

voz tensa, metiendo la nota en el líquido.

El papel quedó empapado y fue a posarse en el fondo del recipiente, Pete y Pam lo miraron fijamente durante varios momentos. Nada sucedió.

—Parece que me he equivocado —dijo Pete con un suspiro de desencanto.

—¡Espera! —dijo Pam, con súbito nerviosismo—. ¡Mira, Pete! Están apareciendo otras letras junto a las primeras.

¡Como por arte de magia, dos líneas más de caracteres chinos acababan de surgir, débilmente, en el papel!

ALGUIEN ESCUCHANDO



—¡Un mensaje secreto! —exclamó Pete, mientras los símbolos de la nota misteriosa iban tornándose más negros y visibles en el líquido.

—¡Tenías razón, Pete! —gritó su hermana—. ¡Hay que averiguar en seguida lo que dice!

Al oír las exclamaciones, la señora

Hollister acudió a toda prisa a la cocina.

—¡Pete ha resuelto una parte del misterio con los productos del equipo de detectives!

A Pam le resplandecían los ojos, mientras sacaba del líquido el papel húmedo y se lo mostraba a su madre.

—Es sorprendente —afirmó la señora Hollister.

Pam, riendo, comentó:

—Estoy segura de que no es ninguna receta para sopa de nido de pájaro.

Pete secó rápidamente el húmedo papel con un secante.



—Lo llevaremos al señor Chen para que nos lo traduzca —propuso.

Ahora Ricky había entrado en casa y sentía tanta curiosidad como sus

hermanos mayores.

—Dejadme ir con vosotros —
suplicó.

Los tres salieron a todo correr. Cuando llegaron al restaurante del señor Chen puede decirse que ardían en curiosidad. Encontraron al propietario del establecimiento sentado a una mesa, trabajando con una máquina registradora, a sorprendente velocidad. Tras él, una ventana entreabierta aparecía adornada con un bello jarrón oriental.

Cuando Pam le presentó a Pete y Ricky, el señor Chen levantó la vista de su trabajo, y dijo, sonriendo:

—¿Habéis encontrado otra nota en ese viejo libro?

—No, señor Chen. Es la misma nota, pero con un nuevo mensaje —repuso Pete, pasando el papel al amable chino, y explicándole cómo lo habían descubierto.

—Sois muy buenos detectives —aseguró el señor Chen, empezando a leer el mensaje.

Varias veces repasó lo escrito, sin que ningún cambio de expresión asomase a su plácido continente. Luego, con lentitud, levantó los ojos del papel y miró a los niños que tenía ante sí.

—Es verdaderamente, un misterio

chino, y muy peligroso, tal vez...

Los Hollister pusieron ojos de asombro.

¡Peligroso!

Los tres hermanos quedaron en silencio unos minutos, mirándose con perplejidad.

Luego Pam pidió:

—Díganos la traducción, por favor.

El señor Chen movió de un lado a otro la cabeza.

—Tal vez no deba —murmuró, tabaleando el mostrador con los dedos—. No quisiera que por decíroslo os metierais en complicaciones.

—¡No lo haremos! —prometió,

atropelladamente, Ricky.

—¿Estáis seguros de que queréis que os lo traduzca? —preguntó, muy serio, el señor Chen.

—¡Sí, sí! —dijo Pete—. Prometemos tener cuidado.

—Eso espero. Bueno. Voy a leéroslo.

Los tres hermanos contuvieron la respiración, mientras el señor Chen les traducía las nuevas palabras aparecidas en la nota.

—«Honorable hijo: estoy en gran peligro. Estoy amenazado a causa del tesoro. No obstante, está bien guardado por Kuan Yen. Mis enemigos nunca

encontrarán el gran pájaro».

Durante un momento, después que el señor Chen acabara la lectura, reinó un largo silencio. Por fin, Pete suspiró:

—Este misterio está resultando cada vez más profundo. ¿Quién será ese Kuan Yen?

El señor Chen informó que Kuan Yen era la diosa china de la misericordia.

—Muchos de mis compatriotas tienen una imagen suya en sus hogares.

Después de una pausa, el dueño del restaurante añadió:

—Mis buenos amiguitos, ¿por qué no os olvidáis de este misterio? No sólo es peligroso, sino que sucedió hace

muchos años. Yuen Foo, el que escribió esta carta, probablemente no tiene ya ningún problema.

Pam no estaba muy convencida.

—Pero, señor Chen, ¿por qué ese forastero está tan interesado en conseguir un mensaje que se escribió hace tantos años?

—Sí —concordó Pete—. Puede que Yuen Foo esté en apuros ahora mismo.

El señor Chen sonrió levemente y en sus ojos se reflejó una expresión de añoranza.

—¿Y cómo esperáis encontrar a Yuen Foo? Nueva York está a mucha distancia de aquí.

—Eso es verdad —asintió Pete—.

Pero todos nosotros estamos invitados a ir a la ciudad para ver el nuevo Satélite Volante del señor Davis.

—¿Satélite Volante? —El señor Chen miró con incredulidad a los niños—. ¿No estaréis planeando un viaje a la luna?

—No, no —contestó, riendo, el pecoso—. Es sólo un juguete.

Y Ricky habló a su amigo chino del juguete del señor Davis.

—Si vamos a Nueva York, a ver el Satélite Volante, tal vez podamos trabajar también en ese misterio.

—Pero, si lo hacéis, sed muy...



—¡Mirad! —gritó Ricky,
interrumpiéndole. Y señaló la ventana
entreabierta, que quedaba detrás del

señor Chen. Allí, como por arte de magia, había aparecido y desaparecido, en un santiamén, la silueta de un hombre.

—¡Alguien que nos vigilaba! — exclamó Pam—. ¡Quería oír lo que decíamos!

Pete corrió hacia la ventana, por un lado, y Ricky por el otro. En el camino de Pete estaba el bello jarrón chino. El muchacho creyó que lo esquivaría, desviándose un poco, pero en su prisa lo golpeó con el codo. La hermosa vasija se tambaleó y cayó al suelo.

—¡Ooooh! —murmuró Pete, contemplando los añicos a que había quedado reducido el jarrón—. ¡Cuánto

lo siento!

—No te preocupes —le dijo el afable chino—. ¿Quién estaba en la ventana?

Ricky miró a todas partes, sin poder ver a nadie.

—Puede que se haya ido por la parte de atrás —sugirió el chico.

Inmediatamente, los tres hermanos salieron del restaurante y corrieron por una calleja lateral del edificio. No había nadie allí.

Ricky se metió en el patio trasero. Era un pequeño recinto con hierba verde, con dos cornejos en el centro y una hilera de lirios que bordeaban la

cerca del fondo. Ricky corrió hasta aquella cerca y pudo ver dos huellas profundas en la tierra blanda.

—¡Pete! ¡Pam! —llamó.

Mientras los dos mayores se aproximaban, empezaron a sonar ladridos en los patios de la Tienda de Animales de Jack.

Ricky señaló las huellas, diciendo:

—Alguien ha saltado la cerca por aquí. ¡Si nos damos prisa, podemos alcanzarle!

Pete pasó una pierna sobre la cerca y saltó al otro lado, con cuidado de no pisar ninguno de los bordes de las perreras. Ricky hizo lo mismo. Los

animales prorrumpieron en una ensordecedora barahúnda de ladridos. Pam dijo que se quedaría donde estaba, vigilando, por si el hombre misterioso huía por otra parte.

—Muy bien. Sígueme, Ricky —dijo Pete, abriéndose paso entre las hileras de jaulas con perros.

Pero cuando llegó a la entrada de la trastienda, una mujer gritó desde la puerta:

—¡Quietos donde estáis! ¡No deis ni un paso más!

Los dos chicos quedaron anonadados al oír aquella voz agria.

—Es que estamos persiguiendo a

alguien —explicó, torpemente, Pete.

—¡Tenemos que alcanzarle! —añadió, más decidido, Ricky, echando a andar por el pasillo que daba a la calle.

—¡Nada de eso! —gritó la mujer—. He visto a vuestro amigo saltar la cerca. Él asustó a mis perros.

—Ese hombre no es nuestro amigo —protestó Pete.

—Entonces, ¿por qué andáis jugando con él?

Pete suspiró, se encogió de hombros y miró a Ricky. Por lo visto, con aquella señora era imposible explicarse.

—Ahora, marchaos por donde habéis venido —ordenó ella, con acritud

—. Esto es propiedad privada... ¡Y cuidado con mis perros!

Comprendiendo que habían entrado sin permiso en propiedad ajena, aunque no fuera con deseos de perjudicar, sino por una buena causa, Pete obedeció. Ricky, arrugando el entrecejo, siguió a su hermano hasta la cerca y saltó por ella, mientras los perros continuaban dando ladridos.

Pam les aguardaba.

—¡Qué lástima! —dijo la niña—. Si esa señora os hubiera dejado pasar a lo mejor habríais descubierto al hombre.

—Si quiere averiguar algo, ese hombre volverá —profetizó Pete—. Así

que todavía podríamos descubrirle.

Los hermanos, muy desencantados, volvieron al restaurante del señor Chen. Hablaron con el propietario del establecimiento sobre el misterioso merodeador.

—¡Ha sido una pena! —dijo el chino—. Pero puede que esto no esté relacionado con vuestro misterio.

Los Hollister hablaron un ratito más con el señor Chen, que había recogido el jarrón roto. Luego dijeron que tenían que marcharse.

—Y perdóneme por haber roto su jarrón —pidió Pete—. Mi padre hablará de eso con usted.

—A lo mejor le podemos comprar otro en el barrio chino de Nueva York. Esperamos ir allí —dijo Pam.

Una vez más, el señor Chen dijo a los Hollister que no se preocupasen en absoluto por el jarrón.

—La verdadera felicidad se la proporciona a una persona un acto de amistad, no unos pedazos de loza.

El chino hizo una cortés inclinación y deseó a los niños mucha suerte para la resolución del misterio.

—Pero tened cuidado, mucho cuidado —insistió.

En aquel momento sonó un teléfono de pared. El señor Chen contestó y, en

seguida, hizo señas a Pam, que ya salía.

—Vuelve. Es para ti.

Pam cogió el auricular.

—Diga... ¡Ah, mamá! —Escuchó unos momentos—. Gracias, mamá. Adiós.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Pete.

Pam dijo que el oficial Cal había llamado a casa de los Hollister.

—El coche que vimos con matrícula de Nueva York pertenece a un hombre que se llama Hong Yee. Mamá piensa que tal vez usted conozca ese hombre, señor Chen.

—Nunca había oído ese nombre —

respondió el señor Chen.

—Hong Yee vive en Nueva York —
añadió Pam.

Como el dueño del restaurante ya no podía darles ninguna información, los Hollister se despidieron definitivamente del señor Chen y salieron camino de su casa. Por el camino hablaron del gran pájaro que nombraba la nota escrita con tinta invisible. Ricky opinó que podía tratarse de un gran periquito, entrenado para que pudiera guardar cosas de valor, porque podría avisar, dando voces, cuando alguien se acercase.

—O podría ser un halcón —sugirió Pete—. Ya sabéis que la cetrería es un

deporte oriental.

—Puede que el mismo pájaro sea un tesoro —opinó Pam.

Ricky no estaba de acuerdo con esa idea.

—Si lo hubiera sido —contestó, riendo—, ya estaría muerto, ahora.

Después de comentar desde todos los puntos, las posibilidades de aquel misterio, los tres Hollister llegaron a casa. Era casi la hora de cenar y el tentador olorcillo de la carne fiambre que su madre había preparado, pareció salir a recibirles.

Pam, Pete y Ricky entraron, corriendo, en la cocina y encontraron a

su madre llamando a Holly y Sue, que estaban en el patio, o al menos eso había creído ella.

—¿No habéis visto a las pequeñas?
—preguntó a los otros tres.

—No, mamá —replicó Pam.

«Zip», el hermoso perro pastor de la familia, al oír que las dos niñas pequeñas habían desaparecido, empezó a olfatear por el patio, como si quisiera descubrir el olor de sus pequeñas amitas.

—Me gustaría saber a dónde han ido —dijo la señora Hollister—. Hace mucho rato que no las veo y estoy preocupada.

—A lo mejor se han escondido con «Domingo» y están esperando a que las encontremos —dijo Pete.

Fue al gran garaje, que se encontraba a un lado de la casa, y abrió la puerta. «Domingo», el burro de los Hollister, se encontraba en su pesebre, ante una pila de paja. Las pequeñas no estaban allí.

—Sue y Holly se han ido después de marchar vosotros —estaba diciendo la señora Hollister, en tono de preocupación—. No me han dicho a dónde iban.

Pam y Pete fueron a mirar por la orilla del Lago de los Pinos, mientras Ricky salía a la calle, llamando a las

dos niñas a gritos. Pero, después de quince minutos de búsqueda, Holly y Sue seguían sin aparecer.

—¡Dios mío! ¡Ellas que suelen ser tan puntuales para la hora de la cena! — comentó la señora Hollister, ya más que nerviosa.

En aquel momento llegó el padre en la furgoneta.

—¿Has visto a Holly y Sue? —le preguntó, esperanzada, la señora Hollister.

—No. ¿Pasa algo?

—Eso me temo —contestó la señora Hollister, demostrando ya toda su preocupación—. ¡Creo que las niñas se

han perdido!

DOS CAMORRISTAS Y UN FANTASMA



El señor Hollister aceptó de una manera más serena la desaparición de las niñas.

—¿Habéis telefoneado ya a casa de sus amigas? —preguntó.

—Sí. A todas, menos a casa de los Hunter.

Jeff Hunter, de ocho años, y su hermana Ann, de diez, eran unos de los mejores amigos de los Hollister.

La señora Hollister volvió al interior de la casa y marcó el número de la casa de los Hunter. Contestó la señora de la casa.

—No. Ni Holly ni Sue están aquí. Y mi Ann lleva fuera de casa mucho rato ya. Empiezo a estar preocupada. Puede que las tres estén juntas.

—Pero ¿dónde? —preguntó la señora Hollister.

La madre de los Hunter contestó que no tenía la menor idea, pero que inmediatamente empezaría a buscar.

Cuando su madre colgó, Ricky dijo:

—Yo sabía que las niñas estaban preparando una sorpresa para ti, mamá. Y he visto a Sue saliendo con «Mimito».

—Muy interesante, pero no nos ayuda en nada a encontrar a las niñas — dijo el señor Hollister.

Pam propuso:

—Hagamos que «Zip» las busque por el olor. —Corrió a buscar un zapato de Sue y otro de Holly—. Huele, «Zip». ¡Huele! Y busca a las niñas.

El hermoso perro levantó la cabeza hacia los zapatos. Luego, bajó el morro al suelo y olfateó el patio durante un minuto, antes de volverse y correr, calle

abajo. Pam y su madre corrieron tras el animal, mientras Pete, Ricky y su padre buscaban en dirección opuesta.

—«Zip» va hacia la casa de los Hunter —observó Pam—. Sue y Holly habrán ido allí a buscar a Ann y las tres se marcharían juntas.

«Zip» fue hasta el patio trasero de los Hunter en el momento en que la señora de la casa acudía a reunirse con los Hollister. El perro avanzó entre dos hileras de rosales, inmediatas al garaje con cabida para dos coches. De pronto, todos vieron saltar a un gatito, que huyó hacia una planta de magnolias.

—¡Es «Mimito»! —exclamó Pam,

echando a correr delante de las dos mujeres. Y pronto, de las ramas más altas del magnolio descolgó al gatito.

Al mismo tiempo, «Zip» empezó a dar zarpazos en la puerta del garaje, al tiempo que aullaba.

—¿Es posible? —exclamó la señora Hunter—. ¿Creen que las niñas han estado todo este tiempo en el garaje?

Pam abrió la puerta y «Zip» se precipitó al interior. La repentina entrada asombró a las tres niñas, que estaban muy ocupadas trabajando en una cocina eléctrica de juguete.

—¡Sue! ¡Holly! ¡Ann! Así que ¿era aquí donde habéis estado escondidas?

—exclamó Pam.

—No estábamos escondidas —se defendió Holly—. Sue y yo estamos haciendo una cena sorpresa en la cocina de Ann.

La linda y morenita Ann se echó a reír, al decir:

—Nunca adivinaríais lo que es. Díselo, Sue.

—Es... es chino. Lo vamos a llamar: «Triturado de Casa de Pájaro a lo Suey».

—¡Cómo! —exclamaron Pam y las dos señoras a un tiempo.

—Tenía que haberse llamado Sopa de Nido de Pájaro, pero no hemos

encontrado ningún nido de pájaro que estuviera limpio y bien —se lamentó Holly.

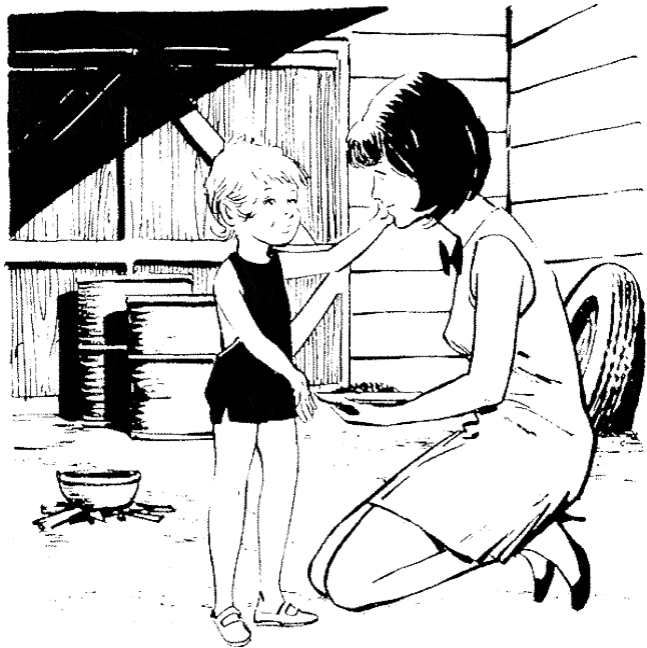
—¿Y mamá tiene que comerse eso? —preguntó Pam, mirando con desconfianza la cazuelita que hervía en la cocina de juguete—. ¿De qué está hecho?

Holly explicó cómo Sue y ella habían recogido los tallos de judías del jardín. Y cuando su madre contuvo una exclamación, se apresuró a añadir que ya habían plantado otras semillas. También se habían llevado cebollas y apio de la cocina de los Hollister. Como adición, Ann había llevado unos trocitos

de salchicha de cerdo de su nevera. Todo ello lo habían hecho pedacitos para mejorar el sabor de la sopa.

—Y también hemos añadido un chorrito de salsa de soja —hizo saber Ann, con aires de un gran «chef» de cocina.

—¿Y por qué lo habéis bautizado con ese nombre tan cómico? —preguntó Pam—. «Triturado de Casa de Pájaro a lo Suey»...



Como respuesta, Holly sacó de la cazuela una ramita. Riendo, dijo que la habían sacado de un nido, abandonado y

roto, que encontraron en el magnolio.

—¡Aggg!

Pam no pudo evitar aquella exclamación, acompañada de un gesto de asco.

—Lo hemos lavado muy bien — declaró Sue, ofendida.

—Y estoy segura de que habéis preparado un plato chino delicioso — dijo la señora Hollister, sonriendo. Cogió una cucharada de la mezcla, se la llevó a los labios y estuvo soplando para enfriarla. Luego la probó—. Muy buena. ¡Pero que muy buena!

—¿Aunque no tenga nido de pájaro? —preguntó Sue, complacida.

—¡No ha sido poca suerte que no lo hayáis encontrado! —rió la señora Hollister—. Bien. Ahora tenemos que irnos.

Utilizando un pequeño agarra-cazuelas, levantó el recipiente del pequeño fogón, vertió el contenido en un pequeño recipiente de aluminio perteneciente a la señora Hunter, y se marchó a casa con las niñas. El señor Hollister y los chicos no tardaron en regresar y se mostraron muy contentos al ver a las pequeñas.

Todos rieron alegremente al tener noticia del «Triturado de Casa de Pájaro a lo Suey», que fue servido, como

primer plato, por Holly y Sue.

Durante el resto de la cena se habló principalmente del misterio chino. El señor Hollister dijo que celebraba saber que el oficial Cal se había ocupado de buscar la pista del forastero procedente de Nueva York.

Luego, mientras la señora Hollister servía el postre, consistente aquella noche en un rosado y dulce pudín, Pete preguntó si podía leer en voz alta algunos pasajes interesantes del libro «Los Túneles de Nueva York».

—Nos gustará escucharte —dijo su madre.

—Aquí hay algo muy divertido —

anunció Pete, abriendo el libro—. Hace años, un poste de electricidad de la Avenida Amsterdam, súbitamente empezó a hundirse en el pavimento. La policía investigó y, bajo el poste, encontraron a un hombre que cavaba un túnel desde su casa a un almacén que se encontraba en frente.

—¡Asombroso! ¿Y por qué hacía eso? —preguntó la señora Hollister.

—Porque le asustaba el intenso tráfico.

Los Hollister rieron a carcajadas.



—Y ahora leeré lo más misterioso de todo —Pete fue pasando páginas, hasta encontrar la deseada. Entonces

empezó a leer—: «Largo tiempo atrás, hasta los oficiales de policía de la ciudad de Nueva York llegó información de la existencia de un gran túnel subterráneo que comunicaba dos sótanos, situados en los extremos opuestos de la calle Mott, en el barrio chino. Había sido abierto medio siglo atrás y se decía que un esqueleto solía pasearse por aquel túnel. De todos modos, la policía tapió el túnel».

A Ricky le brillaban los ojos.

—¡Canastos! ¡Túneles en el barrio chino! ¿Crees que podríamos resolver nosotros un misterio así?

—No lo creo —respondió Pete—.

El libro dice que la mayoría de los túneles secretos de Nueva York han sido tapiados, después de cubrirlos con tierra. Con tanta edificación, se temía que se produjeran socavones en el suelo.

—Nueva York tiene ya bastantes túneles útiles. No le hacen falta los otros —dijo el señor Hollister, y habló entonces de los muchos kilómetros del metropolitano y de los grandes túneles para vehículos que unen Manhattan Island con las áreas circundantes.

Terminada la cena y cuando las niñas estaban recogiendo los utensilios de la mesa, el oficial Cal se presentó en casa de los Hollister. Todos le vieron

salir del coche patrulla, recorrer el camino del jardín y llamar a la puerta. Pete salió a recibirle.

—Entre, oficial —invitó el chico—. ¿Hay noticias?

El policía se quitó la gorra, mientras la familia le rodeaba, dijo que tenía más noticias sobre Hong Yee.

—Es importador. Está especializado en joyería de jade. Y no creo, amiguitos, que debáis seguir preocupándoos por él.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Pam.

Cal contestó que el forastero, al que había mantenido bajo vigilancia la policía local, había salido de la

población y, más tarde, la policía estatal comunicó que había abandonado aquel estado.

—Entonces, será que vuelve a Nueva York —opinó Pete.

—Si era él quien estaba escuchando en el restaurante del señor Chen, puede que se enterase del mensaje misterioso y por eso ahora vuelve al barrio chino —reflexionó Pam, preocupada.

—Podría ser —admitió Cal.

La señora Hollister dijo:

—Gracias, oficial. Nos sentimos mucho más seguros, ahora que ese hombre no está en Shoreham.

Unos minutos después de haberse

marchado el oficial Cal, sonó el teléfono. Pete fue a responder. La voz que sonó al otro extremo de la línea era suave y siseante.

—Soy vuestro amigo misterioso — dijo.

Al instante Pete sintió sospechas. ¿Sería Joey Brill con uno de sus trucos? Por si se trataba de eso. Pete decidió seguir al otro la corriente.

—Supongo que quiere usted el libro —dijo.

—Sí. Déjalo bajo el árbol del patio del colegio, esta noche a las nueve o... ¡Haré caer sobre vosotros una maldición china!

Pete procuró que su voz sonase asustada.

—Está bien... Lo haré. Pero, por favor, no haga nada de esa maldición...

Colgó entonces y, riendo, contó a su familia lo ocurrido.

—¡Ya le enseñaré yo a Joey! —concluyó—. Va a ver ese bobo, cómo se cambian las tornas.

—¿Cómo? —preguntó Ricky.

—Ya pensaré algo.

A solas con su hermano, unos minutos más tarde. Pete bosquejó un plan. Al concluir, Ricky comentó:

—¡Caramba! ¡Será estupendo! Me gustaría verlo.

—Pero es mejor que lo haga solo —
respondió el hermano mayor—. Ya te
explicaré cómo ha salido todo. Primero,
préstame tu pistola de agua, Ricky.

A las ocho de la tarde el sol ya se
había puesto y largas sombras
empezaban a tender un manto de
oscuridad sobre Shoreham. Pete cargó la
pistola de agua de su hermano y se la
metió en el bolsillo posterior del
pantalón. Luego corrió al patio de la
escuela, se acercó al gran árbol y se
escondió junto a unos grandes
matorrales.

Completamente oculto por el espeso
follaje, Pete esperó. Media hora

transcurrió antes de que oyera voces. Atisbando entre las hojas, pudo descubrir a Joey y Will. Este último llevaba una bolsa marrón entre los brazos.

Joey se ocultó tras el tronco y Will se puso a su lado. Los dos amigos aguardaron.

Pete permaneció un rato observándoles, conteniendo la risa. Por fin oyó que Joey decía:

—Son casi las nueve. ¿Es que no va a venir nunca ese Pete?

—¡Chiiits! —advirtió Will—. Si está de camino, puede oírnos.

En silencio, Pete sacó la pistola de

agua apuntó entre las hojas y oprimió el gatillo.

¡Flaaass!

—¡Eh! ¿Qué ha sido eso? —siseó

Joey.

—Qué ha sido ¿qué...?

—Algo que me ha dado en la cara.

Algo como agua.

—Estás soñando.

—No estoy soñando. Tú sujeta bien la bolsa de barro y calla.

De nuevo Pete oprimió el gatillo.

—¡Uff! ¡También yo lo he notado! —dijo Will—. ¡En mi oreja!



Pete aguantó la risa y sacudió las ramas del arbusto, al tiempo que dejaba escapar un ruidillo misterioso.

—¿Qué... qué es eso? —gritó Will.

—Un fa... fa... fantasma —

tartamudeó Joey.

Ahora, por primera vez, habló Pete.

Con voz chillona, dijo:

—¡Estáis entorpeciendo los planes del mandarín chino! ¡Me apoderaré de vosotros y os daré como alimento al dragón!

Sacudió otra vez las ramas, como si empezase a salir. Joey y Will miraron hacia allí, aterrorizados.

—Sujeta bien la bolsa —balbució Joey.

Y sin más echó a correr. Pero resbaló y cayó.

Will estaba temblando de tal manera

que no lograba sostener bien la bolsa. Hasta que, por fin, le resbaló de los dedos.

—¡Cuidado! —gritó.

Pero todo lo que a Joey se le ocurrió fue levantar la cabeza. Y todo el lodo que contenía la bolsa le dio en plena cara, con un sonoro impacto.

—¡Huuuy! —aulló.

El camorrista empezó a escupir y dar saltos, mientras se sacaba el barro de los ojos. Will se inclinó, junto a su amigo, y Pete sacudió las ramas con mayor violencia.

—¡Vámonos de aquí! —cuchicheó Will, con voz tensa, y los dos amigos

echaron a correr a la mayor velocidad que nunca viera Pete.

Ahora fue Pete quien salió de su escondite, riendo divertido. Y corrió a casa para contarle a Ricky lo sucedido. Los dos hermanos rieron un buen rato y, cuando se durmieron, quedaron con una feliz sonrisa en los labios.

A la siguiente mañana, a la hora del desayuno, el señor Hollister anunció:

—¡Iremos a Nueva York a ver el Satélite Volante, en el Hobby Show!

—¡Canastos! ¡Qué suerte!

—¡Qué guapo eres, papá! —gritó Holly, abrazando a su padre.

—¡Puede que resolvamos el misterio

chino! —comentó Pete.

—Y así ayudemos al pobre Yuen Foo —añadió Pam.

Al mediodía, el señor Hollister telefoneó a casa para decir que ya había hecho las reservas y comprado los billetes de avión. Después de comer, Pete llamó a Dave Meade, su mejor amigo, y le pidió que, mientras estuviera ausente, fuera a ver dos veces al día a «Domingo», el burro.

—Bonito viajecito —dijo Dave—. Veo que estás muy feliz.

—Es verdad. Y tengo dos razones —repuso Pete, que luego explicó a su amigo el episodio de la noche anterior.

—¡Es para morirse de risa! — declaró Dave—. Esos dos latosos han tenido su merecido.

Mientras Pete daba instrucciones a Dave sobre el modo de alimentar y atender a «Domingo», durante los pocos días que él estuviera ausente, a los dos amigos se les ocurrió mirar hacia la calle. En aquel momento vieron pasar, en bicicleta, a Joey y a Will.

—¡Hola, Joey! —saludó Pete.

Joey frenó su bicicleta y también Will se detuvo. Pete y Dave se acercaron al bordillo, dándose cuenta de que los dos malintencionados camorristas estaban un poco tristes.

—¿Qué quieres? —preguntó Joey con voz gruñona.

—Nada importante —dijo Dave—, pero me he enterado de que habéis estropeado los planes de un caballero chino.

Al momento, una expresión extraña se dibujó en el rostro de Joey, que se puso tan rojo como un cohete encendido.

—Pe... pe... pero ¿cómo lo sabes?

Como en respuesta, «Domingo» levantó la testuz y dejó escapar un lastimero rebuzno que se oyó a lo largo de toda la calle. Pete y Dave soltaron una gran carga jada. Sin decir ni una palabra más, Joey y Will se marcharon

corriendo.

El resto del día lo pasaron los Hollister haciendo emocionantes planes para su viaje a Nueva York. Toda la familia iba a salir a la tarde siguiente.

—No sé si voy poder esperar tanto tiempo —recalcó Holly.

Y cada uno de sus hermanos aseguró que tampoco ellos estaban seguros de poder resistir una espera tan larga.

Momentos antes de acostarse, llegó un telegrama para el señor Hollister. El mensaje hizo que todos los niños dejaran escapar una exclamación de desencanto.

«Problemas con Satélite Volante. No

perfeccionado aún. Preferible
pospongan ustedes viaje. Firmado:
Charlie Davis».

BROMAS DEL VIENTO



Los Hollister se miraron unos a otros con expresión triste. ¡El señor Davis proponía que dejaran el viaje para otra ocasión! ¿Debían hacerlo así, o ir a Nueva York de todos modos? Al principio, el señor Hollister creyó preferible esperar a que el señor Davis hubiera completado su trabajo con el

Satélite Volante.

—Pero, papá. Él dijo que necesitaba tu consejo —recordó Pete—. A lo mejor puedes ayudarle en su invento.

—Además, tenemos que resolver el misterio del barrio chino —añadió Pam, suplicante.

Y Ricky la apoyó, añadiendo:

—Es verdad. Y los buenos detectives nunca esperan. Porque las pistas pueden... pueden desaparecer.

Sonriendo, el señor Hollister preguntó:

—¿Tú qué dices, Elaine?

La señora Hollister no titubeó al responder:

—Tengo la corazonada de que el señor Davis perfeccionará su Satélite Volante si tú hablas con él del problema. Además, los niños no han visitado nunca Nueva York. Tal vez debamos ir, de todos modos.

—¡Hurra por mamá! —gritó Holly, empezando a dar saltos de alegría.

Y Pete aprovechó para hacer notar:

—Entonces tenemos seis votos contra uno, papá.

El señor Hollister palmeó la espalda de su hijo, contestando:

—¡Prefiero que la votación sea unánime!

Al siguiente día, la familia estuvo

muy ocupada con los preparativos del viaje. Tinker, un bondadoso viejecito, e Indy Rodes, un indio del sudoeste, los cuales trabajaban en el Centro Comercial, prometieron cuidar bien la tienda del señor Hollister. Aseguraron a los niños que, uno u otro, irían diariamente a la casa para dar de comer a «Zip» y a «Morro Blanco» y sus pequeñines.

Cuando todos los equipajes estuvieron colocados en la furgoneta, Indy condujo a la familia hasta el aeropuerto de Shoreham. Por fin, la familia se despidió de Indy y subió al cuatrimotor.

—Seguro que somos la familia más «vuelante» de Shoreham —reflexionó gravemente Sue, recordando varios y emocionantes viajes que habían hecho ya en avión.

La pequeña estuvo un rato quieta; pero al cabo de un rato se puso en pie y empezó a pasear por el pasillo. Al llegar al saloncito distinguió a un chino que estaba sentado al fondo del avión. Sue volvió a su puesto y puso al corriente de lo que ocurría a Pete y Pam.

—Puede que sea del barrio chino y conozca a personas de allí —dijo Pam—. Vamos a hablar con él.

Después de pedir permiso a su

madre y a la azafata, para ir a hablar con el chino, Pete y Pam fueron a la sala. El oriental, delgado y de aspecto intelectual, estaba leyendo un periódico chino. Cuando él levantó la cabeza, Pete, muy amablemente, le preguntó si no le importaba hablar con ellos unos minutos.

—Por el contrario, me encantará —dijo el desconocido.

Después de haberse presentado, tanto ella como su hermano, Pam preguntó:

—¿Es usted de Nueva York?

—Sí —replicó el chino, diciendo que su nombre era señor Moy.

Cuando le preguntaron si conocía a mucha gente del barrio chino de Nueva York, el señor Moy respondió, sonriendo:

—Así debería ser, puesto que soy el director de la escuela china de ese barrio.

—¿De verdad? —exclamó Pam. Y ella y su hermano se apresuraron a sentarse a uno y otro lado del señor Moy —. ¿Quiere usted hablarnos de su escuela?

El chino se mostró encantado de poder hablar de aquello. Dejó el periódico a un lado y dijo a los dos hermanos Hollister que los niños del

barrio chino de Nueva York acudían a dos escuelas.

—Pasan el día en la escuela pública corriente. Luego, de cinco a siete de la tarde, van a la escuela china.

Según explicó el señor Moy, había clases desde el primero al sexto grado. Cuando los alumnos concluían toda la instrucción, podían hablar, leer y escribir unos 3500 caracteres en cantonés.

—Nos gustaría visitar su escuela, cuando estemos en Nueva York —dijo Pete.

—A nosotros nos encantará recibirlos —repuso el señor Moy.

Luego Pam le preguntó si conocía a alguna persona con el nombre de Hong Yee.

El señor Moy quedó unos minutos pensativo. Por fin declaró:

—No. No conozco a nadie con ese nombre.

—Si por casualidad le viera alguna vez, ¿querrá comunicárnoslo a nuestra dirección? —pidió Pam—. Nos hospedaremos en el Hotel Cosmos.

—Con mucho gusto lo haré —respondió el señor Moy.

Pete y Pam volvieron a sus asientos, donde la azafata les sirvió una sabrosa cena. Al aproximarse a Nueva York,

podieron ver las parpadeantes luces, los altos edificios y las grandes avenidas.

—¡Es una tierra de ensueño! —murmuró la romántica Pam.

—¡Mirad qué reflector! —dijo Ricky, con admiración, atisbando por una ventanilla.

Su padre le dijo que aquella luz se encontraba en lo alto del Empire State.

—¡Y pensar que vamos a estar allí muy pronto! —murmuró Pam.

El aparato empezó a descender y los pasajeros se ajustaron los cinturones. Momentos después, el gigantesco avión se posaba en la pista, situada a algunos kilómetros de la capital e iba a

detenerse ante el edificio principal.

Ya todos en tierra, el señor Hollister dijo:

—Ahora, tengo una sorpresa para todos vosotros. En lugar de tomar el autobús hasta la ciudad, vamos a hacer el resto del viaje en helicóptero.

—Pero ¿dónde aterrizaremos? —preguntó Ricky.

—En el campo de helicópteros, sobre el río Hudson.

—¡Canastos! ¡Vamos ahora mismo! —exclamó el impulsivo Ricky.

Un fuerte viento soplaba en los oídos de los Hollister y les azotó el rostro, mientras subían al helicóptero.

Había otros varios pasajeros.

El piloto hizo señales con sus faros y el helicóptero se deslizó por la pista. Bruscamente, se elevó por el aire y tomó la dirección de los altos edificios y las brillantes luces de la ciudad de los rascacielos.

Sue se aproximó a su padre y, a grititos, para hacerse oír por encima del fragor de las aspas del rotor, dijo:

—Es como si nos llevase volando por los aires un búho grandote.

Una vez el helicóptero hubo ganado altura, los pasajeros notaron vivamente la fuerza del viento fantasmal. El helicóptero subía y bajaba, dando a Pam

la impresión de que se encontraba en las montañas rusas de un parque de atracciones. Secretamente, estaba esperando que llegasen pronto al campo de aterrizaje.

—¡Mirad! Ahí está Times Square — dijo la señora Hollister, señalando más allá de los letreros luminosos y las hileras de faros de automóviles.

—Nos estamos aproximando al helipuerto de Nueva York —anunció el piloto, por el intercomunicador—. Tengan la bondad de ajustarse los cinturones.

En ese momento, una ráfaga de viento obligó a elevarse de nuevo al

helicóptero. A aquello siguieron una serie de fuertes sacudidas. De repente, bajo los pasajeros apareció la terraza de un edificio. El helicóptero se mantuvo sobre ella y soltaron una escalerilla.

El piloto se quitó la gorra y se pasó una mano por el cabello.

—No se preocupen. Todo va bien. Pero no podemos aterrizar en el helipuerto. El viento nos ha hecho elevarnos y vamos a desembarcar en una terraza. Acabo de pedir ayuda por radio y pronto acudirán.

Al principio, todos los pasajeros quedaron silenciosos. Pero, cuando se apercebieron de que habían estado a

punto de sufrir un accidente, todos empezaron a hablar al unísono.

—¡Veréis cuando nuestros amigos se enteren de esto! —exclamó Ricky con orgullo.

Aún estaba él hablando cuando alguien apareció por la escalerilla apoyada en la portezuela del helicóptero.

—¡Oooh! ¡Es un bombero! —anunció Sue, admirativa.

—Exacto —sonrió el bombero—. Que todo el mundo conserve la calma y tenga cuidado al bajar por esta escalera.

—¿Dónde estamos, señor bombero? —preguntó Sue, mientras bajaba, con la

ayuda de otro hombre uniformado.

—En lo alto del Hotel Cosmos.

—¡Zambomba! ¡Es nuestro hotel! —
exclamó Pete.

—Entonces, no tendréis que andar ya
mucho —rió el bombero, mientras
ayudaba a la señora Hollister a
descender hasta la terraza empedrada
del alto edificio.

Una vez que hubieron sido
conducidos, a través de una puerta de la
terrace, hasta un ascensor del piso alto,
los pasajeros se vieron abordados por
dos periodistas. Los dos eran jóvenes,
llevaban sombreros echado hacia atrás y
lápiz y papel preparados para anotar

cualquier noticia.

—¿Cuál es vuestro nombre? —
preguntó uno de ellos a Sue.

—Somos los «Filices» Hollister, de
Shoreham.



—Sí —concordó la señora Hollister —, nos sentimos muy felices, viendo que hemos aterrizado a salvo.

Al llegar al vestíbulo de recepción,

el señor Hollister inscribió a toda su familia en el libro de registro, y un botones les llevó el equipaje, desde el helicóptero. Se había decidido que el aparato quedase en el terrado hasta el siguiente día. Cuando se hubiera aquietado el viento, sería sencillo llevarse el helicóptero.

Los Hollister fueron conducidos hasta una «suite» o grupo de varias habitaciones, comunicadas entre sí. Las niñas ocuparían una habitación, a un lado del dormitorio de los padres, los chicos se instalarían en el lado opuesto. Todos los hermanos se metieron en seguida en la cama y no tardaron en

quedarse dormidos tan profundamente como troncos.

Cuando a la mañana siguiente les llamó, para que fuesen a desayunar todos a la habitación de los padres, la señora Hollister llevaba un periódico en las manos, y le brillaban los ojos de emoción.

—Aparecéis en los titulares del periódico, queridos —informó.

Bajo la fotografía del helicóptero habían publicado un extenso relato sobre lo ocurrido. Y se daba una lista de los pasajeros, incluidos los Hollister. A todos agradó ver aquello. A todos, excepto a Pam.

—A mí me preocupa —confesó la niña, moviendo la cabeza.

—¿Por qué, hijita?

—Si Hong Yee ha vuelto a Nueva York, puede leer esto y enterarse de que estamos aquí.

—No te preocupes. No podrá hacernos daño —dijo Ricky, rebotante de valor.

—Pero puede pretender impedir nuestros trabajos de detective —insistió Pam.

Sonó el teléfono y fue a contestar el señor Hollister. Los niños le oyeron decir: «Sí». Unos segundos después colgaba.

—¿Quién era, John? —preguntó la señora Hollister.

—No lo sé, Elaine. Alguien me ha preguntado si éramos los Hollister de Shoreham, he dicho que sí, y han colgado.

—¿Lo veis? Puede que sea Hong Yee que quería localizarnos —murmuró Pam.

Su padre sonrió.

—Si de eso se trataba, le va a costar mucho dar con nosotros en la ciudad. Vamos a movernos mucho. Nuestra primera parada será en el edificio del Empire State, para visitar al señor Davis.

Después del desayuno, dos taxis transportaron a la familia hasta el edificio más alto del mundo, situado en la Quinta Avenida, entre las calles Treinta y Cuatro y Treinta y Tres. Por un momento, Ricky quedó inmóvil en la acera, mirando boquiabierto la antena de televisión, a casi 450 metros por encima de él.

—Ya lo creo que esto rasca el cielo —comentó, con un silbido.

El señor y la señora Hollister guiaron a los niños al interior del edificio. Un ascensor les llevó hasta el piso decimosexto, con tal rapidez, que Sue exclamó:

—¡Mami, tengo mariposas en el «estógeno»! ¡Las noto!

El ascensor hizo un ruidillo estridente al detenerse. Al final del pasillo había una oficina, en cuya puerta se leía: «Charles Davis, Diseñador de Juguetes». Apenas entraron pudieron ver al señor Davis hablando con su secretaria.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó el señor Davis, acudiendo al encuentro de los visitantes y estrechando la mano del señor Hollister—. John, no puede imaginar lo que celebro que se haya usted decidido a venir. Creo que podrá ayudarme a suprimir las pegas de este

invento.

—¿Pegas? —preguntó Sue, atónita, arrugando la frente.

El señor Davis se echó a reír y explicó:

—Por pegas quiero decir los imprevistos que pueden surgir en un invento.

—¿Y qué son los «vistos» de su satélite? —insistió Sue, hecha un lío.

—Imprevistos, guapina, no vistos —aclaró Pam—. El señor Davis quiere que papá le ayude a perfeccionar su Satélite Volante.

—Lo haré, si puedo, Charles —prometió el señor Hollister—. Pero lo

que probablemente necesita usted es un genio en electrónica, cosa que yo no soy.

El señor Davis se disponía a enfrascarse en una conversación de negocios con el señor Hollister, cuando notó que los niños habían dejado de escucharle para asomarse a las ventanas.

—¿No habéis estado todavía en lo alto del edificio? —preguntó el inventor.

—No. Y estamos deseando verlo —dijo Pam.

—Iré con vosotros —se ofreció el señor Davis—. Pero antes quiero que leáis este folleto sobre el Empire State. Os ayudará a comprender mejor las cosas que veáis.

Ofreció un folleto a Pam, que lo leyó en voz alta a sus hermanos. En pocos minutos, los Felices Hollister se enteraron de que el Empire State Building, con 102 pisos de altura, es llamado la Octava Maravilla del Mundo. El edificio, que pesa 360 000 toneladas, cuenta con setenta y cinco ascensores, que pueden subir ochenta pisos en sesenta segundos. Hay 1860 peldaños y sesenta millas de tuberías de agua en la construcción.

—Y, contradiciendo los rumores —dijo el señor Davis, cuando Pam concluyó la lectura—, os diré que el edificio no se tambalea. La parte más

alta se ha movido tan sólo un cuarto de pulgada.

—Ah, bueno —dijo Holly, retorciéndose una trencita con aires de científico—. Entonces, estamos completamente a salvo.

—Os mostraré que así es —repuso el señor Davis—. Seguidme. —Condujo a toda la familia hasta un ascensor, y muy pronto se encontraron en la parte más alta del edificio—. Aquí está el observatorio.

—¡Canastos! ¡Qué grande! —se entusiasmó Ricky.

Salieron del ascensor y miraron, con infinito asombro, el parapeto que

rodeaba la torre, por los cuatro costados, y la distante perspectiva del fondo. El viento, que soplaba casi con tanta fuerza como la pasada noche, alborotaba los cabellos de los niños, mientras corrían, entusiasmados, a echar un vistazo general sobre la Ciudad de los Rascacielos.

Mirando primero al norte, contemplaron Radio City, la Quinta Avenida y el espléndido verdor de Central Park. Al oeste se levantaba una edificación muy ancha, de techumbre horizontal, que recordó a Holly una cajita de miel.

—Es el edificio de las Naciones

Unidas —les informó el señor Davis.

Al sur, en el extremo de la isla de Manhattan, había un grupo de rascacielos. El señor Davis dijo que aquélla era la famosa zona de Wall Street.

Los ojillos curiosos de Ricky devoraron la zona del puerto.

—¡He visto la Estatua de la Libertad! ¡La he visto yo primero! —gritó.

—¡Y mirad aquellos transatlánticos! —exclamó Pete, mientras dirigían la vista al oeste.

A lo largo del río Hudson, varios muelles avanzaban hacia el agua, como

los dedos de una mano. A lo largo de los muelles había barcos de todas las categorías; entre ellos, algunos de los más grandes del mundo, con sus blancas chimeneas resplandeciendo al sol.

—¡Hay tanto que ver! —murmuró Pam, mirando en todas direcciones, como no queriendo perderse ni un solo detalle.

—Es verdad. Y sugiero que cada uno de los adultos vaya con un par de niños —propuso la señora Hollister—, para evitar que alguno se pierda entre los cientos de visitantes.



—Buena idea —concordó el señor Davis—. Hay un promedio de 50 000 visitantes por día al edificio del Empire

State. Y no quisiera que ninguno de los jóvenes Hollister se confundiera con cualquiera de los grupos de Smith o Brown.

Riendo, Sue y Holly se cogieron de la mano de su madre y con ella pasearon en torno a la torre de observación. Ricky quedó cerca de su padre, para mirar abajo, hacia la calle.

Pete y Pam echaron a andar junto al señor Davis.

—¿Qué tal os va vuestro jeroglífico chino? —preguntó el diseñador de juguetes.

—Ahora es más jeroglífico que nunca —admitió Pete, contando luego lo

relativo a la escritura secreta de la nota.

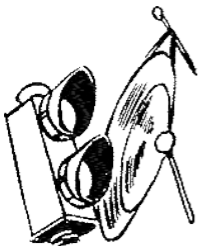
—Llevo la carta en el bolsillo —
añadió Pam—. A lo mejor le gustaría a
usted verla.

Según hablaba, Pam sacó la nota de
su bolsillo y la desdobló. Cuando se
disponía a entregársela al señor Davis,
una ráfaga de viento se la arrancó de las
manos, arrastrándola por encima del
parapeto.

—¡Oh! —exclamó Pam, con
angustia.

La nota flotó unos momentos en el
aire, luego, empezó a girar y girar, en un
movimiento descendente, a lo largo de
los ciento dos pisos, camino de la calle.

UNA CURIOSA EQUIVOCACIÓN



La nota china salió, arrastrada por el viento, de lo alto del Empire State, y acabó desapareciendo abajo, entre dos grupos de edificios.

«¿Qué pasará si el mensaje misterioso llega a manos de alguien con malas intenciones?», se preguntó Pam,

con verdadera angustia. «Entonces habrá alguien más buscando el tesoro de Yuen Foo».

Cuando habló de sus temores con el señor Davis, él intentó animarla.

—Puede que nadie encuentre la nota. Posiblemente, irá a parar a un cubo de basura sin que la lea ni una sola persona.

De todos modos, Pam continuó preocupada el resto del día. Sus padres la llevaron a ella y a sus hermanos al Museo de Historia Natural, a ver un dinosaurio prehistórico. La tarde se dedicó a una visita colectiva al Centro Rockefeller, concluyendo con la revista

en el Music Hall de Radio City, y la cena en uno de los famosos restaurantes de la Plaza Rockefeller. Pero ni todo aquello fue bastante para hacer que Pam olvidase su preocupación por la perdida nota china.

Antes de acostarse, aquella noche, Pete y ella estuvieron hablando del misterio.

—Yo creo que tendríamos que empezar a buscar a Yuen Foo mañana por la mañana —dijo la niña.

—¿Hablas de ir directamente al barrio chino?

—Sí, Pete. Tenemos que darnos prisa, por si alguien ha encontrado la

nota.

El señor y la señora Hollister atendieron, como siempre, los deseos de sus hijos.

—Yo tengo que ir a ver al señor Davis, a las nueve —dijo el padre—. De modo que mamá os acompañará al barrio chino.

Después del desayuno, a la mañana siguiente, el señor Hollister anunció que tenía una sorpresa para la familia. Les condujo hasta la calle y, delante del hotel, señaló un reluciente coche.

—Lo he alquilado para nosotros —dijo—. Somos demasiados. Hollister para ocupar un solo taxi, y no me gusta

tener que alquilar siempre dos.

—¡Gracias, John! —dijo la señora Hollister, dando un beso en la mejilla a su marido, antes de entrar en el vehículo y sentarse al volante.

El señor Hollister y Pete se sentaron junto a ella, y los demás niños detrás.

El edificio del Empire State se encontraba cerca. El señor Hollister bajó allí y los demás siguieron hacia el sur, en dirección a Manhattan Island. Como Pete iba consultando el plano, la señora Hollister no tuvo dificultades para conducir hasta Canal Street, virar a la derecha y continuar hasta Bowery.

—El barrio chino está a nuestra

derecha —dijo Pete, cuando ya empezaban a verse tiendas, con letreros orientales a lo largo de Canal Street.

Después de efectuar un giro en Bowery, Pete indicó a su madre que girase, de nuevo, a la derecha, para entrar en Pell Street. Y, de pronto, los Hollister se encontraron en el mismo corazón del barrio chino.

—¡Es como entrar en un mundo diferente! —exclamó Pam, mirando a su alrededor con perplejidad.



Diminutas tiendas aparecían a ambos lados de la estrecha calle. Sus escaparates, de vistoso colorido,

intrigaban a los visitantes, cuyo coche avanzaba lentamente para que los pasajeros pudiesen ir contemplando restaurantes, tiendas de curiosidades y almacenes de todas clases.

Pete pidió a su madre que se detuviera, para que él pudiese ir a hacer preguntas sobre el señor Yuen Foo. Cuando salió del coche, la primera persona a quien encontró fue a un chino de mediana edad, que iba corriendo por la calle.

—Perdone, señor —le abordó Pete—. ¿Podría indicarme cómo encontrar a Yuen Foo?

El hombre pareció sorprendido y

empezó a hablar en mal inglés. Pete escuchó con atención todas las explicaciones que el hombre le daba.

Por fin dio las gracias al hombre y volvió al coche con una expresión de gran extrañeza.

—Ese hombre conoce a Yuen Foo —dijo—, pero me ha dado instrucciones para ir al East River.

—Puede que viva allí —dijo la señora Hollister.

Siguiendo las instrucciones de Pete, la madre condujo a todos fuera del barrio chino y atravesó la parte baja de Manhattan. Pronto llegaron a un amplio paseo, que se extendía a lo largo del

East River.

Y no tardaron en observar el macizo edificio rectangular que vieran desde el Empire State el día anterior. En su base se veía una hilera de mástiles de bandera, que en su extremo superior sostenían las banderas de las diferentes naciones del mundo.

De repente la señora Hollister se echó a reír.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Holly.

—¡Qué confusión tan original! — exclamó—. Ese hombre te dio indicaciones para ir al edificio de las Naciones Unidas.

—¡Zambomba! ¡Es verdad! —
asintió Pete—. Éste es el edificio de las
Naciones Unidas. Lo he visto en
fotografías.

—Pero no entiendo... —confesó
Sue.

—Cuando decimos en inglés las
iniciales de Naciones Unidas, es decir
U. N., las pronunciamos igual que se
pronuncia Yuen, puesto que decimos
«iu» por la U y «en» por la N —explicó
la señora Hollister.

Y sus hijos se echaron a reír,
dándose cuenta de la confusión.

—Bien. Ya que estamos aquí, vamos
a detenernos —decidió la señora

Hollister.

Aparcó y llevó a sus hijos a una vasta extensión, frente a la entrada para visitantes.

—¡Es fantástico! —declaró Pete, mientras entraban en el inmenso edificio.

Pam acudió, inmediatamente, al mostrador de Información. Allí preguntó si, aquel día, se celebraba alguna conferencia internacional.

—Sí —respondió la joven que estaba en aquella sección.

Y añadió que se estaba celebrando unas conversaciones, relativas a la ayuda que podía prestarse a los niños de

tierras extranjeras. A continuación, entregó a Pam pases para toda la familia.

Los Hollister recorrieron un largo y amplio pasillo, hasta llegar a la sala de conferencias. Después de mostrar sus entradas al ujier, entraron en el anfiteatro de una gran sala.

—Es igual que un teatro —
cuchicheó Holly, hablando con Pam.

Doce hombres y dos mujeres se sentaban al fondo de la sala, en torno a una mesa circular. Cada uno tenía un micrófono delante de sí. Uno de los hombres hablaba un idioma extraño.

—Creo que es ruso —dijo la señora

Hollister, mientras iban a ocupar sus asientos.

Pete fue el primero en descubrir el juego de auriculares que se encontraba en un brazo de su butaca. Los tomó y se los ajustó a la cabeza. Luego, mientras miraba a Pam, una expresión de incredulidad se dibujó en su rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hermana.

—Ese señor habla ruso, pero por aquí todo se oye en inglés.

Pam se apresuró a colocarse sus auriculares. Y también ella quedó muy sorprendida.

—Pues por aquí se escucha en

español.

Al oír aquello, los demás hermanos se apresuraron a probar sus respectivos auriculares. Y así descubrieron que las palabras del conferenciante iban siendo traducidas en cinco idiomas diferentes: francés, español, inglés, ruso y chino.

—Está dispuesto así para que todo el que escuche pueda entender lo que se está diciendo —explicó la madre.

Pete y Pam estaban muy interesados en conocer lo que los conferenciantes decían sobre la ayuda a los niños de países extranjeros: se proyectaba enviar libros, maestros y hasta grupos de escolares americanos al extranjero para

promover la comprensión y la amistad. Pero Holly, Ricky y Sue empezaron a ponerse nerviosos y a moverse. Hasta que la señora Hollister les hizo señas y salieron de la sala al vestíbulo.

—Tengo entendido que en este edificio hay bonitas tiendas abajo —dijo la madre—. ¿Os gustaría verlas?

—¡Sí, sí! —repuso Holly.

Y Sue añadió:

—Me gustará verlas si venden muñecas.

Pasando por el mostrador de recepción, los niños y su madre descendieron hasta el piso inferior.

—¡Qué bonito! —se admiró Pam,

cuando se aproximaban a una serie de tiendas donde se exhibían productos de todo el mundo.

A Sue, Holly y Pam les intrigaron mucho las muñecas procedentes de diversas naciones, y en cambio fueron las tallas en marfil de elefante de la India lo que más atrajo la atención de Pete y Ricky.

Por fin la chiquitina Sue se cansó de las muñecas. Había visto algo mucho más interesante. Entre los artículos expuestos por la India había un gran gong de bronce, pendiente de la pared. Junto al gong, estaba una especie de palo.

«Me gustaría saber qué ruidín hace, si le doy un golpecito», dijo para sí la pequeña, encaminándose al gong y agarrando el palo para golpearlo.

Al principio, Sue dio un golpecito suave, que no produjo más que una especie de zumbido. Luego, retrocedió y blandió el palo con fuerza.

¡GOINGGG!

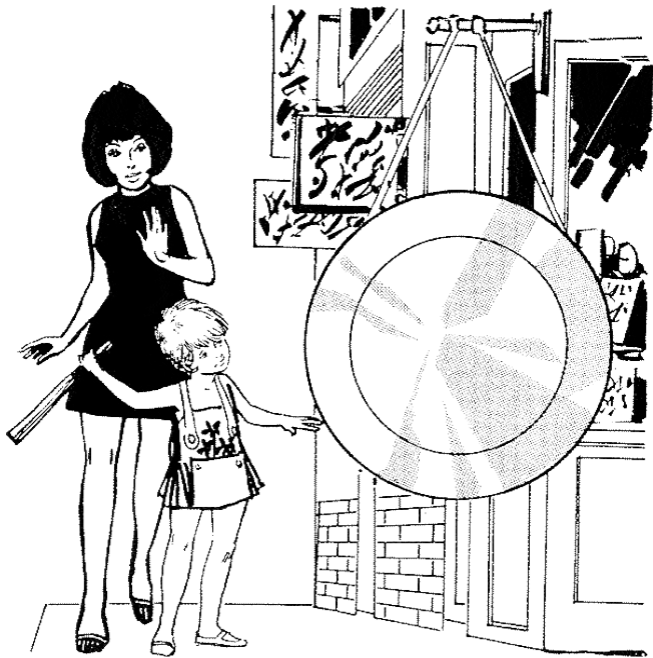
El estrépito sobresaltó a todos los visitantes, y una señora que estaba cerca estuvo a punto de dejar caer al suelo una vasija griega que estaba examinando.

Siguieron sonando ecos del gong, mientras la señora Hollister corría al lado de su hija menor.

—¡Sue! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

Varios visitantes sonrieron cuando la señora Hollister tomó a la pequeña de la mano. Al momento, una china muy bonita, que llevaba una falda oriental, abierta de arriba abajo por un lado, se acercó a la familia y dijo en voz baja:

—La pequeña no ha hecho ningún daño. Por favor, no la riñan.



—No me gusta que mis hijos causen molestias —contestó la madre de Sue.

—A mi modo de entender, sus hijos

tienen muy buenos modales —dijo, sonriendo, la señora china. Y después de presentarse como la señora Tai, empleada en aquellas tiendas de la O. N. U., dijo que había reparado hacía rato en los jóvenes visitantes de Shoreham—. Es muy hermoso ver a una familia numerosa, gozando de su viaje a Nueva York —concluyó la señora Tai, acariciando la cabecita de Sue.

Pete no pudo resistir la tentación de contarle a la señora Tai la curiosa equivocación que les había llevado al edificio de las Naciones Unidas.

—Claro, claro. Qué curioso juego de palabras —comentó la china. En

seguida añadió—: Tal vez mi marido pueda ayudaros a encontrar a ese Yuen Foo.

—Sería estupendo —opinó Ricky—. ¿Trabaja en el barrio chino?

La señora Tai contestó que su esposo era propietario de un restaurante en el sector chino.

—Conoce a mucha gente, allí. Si os detenéis en el restaurante «Capullo de Loto», de Mott Street, y preguntáis por él, estoy segura de que procurará ayudaros.

El nombre de «Capullo de Loto» sorprendió mucho a Pete, que miró a Pam. Pero los dos fueron discretos y no

dijeron nada sobre el forastero sospechoso y la cajita de cerillas que encontraron en Shoreham.

Después de dar las gracias a la señora Tai, los Hollister subieron las escaleras y salieron del edificio, para instalarse en el coche.

—El restaurante «Capullo de Loto» —murmuró Pam, pensativa—. Mamá, ¿tú crees que debemos ir allí?

—Si el señor Tai puede ayudarnos, sí.

—Pero ¿y si nos encontramos con ese «tirrible» Hong Yee? —objetó Sue.

—No te preocupes —la tranquilizó Pete—. Nosotros somos bastantes para

poder ocuparnos de él.

La señora Hollister condujo de nuevo al barrio chino y allí dejaron aparcado el coche. Después de andar un trecho por Mott Street, llegaron al restaurante. Al entrar, Pam y Holly dirigieron miradas asustadas a su alrededor, por si se encontraba allí Hong Yee, pero no le vieron por parte alguna.

Encontraron, en cambio, al señor Tai. Era un hombre atractivo, elegantemente vestido, de nariz recta y con el resto de las facciones orientales. Cuando le preguntaron por Yuen Foo, respondió que no conocía a tal persona,

pero que, tal vez, el anciano señor Shing, oficial de la Asociación China, pudiera ayudarles.

El señor Tai envió a los visitantes a las oficinas de la asociación, situadas media manzana más allá. Ocupaba el segundo piso de un edificio con balcones de hierro forjado.

—Pero, antes de ir —añadió, cortésmente, el señor Tai—. ¿querrán hacerme el honor de ser mis invitados a una comida cantonesa?

Ricky cuchicheó a su madre:

—¡Me estoy muriendo de hambre!

—Yo también —susurró Holly.

La señora Hollister, en un principio,

rehusó, pero acabó aceptando la gentil invitación del señor Tai. Muy pronto, toda la familia estuvo sentada en torno a una mesa del restaurante. La comida consistió en cilindros de huevo, rellenos de verdura triturada y pedacitos de carne de cerdo. A esto siguió una humeante fuente de pollo «chow mein».

Terminada la comida, los Hollister dieron las gracias a su anfitrión y marcharon hacia la Asociación China. Pete empujó la puerta, que estaba abierta, y quedó a la vista un tramo de escaleras, mal iluminadas, que llevaban al primer piso. Una vez arriba, el chico llamó a otra puerta. Salió a abrir un

anciano de barba rala.

—¿El señor Shing? —preguntó Pete.

—Sí. Yo soy.

Dicho esto, el anciano invitó a los Hollister a que pasasen a una gran estancia. En el centro había una mesa redonda y, en torno a las paredes, hileras de sillas. En la parte que daba a la calle, dos puertas vidrieras daban salida a un balcón desde donde se dominaba Mott Street.

Después de haberse presentado todos, Pam hizo preguntas al señor Shing sobre Yuen Foo. El anciano quedó silencioso durante unos momentos, como si estuviera buscando en su memoria.

Pete, Pam y su madre esperaron, pacientemente, la respuesta. Pero Ricky, Holly y Sue salieron al balcón para contemplar la actividad reinante abajo, en la calle.

Por fin el señor Shing sonrió y repuso:



—Sí. Yuen Foo vivió aquí, en Pell Street, pero.

En aquel momento, un grito de Holly

interrumpió al señor Shing. El primero en ponerse en pie y correr al balcón fue Pete, que cruzó las vidrieras a tiempo de ver como Ricky, que caminaba por el borde de la barandilla, se ladeaba hacia el exterior.

—¡Basta! —gritó el hermano mayor, precipitándose hacia Ricky.

LOS GEMELOS FOO



En medio de los chillidos de miedo de sus hermanas, Ricky cayó de la barandilla hacia la calle. Por fortuna tenía en aquellos momentos los brazos levantados y, al caer, pudo asirse a la barandilla, con la mano izquierda.

Ricky quedó colgando, en actitud desesperada, y cuando ya sus dedos

empezaban a resbalar, las fuertes manos de Pete le sostuvieron con firmeza.

—¡Aaarriba! —dijo Pete, levantando al pequeño para dejarle a salvo, en el balcón.

—¡Gra... cias! —balbució el pecoso, jadeando por el susto que había pasado.

Lo que había estado a punto de convertirse en un serio accidente había hecho detenerse a muchos transeúntes, que fueron testigos de la operación de rescate. Y todos se apresuraron a aplaudir, cuando vieron que el pecoso diablillo quedaba a salvo.

Pam miró sonriente a las muchas

caras chinas que les observaban desde abajo. Y de pronto gritó:

—¡Pete! ¡Mira!

Su hermano volvió rápidamente la cabeza en la dirección que ella indicaba. Un hombre corría hacia la esquina; desapareció en Pell Street.

—¡Estoy segura de que era Hong Yee!

—Pues si era él, ya sabe que estamos en Nueva York y que buscamos el tesoro desaparecido —razonó Pete.

Por entonces, la señora Hollister había hecho entrar a Ricky y le estaba riñendo por haber hecho aquella locura que jamás debía volver a repetir.

—Lo siento mucho —murmuró, avergonzado, sin levantar la vista del suelo—. Te prometo no hacerlo nunca más, mamá.

El señor Shing también se había llevado un susto. Pero en lugar de hablar de lo ocurrido, ofreció a los cinco hermanos y a su madre un recipiente lleno de nueces «litch». La señora Hollister imaginó que el buen hombre quería hacerles olvidar, con aquello, el sobresalto sufrido.

—Son nueces de China —explicó, sonriente, el anciano.

Cada uno tomó un puñado de aquellos frutos y empezaron a romper

las oscuras y delgadas cáscaras. Cuando fueron comiendo el contenido interior, Holly observó que parecían pequeñas ciruelas pasas; incluso tenían semilla dentro.

—Son muy dulces y delicadas — opinó la señora Hollister—. Gracias, señor Shing.

—Sentimos mucho haberle interrumpido —le dijo Pam—. ¿Qué iba usted a decir sobre el señor Yuen Foo?

El viejecito contestó que Yuen Foo había vivido en el barrio chino muchos años atrás. Luego volvió a su hogar, en China, donde murió.

—¡Oh, qué pena! —murmuró Pam,

desencantada, pensando que así concluía de una manera muy tonta toda su investigación de detectives.

—Pero sabemos que tenía un hijo —dijo Pete.

—Sí. Se llama Paul. Vive con su familia en un apartamento de Mulberry Street, frente a Columbus Park —dijo el señor Shing, que luego dio a los Hollister las señas exactas.

Los niños se sintieron emocionadísimos. ¡Tal vez Paul, el hijo, conociera la respuesta del jeroglífico!

Los Hollister dieron las gracias al señor Shing por su ayuda y por los sabrosos frutos, y bajaron las escaleras

hasta Mott Street. Después de recorrer una manzana en dirección norte, y otra manzana de Bayard Street, giraron a la izquierda, llegando a Mulberry Street y, muy poco después, a la casa de apartamentos. El nombre de Paul Foo se leía bajo uno de los timbres del vestíbulo.

Estaba Pete a punto de oprimir el timbre cuando una puerta interior de la casa se abrió y por ella salieron un niño y una niña. Vestían pantalón corto y camisa exactamente iguales. Sus caritas parecían recién lavadas y el cabello de ambos, negrísimo, estaba bien peinado, sin un solo mechón en desorden.

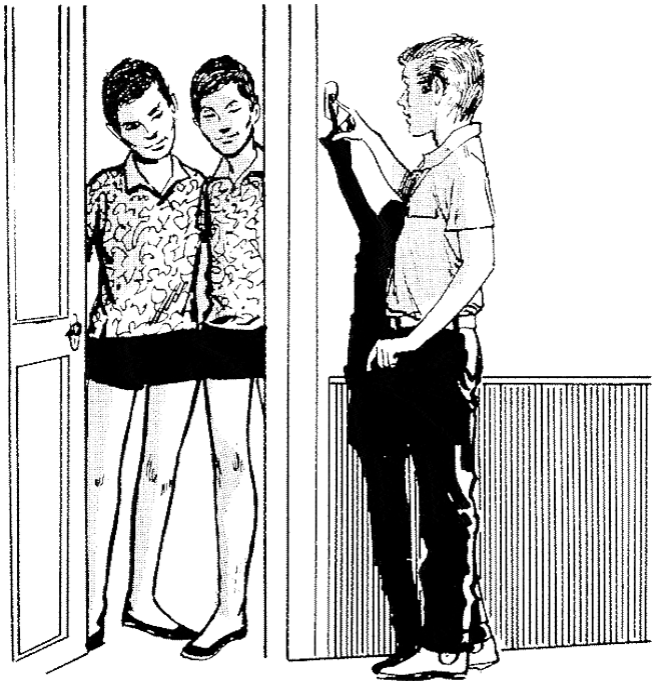
—¡Gemelos chinos! —cuchicheó

Holly a su madre.

Los chinitos aparentaban unos trece años de edad. Al ver a los Hollister, sonrieron y, en seguida, se dieron cuenta de que Pete estaba dispuesto a tocar el timbre de los Foo.

Fue el chico el que se adelantó, para preguntar:

—Perdón. ¿Deseas ver a mi padre?



—¿Es el señor Paul Foo? —
preguntó, a su vez, Pete.

—Sí. Nosotros somos sus hijos.

Los dos hermanos se presentaron como Jim y Kathy Foo.

—Quisiéramos hablar con vuestro padre —dijo la señora Hollister.

—No está en casa —replicó Jim.

—Y mamá tampoco —añadió Kathy, explicando que tanto su padre como su madre estaban trabajando. Una vecina cuidaba de los gemelos, mientras el señor y la señora Foo estaban fuera.

Jim preguntó si podía saber el motivo de la visita de los Hollister.

—Es por algo relativo a tu abuelo, Yuen Foo —contestó Pam.

—Murió en China hace unos diez años —dijo Kathy.

Y su hermano añadió:

—Nosotros no llegamos a conocerle, pero mi padre dice que el abuelo era un hombre muy honorable.

Pete, dándose cuenta al momento de que no había ningún peligro en que los gemelos conocieran el secreto, les habló un poco del misterio.

—Seguro que nuestro padre deseará hablar con vosotros —opinó Jim—. ¿Por qué no jugáis un rato en el parque con nosotros? Nuestros padres volverán a casa dentro de una hora, más o menos.

A la señora Hollister le pareció una buena idea.

—En ese caso, si me lo permitís,

Sue y yo iremos a ver escaparates un ratito, mientras vosotros os entretenéis jugando.

Los Hollister dijeron a sus nuevos amigos el nombre de cada uno de ellos. Luego los seis cruzaron la calle hasta el parque, que quedaba frente a la casa de los chinitos. Rodeado de árboles, el parque tenía muchos columpios y balancines, en grandes extensiones de cemento. Jim y Kathy eran amigos de otros niños chinos que jugaban allí y presentaron a todos a los Hollister. Una de las niñas tenía un espléndido saltador.

—Juguemos al doble alemán —

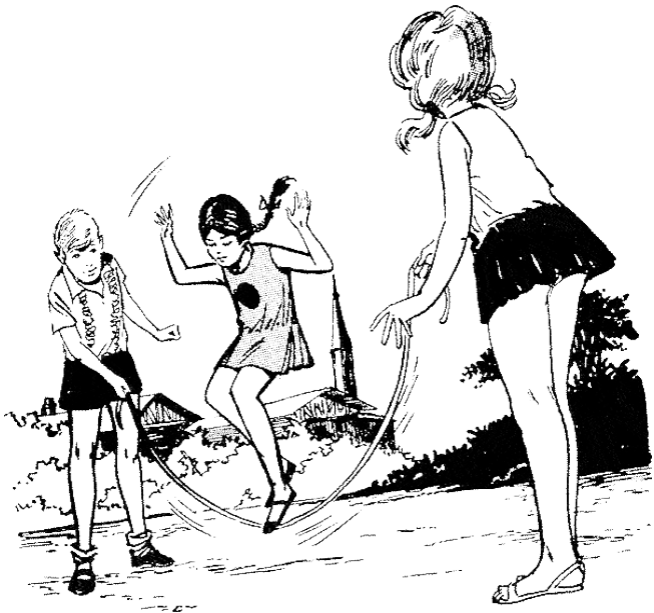
propuso Kathy, refiriéndose a un juego de doble salto con la cuerda.

Ricky, bromista como siempre, preguntó:

—¿Y por qué no jugáis al doble chino?

—Ya sabes que no se dice así — protestó Kathy—. Y ahora, en castigo, tú aguantarás un extremo de la cuerda.

Ricky cogió aquel extremo y Holly el otro.



¡Zis, zas! ¡Zis, zas! La cuerda empezó a girar, y Kathy entró con ágiles y alegres saltitos. La siguió Pam.

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! —

gritó Ricky a Holly.

Sus manos parecían volar, hasta que la cuerda no parecía otra cosa que un veloz soplo. Pero Pam y Kathy continuaban saltando, a toda velocidad.

De repente, el pie de Pam se enredó en la velocísima cuerda. Pam perdió el equilibrio y cayó, sentada, en el suelo.

—Vaya —murmuró Pam, mientras Kathy acudía en su ayuda—. Ricky, lo haces demasiado de prisa.

—Está bien... Iré más despacio.

Cuando la cuerda volvió a funcionar, Jim y Pete se alejaron del grupo.

—Me alegra que hayáis pasado por el barrio chino —dijo Jim, cuando Pete

y él se sentaron en un banco.

—Y yo también. Es todo tan diferente de Shoreham —comentó Pete.

—Cuéntame algo sobre Shoreham.

Pete habló de la ciudad, del Lago de los Pinos y de la acogedora y amplia casa de los Hollister.

—Me parece estupendo —dijo Jim—. Oye, ¿te gustaría venir a mi habitación? Tengo algunas cosas que, a lo mejor, te interesan.

—Vamos —dijo Pete, sonriendo.

La casa de apartamentos en que habitaban los Foo tenía tres pisos. Los Foo vivían en el apartamento exterior del tercer piso. La habitación de Foo

tenía una espléndida vista.

—¡Esto es estupendo! —dijo Pete, mirando a su alrededor.

Las paredes estaban decoradas con banderas de diferentes colegios. Sobre el escritorio de Jim se veía un barco, dentro de una botella.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Pete.

Jim dijo que sí, muy sonriente.

—Mi padre me ha enseñado a hacer muchas cosas entretenidas. Es mecánico electrónico.

—¿Ha inventado alguna cosa?

—A veces, sí. A lo mejor te enseñó uno de sus inventos, antes de que te

vayas.

Jim abrió el cajón inferior de su escritorio.

—Aquí está la sorpresa que tengo para ti —dijo, sacando un paquete de petardos y cohetes chinos.

Pete abrió enormemente los ojos.

—¿De dónde los has sacado?

Jim le explicó que les habían quedado de la celebración del Año Nuevo chino, en el pasado mes de febrero.

—En Nueva York no podemos disparar cohetes más que en nuestra celebración china.

—Tampoco en Shoreham podemos

dispararlos más que el día cuatro de julio, y con un permiso especial.

Jim ofreció los cohetes a Pete.

—¿Los guardarás hasta el cuatro de julio y pedirás ese permiso especial?

—Palabra de indio honrado —dijo Pete, con una risilla—. Aunque sería mejor que dijese «chino honrado».

Y Jim se echó a reír.

Pete tomó los cohetes en el bolsillo y pidió:

—Cuéntame algo sobre la celebración del Año Nuevo. Me parece que debe de ser muy divertido.

—Leones y dragones danzan por las calles.

—¿No serán verdaderos?

—¡No, claro! Un hombre joven baila, oculto bajo una cabeza de león, grotesca, confeccionada con seda y cañas. Otros, disfrazados de grandes dragones, bailan a su alrededor.

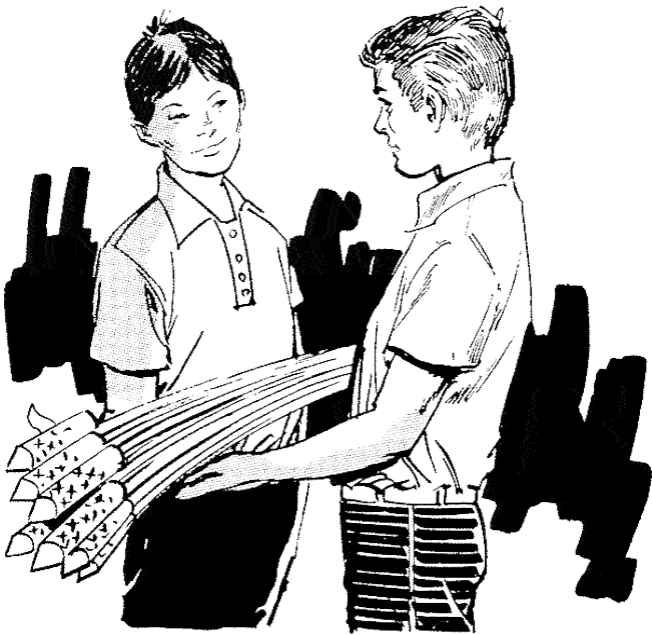
—¿Y los fuegos artificiales?

Jim dijo que se usaban para ahuyentar a los dragones y leones.

—Se los arrojamamos a los pies.

—¡Supongo que haréis mucho alboroto!

—Puedes estar seguro. Viene gente de todas partes a presenciar nuestros desfiles.



Jim añadió que se ofrecía «dinero de la suerte», dentro de sobrecitos rojos, a los leones y dragones para apaciguarlos. Además, antes del primero de año, los

chinos siempre pagan cualquier deuda que hayan contraído.

—Nuestros años tienen nombres, no sólo números —siguió diciendo Jim.

—¿Y qué año es éste? —preguntó Pete.

—El Año del Perro —replicó Jim, con una sonrisa—. A ti te parecerá un nombre extraño, ¿verdad? Pero es que todos nuestros años están representados por algún animal. —El chino sacó un folleto del cajón de la cómoda y se lo enseñó a Pete—. Aquí puedes encontrar el año en que naciste.

Pete miró el extraño calendario. Al encontrar el año en que había nacido, se

echó a reír.

—Yo nací en el año del Niu: El Buey... Pero, deja que vea los años en que nacieron mis hermanos.

Pete descubrió que Sue había nacido en el año de Hu, el Tigre; Holly en el de Lung, el Dragón; Pam en el de Ma, el caballo. Y Ricky en el de Hon, el Mono.

—Eso me parece lo más natural — declaró Pete, contando a Jim el accidente que Ricky había estado a punto de sufrir poco antes—. Espera, que conozco a un chico de Shoreham que se llama Joey Brill. Vamos a ver de qué año es.

Sus dedos recorrieron el calendario,

yendo a posarse en Shu, la rata. Pete sonrió, burlón.

—Bueno... No todos podemos tener suerte.

Devolvió el calendario a Jim, que un momento después decía:

—¿Te gustaría ver el taller de mi padre? Está lleno de artefactos eléctricos.

Cuando Pete contestó que le gustaría, Jim le condujo a lo que parecía ser un gran armario, en el vestíbulo del apartamento. La estancia, sin ventana alguna, tenía mesas de trabajo y bancos de carpintero a ambos lados. En las paredes, por encima de los chicos, había

discos y botones y, en las mesas, toda clase de equipo eléctrico.

—¡Esto parece un laboratorio! — dijo Pete.

Si Pete hubiera estado mirando a Jim en aquel momento, habría podido notar un brillo malicioso en los ojos del muchachito chino.

—Pete, hazme un favor. Toca ese botón, ¿quieres?

Pete hizo lo que se le indicaba. Lo que sucedió entonces le hizo dar un salto. La puerta se cerró tras él, se apagaron las luces y una voz profunda ordenó:

—¡Ríndete! ¡Estás atrapado!

¡AVERÍA!



—¡Jim! ¡Jim! —gritó Pete, palpando por todas partes, en torno a él.

Por fin sus manos localizaron al chino y se encendieron las luces, permitiendo ver que el nuevo amigo de Pete reía en silencio.

—Siento haberte asustado, Pete —dijo Jim—. Pero no he podido resistir la

tentación.

Luego explicó que su padre había ideado aquella trampa para ladrones, por si alguna vez alguien iba a husmear a su taller.

—La broma me ha dejado patitieso —dijo Pete, sin enfadarse en absoluto—. Tu padre debe de ser un mago.

De repente, Pete tuvo una idea.

—¡Zambomba! Esto podría dar resultado.

Ahora fue Jim quien quedó perplejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Pete le habló del Satélite Volante y de que necesitaban un experto en electrónica para perfeccionarlo.

—Pues a lo mejor mi padre podría ayudaros —admitió Jim, mientras Pete y él salían del taller para bajar, de nuevo, al parque.

En aquel momento regresaba la señora Hollister con Sue.

—Creo que será mejor que ahora nos marchemos —dijo.

Jim miró su reloj de pulsera.

—Siento que mis padres se retrasen tanto hoy. Si no pueden ustedes esperarse más, supongo que podrán conocerse otro día.

—Sí, sí —resolvió Sue—. Yo quiero volver al barrio chino, porque tiene restaurantes por arriba y

restaurantes por abajo, y por el medio, también.

Los otros se echaron a reír. Entonces, Kathy, Holly y Pam se acercaron al grupo.

—El barrio chino debe de ser un lugar fascinador para vivir —dijo la señora Hollister.

—Es muy entretenido —contestó Jim—. Pero hay demasiados habitantes. Algunos chinos empiezan a trasladarse a Long Island y otras zonas.

—Tengo una idea —dijo la señora Hollister—. Venid a vernos esta noche con vuestros padres al hotel.

—Creo que a ellos les gustará

mucho —opinó Kathy—. Se lo diremos.

Los Hollister se despidieron y volvieron en el coche al hotel Cosmos. El señor Hollister ya estaba allí. Explicó que había estado todo el día trabajando con el señor Davis pero, que el Satélite continuaba sin funcionar debidamente.

—Tal vez el señor Foo pueda ayudarnos —dijo Pete, que luego habló de las creaciones electrónicas del chino.

Estaba la familia acabando de cenar cuando en el comedor anunciaron que llamaban por teléfono a la señora Hollister. Volvió unos minutos más tarde, sonriendo.

—Era la señora Foo —dijo—. Han aceptado nuestra invitación y llegarán a las ocho.

Al terminar la cena, la familia se dirigió al ascensor del vestíbulo. Cuando todos estuvieron dentro, el señor Hollister cerró la puerta.

—¿Quieres hacer el favor de apretar el botón? —pidió a Sue.

El señor Hollister levantó a la pequeña en vilo. Sue oprimió el botón del piso décimo segundo y empezaron a ascender.

—Creo que es preferible recibir a los Foo arriba —opinó el padre—. Vosotros, niños, podréis jugar en

vuestras habitaciones, mientras los mayores hablamos del Satélite.

Puntualmente, a las ocho, el zumbador de la puerta anunció la llegada de los Foo. El señor Foo, un hombre de unos treinta y cinco años, era de constitución menuda y llevaba lentes. Su esposa tenía el rostro dulce, ovalado en forma de corazón y, cuando sonreía, en la mejilla izquierda se le formaba un hoyuelo.

—¡Cuánto nos alegra conocerles! — exclamó, afablemente, la señora Hollister, mientras entraban los visitantes.

Cuando los Foo estuvieron

cómodamente sentados, Pam habló del libro de los túneles y la nota escrita en chino, dirigida al hijo de Yuen Foo.

Paul Foo quedó asombrado.



—¡Esa carta era para mí! —dijo—.

Yo soy su único hijo. Pero mi padre no me habló nunca de ningún tesoro oculto. El que hable de un pájaro es lo más intrigante de todo.

El señor Foo dijo que había recibido unos pocos libros como herencia de su padre, pero no los miró.

—Presté ese de los túneles a un amigo, a quien se le perdió.

—Y ahora nosotros hemos perdido la nota —dijo Pam, con un suspiro.

Pete preguntó:

—¿Tuvo usted la estatua de una diosa en su hogar?

—No, mientras viví en mi tierra.

Luego pasé varios años en Honolulu. Allí conocí a mi esposa. Entre tanto, mi padre marchó a China, donde murió. Sus pertenencias se reunieron y fueron vendidas por un abogado en Nueva York, antes de que yo volviese aquí.

—¿Sabe usted qué enemigos tenía su padre? —preguntó Pam—. ¿Había alguien que se llamase Hong Yee?

El señor Foo repuso que no sabía que su padre tuviese ningún enemigo temible.

—Vagamente recuerdo algunas inquietudes tuyas, pero mi honorable padre era un hombre muy reservado y nunca reveló de qué se trataba.

Paul Foo añadió que, estando en China, su padre le había enviado un mensaje muy curioso a Honolulu.

—La nota decía: «El mayor tesoro va a ser encontrado en tu hogar».

Con una sonrisa, la señora Foo explicó:

—Naturalmente, supusimos que se refería a nuestros hijos. Ellos tenían, entonces, un año de edad.

—Sin duda alguna, Jim y Kathy son unos tesoros —concordó la señora Hollister, también sonriendo.

—Pero la información que ustedes me dan me lleva a creer que mi padre tenía algo más en mente, cuando envió

ese mensaje. La palabra «socorro» era entre mi padre y yo una clave, cuando yo era muchacho. Quería decir: busca la escritura invisible.

—Todo encaja, entonces —dijo Pam.

Pete sugirió que, tal vez, algunas cartas antiguas de Yuen Foo podrían dar nuevas pistas del misterio.

—Sí, sí —admitió el señor Foo—. Tengo unas cuantas en mi oficina, situada en la zona comercial. No dejaré de examinarlas.

Luego, el chino cambió de tema. Cortésmente, hizo preguntas sobre Shoreham y pareció muy interesado en

la descripción que le hicieron los Hollister sobre el Centro Comercial. Pero esta conversación no era muy interesante para los niños, que se marcharon a sus habitaciones, a hablar. Nadie se dio cuenta del momento en que Suey y Holly salieron, silenciosas, al pasillo. Su ausencia se advirtió cuando la señora Hollister empezó a servir cerveza y pastelillos.

—¿A dónde han ido las dos pequeñas? —preguntó.

En aquel momento sonó el zumbador de la puerta. Salió a abrir el señor Hollister y se encontró con el director del hotel, un hombre de anchas espaldas,

que ocupaba todo el umbral.

—Señor Hollister, creo que debe usted saber que sus dos hijas menores están encalladas.

—¿Encalladas? ¿Dónde?

—En el ascensor.

—¡Dios mío! —se asustó la señora Hollister.

—Ya hemos enviado a buscar a nuestro mecánico. Pero tardará un rato en llegar.

El señor y la señora Hollister pidieron excusas a los visitantes y corrieron al pasillo. El cuadro de llamada del ascensor indicaba que se había estacionado entre los pisos sexto y

séptimo.

—Creo que ya conozco el motivo —
afirmó el señor Hollister.

Y corrió escaleras abajo, seguido de
cerca por su esposa. Al llegar al sexto
piso, el señor Hollister acercó los
labios a la puerta del ascensor, gritando:

—¡Holly! ¡Sue!

—Di, papá —contestó la vocecilla
llorosa de Holly.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos jugando, pero ya no es
divertido.

—¡Quiero salir! —chilló Sue, con
grandes hipidos.

—Pronto podréis hacerlo —

prometió el padre—. Escuchadme con atención.

Dijo a sus hijas que examinasen bien las puertas. Había la posibilidad de que viesen una pequeña ranura entre las dos hojas de la puerta. En tal caso, eso habría detenido el ascensor.

—Si está abierto, cerrad bien.

—¡Ya lo veo! —gritó Holly.

En aquel mismo momento se produjo un chasquido y un zumbido. El ascensor descendió hasta el sexto piso y la puerta se abrió. Las dos niñas salieron corriendo, y la señora Hollister las recibió en sus brazos.

—Espero que eso os sirva de

lección —dijo, severo, el director del hotel—. No se debe jugar con los ascensores.

Y dando media vuelta, el señor se alejó, sin dar ni tiempo a que las niñas dijese que lo lamentaban.

Los Hollister entraron en el ascensor y fueron hasta el piso décimo segundo. Unos vasos de refresco de jengibre con cubitos de hielo hicieron que las niñas olvidasen pronto su espantosa experiencia.

Al poco, el señor Hollister dijo:

—Señor Foo, mi hijo Pete me ha informado de que es usted mecánico electrónico.

El chino sonrió, asintiendo.

—Pensaba que tal vez pudiera usted ayudarnos a un amigo mío y a mí en cierto proyecto —dijo el señor Hollister. Y a continuación puso al chino al corriente del problema que tenía el señor Davis—. Conseguimos elevar el satélite hasta la luna de juguete, pero se mueve zigzagueando en su órbita. ¿Cree usted que podría ayudarnos a superar ese problema?

—Haré cuanto pueda —afirmó el señor Foo.

El señor Hollister le entregó una tarjeta comercial del señor Davis, y el oriental prometió visitar al diseñador de

juguetes al día siguiente.

Cuando, un poco más tarde, la familia Foo se despedía de los Hollister, la señora Foo dijo a la madre de los Hollister:

—Tengo una idea. Si es que desean resolver un misterio del barrio chino, lo mejor sería que vivieran ustedes allí.

Pete, que oyó aquellas palabras, preguntó:

—¿Quiere decir que vayamos a vivir al barrio chino, señora Foo? Pero ¿a dónde? No he visto hoteles por allí.

La señora Foo repuso que su hermano y familia, que ocupaban un apartamento enfrente del suyo habían

ido a Hong Kong en viaje de negocios.

—Su apartamento ahora se encuentra libre, y estoy segura de que no les importará saber que lo han ocupado ustedes, durante su visita a Nueva York.

—¡Pero nosotros no podemos aceptar una hospitalidad tan generosa!
—objetó la señora Hollister.

Pete contuvo la respiración. ¡Sería estupendo! ¡Si su madre se decidiese a aceptar...!

El señor Foo intervino, asegurando:

—Nos encantaría tenerles como vecinos, aunque sea sólo por pocos días.

—Y a nosotros también, ¿verdad, Kathy? —dijo Jim—. Nos parecen muy

simpáticos los Felices Hollister.

La calurosa invitación de la familia Foo persuadió al señor y a la señora Hollister. Después de consultarse en silencio, con la mirada, marido y mujer sonrieron.

—Muchísimas gracias. Aceptamos —dijo la señora Hollister.

La señora Foo buscó en su bolso para dar a la señora Hollister las llaves del apartamento.

—Pueden trasladarse mañana por la mañana —dijo con sus dulces maneras.

Cuando los Foo se hubieron marchado, Pam exclamó:

—¿Has visto qué personas tan

maravillosas, mamá?

Ricky, Holly y Sue, por su parte, daban zapatetas de alegría.

La señora Hollister estaba de acuerdo en que los Foo eran de las personas más amables y complacientes que habían conocido.

Todos estuvieron muy atareados a la mañana siguiente, haciendo las maletas para el traslado. Después que el señor Hollister hubo pagado el hotel, un mozo les llevó las maletas hasta el coche de alquiler, y la familia emprendió la marcha en dirección al barrio chino.

Kathy y Jim les esperaban en la acera y les ayudaron a subir los

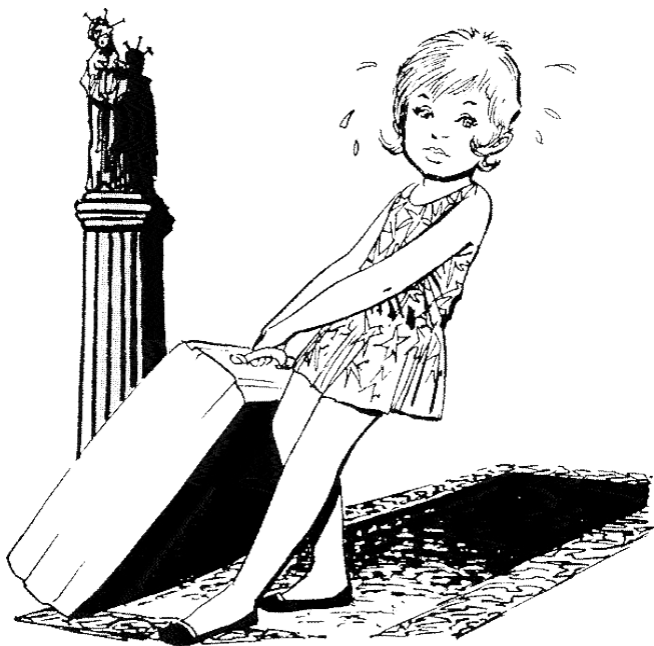
equipajes al apartamiento lindante con el suyo, ayudando a Sue, que no podía con la enorme maleta que había agarrado.

La señora Hollister prorrumpió en una exclamación de alegría. La casa estaba amueblada lujosamente, con piezas de adorno, gruesas alfombras, jarrones hermosísimos y buenas pinturas.

—Sabía que iba a gustarles —dijo Kathy, al ver las expresiones de los recién llegados—. Ahora les dejaremos para que puedan sacar las cosas de las maletas con tranquilidad.

Los dos gemelos hicieron una

educada inclinación con la cabeza y se marcharon.



La señora Hollister seleccionó los

dormitorios para los niños. En seguida, sacaron las cosas de las maletas y se reunieron en la sala. En aquel momento se oyó llamar, con brusquedad, a la puerta. Pete abrió. Y quedó asombradísimo al ver un policía de severa expresión.

¡POR POCO!



—¿Te apellidas Hollister? —
preguntó el policía a Pete.

—Sí, señor.

Ricky se presentó corriendo, para decir:

—Nosotros no somos ladrones. De verdad que no. La señora Foo nos ha dejado este apartamento...

El policía sonrió, entonces.

—Ya lo sé. Y no tengo nada que objetar a que estéis aquí.

Holly corrió a avisar a sus padres. Cuando salieron el señor y la señora Hollister, el policía les dijo que su nombre era Hobbs.

—Estoy aquí para entregarles un mensaje del policía Calvin Newberry, de Shoreham. Él ha averiguado las señas de ustedes en el Centro Comercial.

—¡El oficial Cal! —exclamó Sue—. ¡Es nuestro amigo!

—Todos los policías son vuestros amigos, hijita —dijo el policía de Nueva York, sonriendo a Sue.

El oficial Hobbs explicó que Cal había telefonado a la policía neoyorquina, para pedir que ayudasen a los Hollister a resolver cierto misterio, si los niños no lo solventaban solos. Hobbs añadió, sonriendo:

—Aunque Cal piensa que, posiblemente, no necesitaréis a nadie. Porque sois muy buenos detectives.

—Sí. Sobre todo, mis hermanos y mis hermanas —aclaró Sue, sentenciosa, haciendo reír a todos.

—Tengo una nota para vosotros —continuó diciendo el policía—. Me la ha dictado Cal por teléfono.

El oficial Hobbs sacó un papel de su

bolsillo y se lo entregó a Pete. Los demás rodearon a éste, mientras leía en silencio el mensaje.

—¿Qué dice? —preguntó Holly, impaciente.

Pete replicó:

—El oficial Cal nos envía saludos. Se ha enterado de que Hong Yee nunca ha tenido conflictos con la policía. Parece que es un hombre honrado.

—Entonces ¿por qué se portó de un modo tan extraño en Shoreham? —preguntó Pam.

—Cal dice que Hang Yee es coleccionista de objetos raros. Puede que a eso se deba todo.

—¡Qué misterio tan enrevesado! —
suspiró Holly.

—Deseo que podáis resolverlo —
afirmó el policía, y añadió que su zona
de vigilancia era el barrio chino—. Si
necesitáis ayuda, llamadme. Ahora,
adiós.

Cuando el policía se marchó, los
niños hablaron del misterio y de lo que
más convendría hacer para solucionarlo.

En aquel momento llegaron el señor
Foo y sus hijos a ver a los Hollister. El
mecánico en electrónica preguntó al
señor Hollister si quería acompañarle a
la oficina del señor Davis.

—Tengo libre esta mañana y estoy

deseando ver ese satélite de juguete.

El señor Hollister aceptó la invitación y los dos hombres se marcharon juntos.

Jim ofreció a la señora Hollister un periódico de pequeño formato.

—Es nuestro «Greenwich Village». Lo que lee todo el mundo en este barrio para conocer las noticias de la localidad.

Kathy añadió:

—Nos sentimos orgullosos de ser diferentes al resto de Nueva York. Mamá piensa que a lo mejor, les gustaría leer nuestro periódico.

—Sí. Muchas gracias —contestó la

señora Hollister y empezó a ojear artículos y anuncios.

Estaban los niños haciendo planes para su trabajo de investigación, cuando la señora Hollister exclamó:

—¡Creo que acabo de encontrar una pista para vosotros!

—¿Sí? —preguntó Pam, corriendo al lado de su madre—. ¿Qué es?

La señora Hollister señaló en la sección de anuncios económicos, la columna dedicada a objetos Perdidos o Encontrados. En uno muy pequeño se leía:

«NOTA

CHINA

ENCONTRADA CERCA
EDIFICIO EMPIRE STATE. DE
SER IMPORTANTE, ACUDA A
LA SEÑORA MEEKER.
DIRECCIÓN ABAJO. SIN
TELÉFONO».

Las señas dadas correspondían a un número de Canal Street, no lejos del barrio chino.

—¡Qué suerte! —exclamó Pam, contentísima—. ¡Sí, es el mensaje que yo perdí, parece que no cayó en malas manos!

—¡Vamos en seguida! —propuso Pete—. Jim, Kathy, ¿queréis enseñarnos

el camino?

—Claro que sí —dijo Jim.

Pam recortó el anuncio y, en compañía de la señora Hollister, todos salieron del apartamento. Recorrieron a toda prisa Mulberry Street y llegaron a la calle del Canal.

—No está lejos de aquí —dijo Jim.

—Son muy viejas las casas por esta parte, ¿verdad? —observó Holly.

El grupo caminó a buen paso durante unos minutos. Por fin Jim abrió la marcha para cruzar la calzada, cuando se encendió la luz verde, y se detuvo ante una vieja casa de vecindad.

En aquel momento, Sue dio un

tropezón y cayó de bruces. La pobre se dio un buen golpe en la nariz y empezó a llorar. La señora Hollister se detuvo con ella para limpiarla y consolarla un poco.

Mientras, los demás habían entrado en la vieja casa.

—¡Qué tenebroso es esto! —dijo Holly, al entrar en el sombrío vestíbulo, que olía a humedad y madera vieja.

Pete miró los buzones, hasta encontrar el de la señora Meeker.

—¿Puedes distinguir si dice tercero o cuarto piso, Pam? —preguntó a su hermana, pues el número, escrito a lápiz, estaba muy borroso.

—Me parece que dice tercero —

repuso Pam.

—Subamos —dijo Ricky,
impaciente.

Y todos se encaminaron a la puerta interior. Una vez cruzada aquella puerta, se encontraron ante un tramo de desgastadas escaleras.

Aquella parte de la casa era fría y siniestra y, mientras ascendía, Pam se preguntó si no deberían haber esperado a su madre. Pero, ya que estaban allí, siguieron adelante. El tercer piso parecía aún más ruinoso que los demás.

—Creo que es aquí —dijo Pete, acercándose a una puerta, del fondo del reducido pasillo.

Llamó. La única respuesta fue un arañazo al otro lado de la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kathy.

—Un perro, o un gato —replicó Jim. Pete volvió a llamar. Esta vez sonó un gruñido, seguido del soplido de alguien que husmea.

—¡Oiga! —gritó Pete—. ¿Está en casa la señora Meeker?

No hubo respuesta. Pero los gruñidos y arañazos sonaron más claramente. Al mismo tiempo, se vio que el picaporte se movía ligeramente.

—¡Oooh! —gritó Holly, agarrándose al brazo de Pam.

—Apuesto algo a que es el perro, que quiere abrir la puerta y perseguirnos —dijo Pete, apartándose.

La puerta se abrió, entonces, y un perrucho negro asomó la cabeza, gruñendo amenazador.

—¡Corred! —gritó Pete, viendo que el perro se precipitaba hacia ellos.

Los niños emprendieron una enloquecida carrera por el pasillo y las escaleras. Pete, que iba el último, notó que el perro le alcanzaba la pernera de sus pantalones. Pero, de repente, el animal pareció retroceder, con una sacudida.

Pete se volvió a mirar. El animal

estaba sujeto a una larga cadena. Y ahora la longitud de la cadena se había acabado y no podía seguir delante.



—¡Esperad! —dijo Pete a los otros, que estaban ya a mitad del segundo tramo de escaleras, y gritaban a Sue y a la señora Hollister que corrieran también—. Ya no ocurre nada.

Con el rabillo del ojo había podido ver que el perro era arrastrado al interior de la casa por un anciano delgado y minúsculo. El sonido de una llave en la cerradura le indicó que ya estaban a salvo.

—La señora Meeker debe de vivir en el cuarto piso —decidió y empezó a subir.

Esta vez, en cuanto Pete llamó, obtuvo respuesta. Abrió la puerta una

señora gruesa, de mediana edad, con el cabello muy rizado.

—¡Cielos! —exclamó la señora—. ¡Toda una delegación acude a visitarme! Entrad, entrad.

Pete observó que el interior de la sala estaba en condiciones mucho mejores que el exterior de aquella vieja casa.

—¿Quiere usted sentarse? —dijo la señora, amablemente, a la madre de los Hollister—. ¿Vienen a venderme algo?

—No, no —contestó Pam—. Veníamos a preguntarle por la nota que usted encontró cerca del edificio del Empire State.

—¿Se trata de eso? —preguntó la señora, con expresión dramática—. ¿Habéis visto mi anuncio en el periódico? ¿No es la cosa más cómica del mundo? ¿Sabéis una cosa? La nota bajó, volando, y fue a aterrizar en mi sombrero. Aquí está. Yo os la mostraré.

La señora Meeker fue a un armario y sacó un sombrero que a Pete y Ricky les recordó un gigantesco buñuelo, cargado de flores. Desde luego, no era sorprendente que un sombrero tan grande hubiera servido de campo de aterrizaje a la nota en chino.

—Quedé tan sorprendida... — continuó la señora, siempre con gestos

exagerados—. Creí que alguien me gastaba una broma. Levanté la mano y cacé la nota... ¡Y ya veis! Estaba escrita en chino... Vosotros sois chinos, ¿verdad? —preguntó a Jim y Kathy.

—Somos americanos, descendientes de chinos —le contestó Jim, con una sonrisa.

—Sí, sí —prosiguió la señora gruesa—. La nota parecía importante, ¿comprendéis? Puede que alguien la haya dejado caer desde un avión, pensé, por eso puse el anuncio en el «Greenwich Village», ese periódico que leéis los chinos de aquí.

—Por favor, señora Meeker —dijo

Pete, impacientándose—. Nosotros creemos que esa nota es nuestra. ¿Puede enseñárnosla?

—¿Os pertenece a vosotros?

La boca de la señora Meeker quedó abierta en un círculo perfecto y sus ojos se abrieron como si las pupilas quisieran salirse de las órbitas.

—Sí. Encontramos la nota en nuestra ciudad de Shoreham y la hemos traído a Nueva York. Pero se me escapó de las manos cuando estábamos en lo alto del Empire State —explicó Pam.

—¡Horror de los horrores! ¿Qué voy a hacer ahora? Ya no tengo esa nota.

—¿Que no la tiene? —repitió Pete.

—¿Qué ha hecho con ella? —
inquirió Kathy.

La señora Meeker enlazó los dedos nerviosamente.

—Pues... Pues se la di a ese hombre. Él me dijo que era suya...

—¿A qué hombre? —preguntó Jim.

La señora Meeker respondió que, hacía cosa de una hora, había ido a visitarla un chino.

—Al menos, tenía cara de chino —
aclaró—. Aunque..., puede que no del todo. Bueno. Mitad y mitad.

—¡Era Hong Yee! —exclamó Pete moviendo la cabeza tristemente.

—Él me dijo que la nota le

pertenecía. ¿Era muy importante?

—Sí. Mucho —respondió Pete.

—Oh, hijitos. ¡Cuánto lo siento! —
se disculpó la señora Meeker.

—Tal vez la nota que Usted encontró
no era la nuestra, después de todo —
intervino la señora Hollister—. ¿Puede
usted darnos algún detalle de la misma?

—No mucho —replicó la señora
Meeker—. Todo estaba escrito en chino,
menos una palabra. Pude leer «socorro».



—Entonces, era nuestra nota —
afirmó Pete.

La señora Hollister se puso en pie, diciendo que debían marcharse ya. De nuevo la señora Meeker habló de lo mucho que lamentaba lo sucedido.

—La verdad es que no ha sido culpa suya, señora —dijo la señora Hollister—. Muchas gracias por haber procurado ayudar a los niños.

Casi no se pronunció ni una palabra durante el regreso al apartamiento, hasta que Holly dijo:

—Bueno... Aunque Hong Yee se haya llevado la nota, puede que se le pierda...

—Sí. Pero ya sabe todo lo que dice —repuso, tristemente Pam.

Cuando llegaron al apartamento, el señor Foo cruzó el vestíbulo para acudir a verles. Su rostro estaba radiante.

—¡Tengo buenas noticias para vosotros! Primero: he visto el satélite de juguete y creo que podré ayudar al señor Davis. Esta tarde empezaré los experimentos.

—¡Estupendo! —dijo Pete.

El señor Foo se volvió a la señora Hollister.

—Su marido me ha pedido que le diga que pasará el día con el señor Davis. Y ahora —añadió el chino— noticias de otra clase. He recordado haber leído, entre las viejas cartas de mi

padre, algo sobre un túnel. De modo que fui a leer de nuevo las cartas.

—¿Y qué ha averiguado? —preguntó Pete, interesadísimo.

La contestación del señor Foo, sin embargo, no fue muy emocionante. Había encontrado la carta en que se citaba la existencia de un túnel secreto, pero no decía en qué lugar.

—En realidad —tuvo que confesar el chino—, no sé si mi padre se refería a algún túnel que él conocía en el barrio chino o a alguno del que leyó información en el libro que había comprado. De todos modos, pensé que la información podía seros útil.

—Claro que puede serlo —contestó

Pete.

—No entiendo cómo —declaró

Ricky.

—Buscando algún túnel que haya en esta ciudad.

—Sí, pero puede que ahora ya hayan sido rellenados y tapiados —objetó

Pam.

El señor Foo aseguró que todavía había muchos túneles en Nueva York.

—El distrito financiero está plagado de ellos. Algunos datan de la guerra civil y se utilizan como comunicación entre oficinas o bancos.

—¡Canastos! ¿Están llenos de dinero

esos túneles? —preguntó Ricky.

—Al menos uno, en particular, sí —contestó, con una sonrisa, el señor Foo—. Contiene seis mil millones de dólares en oro.

—¡Zambomba! —exclamó Pete.

El señor Foo añadió que el dinero, que estaba en lingotes de oro, se hallaba almacenado a una profundidad correspondiente a cuatro pisos, en el Edificio de la Reserva Federal.

—Debemos ir a verlo antes de marchar de Nueva York.

—Pero, primero, tendremos que seguir con nuestro trabajo detectivesco —dijo Pam—. Vosotros dos, Jim y

Kathy, ¿queréis ayudarnos?

—Naturalmente —contestaron, al momento, los dos chinitos.

Y Jim añadió:

—Nos gusta jugar a los detectives.

Pam se volvió al señor Foo, para decir:

—Si su padre se refería a un túnel verdadero, tal vez se encontraba situado donde vivían ustedes antes.

El chino sonrió.

—No recuerdo ningún túnel allí, pero podéis mirar, de todos modos. Aquello ya no es una vivienda.

—¿Qué es, entonces? —preguntó

Pam.

—Una tienda, en Pell Street.

Y el señor Foo les dio la dirección.

Los Hollister miraron a su madre. Ella les sonrió y dijo:

—Tenéis mi permiso para ir, si al señor Foo le parece bien. —Y cuando el chino asintió, ella añadió—: Yo prepararé la comida mientras estéis fuera.

A los niños les brillaban los ojos de emoción.

—¡En marcha, detectives! —dijo Pete.

ALGUIEN ESCONDIDO



Abriéndose camino por las estrechas aceras, llenas de transeúntes, Jim y Kathy condujeron a los Hollister, en fila de a uno, hacia Pell Street. Cuando giraron en la esquina de la calle Mott, Pam se detuvo en seco y agarró a Kathy por el brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Pete,

deteniéndose, al igual que los otros.

—¡Mirad! ¡Allí! —dijo Pam.

Señalaba a la acera de en frente, donde un hombre bajo y delgado, de cabello negro, miraba los escaparates de una tienda.

—¡Es... es Hong Yee!

—¿Estás segura? —preguntó Jim.

Después de mirar con atención al hombre, Pete murmuró:

—Quisiera que volviese un poco la cabeza, para tener la seguridad completa.

Fue como si el hombre hubiera oído las palabras de Pete, pues volvió un poco la cabeza y se ajustó el sombrero

de paja.

—¡Es Hong Yee, desde luego! —
declaró Pete.

—Esperad —protestó Kathy—. No
me parece que sea chino.

—¿Por qué dices eso? A mí sí me
parece chino —afirmó Pete.

—Parece oriental —admitió Jim—,
pero tiene algo extraño.

—Vamos a mirarle más de cerca —
propuso Pete.

Jim y él cruzaron juntos la calle para
aproximarse al hombre, que estaba
observando con interés las antiguas
estatuillas del escaparate.

De repente, el hombre se volvió y

vio a los dos chicos. Cuando sus ojos se encontraron con los de Pete, el hombre quedó atónito. Al instante emprendió la carrera.

—¡Deténgase, Hong Yee! —gritó Pete—. ¡Denos nuestra nota!

—¡A por él! —gritó Ricky.

Pete y Jim no necesitaban que nadie les apremiase; las niñas, tampoco. Mientras los curiosos transeúntes observaban, los niños corrieron tras Hong Yee. El chino huía a todo correr. Con tanta gente en las aceras, se hacía difícil para sus perseguidores adelantar lo suficiente.

—¡Deténgase! ¡Deténgase! —gritó,

otra vez, Pete—. ¡Denos nuestra nota!

Pero, en vez de hacer caso, Hong Yee redobló la carrera. Al llegar a la esquina, embocó Pell Street y continuó corriendo. Los niños le vieron desaparecer en el umbral de un edificio.

—¡Vamos! —ordenó Pete, cuyos pies, más que correr, parecían volar—. ¡Tenemos que alcanzarle!



Todos penetraron por aquella puerta y se encontraron en un estrecho pasillo. Dicho pasillo llevaba hasta un patio

posterior, en cuyo centro se veía una fuente, con un pájaro ornamental. Hong Yee no se veía por parte alguna.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Jim, mirando a su alrededor con cautela.

Había varias escaleras de incendios que llevaban a distintos edificios, pero los primeros peldaños quedaban a casi dos metros del suelo.

—Habría que ser un acróbata para saltar a ellas —razonó Pam que, no obstante, escudriñaba todos los tejados —. Bueno. Hong Yee no está aquí.

—Es como si se hubiera evaporado —dijo Holly.

Y Jim declaró:

—Ahora estoy convencido de que Kathy tiene razón. Ese hombre no es chino.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Pam.

—No lo sé. Puede que algún otro tipo de oriental.

Contrariados, los jóvenes detectives volvieron por el pasillo. Y entonces se dieron cuenta de que no estaban lejos de lo que había sido en otros tiempos, el hogar del señor Foo, en Pell Street.

—Aquí es —anunció Jim al poco trecho.

Se detuvieron ante una tiendecita con una puerta en el centro de la fachada. En

los dos escaparates, los niños pudieron ver toda clase de chucherías y baratijas. Sobre la puerta pendía un letrero de neón que anunciaba que aquélla era la «Tienda de Regalos de la Señorita Helen».

Kathy entró y los demás la siguieron. Detrás del mostrador vieron a una joven y sonriente china, vestida con falda y blusa azul.

—Hola —saludó a los niños, afablemente.

—¿Es usted la señorita Helen? —preguntó Sue con curiosidad.

—Sí. ¿En qué puedo servirlos?

—Sólo queríamos mirar —explicó

Jim—. Mi padre vivió aquí hace años.

—Entonces, vosotros debéis de ser los gemelos Foo. Podéis consideraros en vuestra casa. —La señorita Helen hizo un amplio movimiento con la mano al añadir—: tengo muchas cosas que los visitantes pueden comprar.

Los mostradores y estanterías estaban llenos de objetos chinos. Entre ellos, farolillos de papel, rompecabezas, pebeteros, un tarro de dulces de la suerte, sombreros de «coolie», abanicos orientales y una pila de libros cómicos chinos.



Mientras los ojos de los Hollister pasaban, admirativos, por cada uno de los artículos expuestos, Jim y Kathy

miraron en el interior de la gran tienda.

—Todo esto debía de estar dividido en varias habitaciones, cuando papá vivió aquí —comentó Kathy.

—Me gustaría saber si, de verdad, el abuelo tenía un túnel —musitó Jim.

De repente, Ricky exclamó:

—¡Canastos! ¡Cuánto me gustaría comprar esto!

Y tomó un bastoncillo chino, de largo mango, útil para rascarse la espalda. El mango era de bambú y estaba rematado por una manecita con curvados dedos.

La dueña de la tienda sonrió al oír decir al pecoso:

—¿Sabéis? He tenido picor en la espalda toda la mañana.

Ricky pasó el bastoncillo chino por encima del hombro, pero antes de haber llegado con él a su espalda, los curvados deditos se engancharon en una bonita farola china, colocada en una estantería.

—¡Cuidado! —advirtió Jim.

La farola estuvo a punto de caer al suelo, pero antes de que eso ocurriera, Pete dio un salto y la atrapó al vuelo, como si se tratase de un balón de fútbol.

—¡Oh! —exclamó la propietaria de la tienda, frunciendo el ceño—. Os ruego que tengáis cuidado.

—No ha ocurrido nada —dijo Pete, mostrando a la señorita Helen la farola, antes de volver a colocarla en la estantería—. Pero, en adelante, Ricky, ten mucho cuidado cuando te rasques la espalda.

Ricky pagó el precio del bastoncillo. Estaba un poco avergonzado y decidió ir a utilizarlo cerca de la puerta, donde no podía causar ningún estropicio.

Entre tanto, Pete fue a preguntar a Jim y Kathy, en voz baja:

—¿Habéis visto algo que recuerde un túnel?

—No —respondió Jim—. Kathy y yo hemos estado mirando las paredes.

Todas parecen sólidas.

—Puede estar abajo. A lo mejor se baja por una trampilla —sugirió Pete, que se llevó a Pam a un lado y cuchicheó—: ¿Te parece bien que compremos algunas cosas, para dar tiempo a los Foo a que sigan buscando el túnel secreto? Así, la señorita Helen no sospecharía nada. Iré a decírselo a Jim.

Pam asintió y se volvió a Sue.

—¿Qué te gustaría comprar, guapina?

—Un sombrero de «coolie» —contestó la pequeña.

La dueña de la tienda descolgó uno

de los sombreros y se lo entregó a la pequeña. Sue se apresuró a ponérselo y a ajustarse la goma bajo el mentón.

—Estás lindísima —dijo la vendedora.

—¿Parezco una chinita?

—Me temo que no. Pero si comes algunos pastelillos chinos, tal vez consigas parecerlo.

En aquel momento, a Pam se le iluminaron los ojos, al ver una caja con una muñequita china, bajo el mostrador.

—¡Cuánto me gustaría, para mi colección!

La señorita Helen sacó la muñeca y se la pasó a Pam, para que la examinase.

—Traje chino auténtico —afirmó la vendedora—. Se hacen en Hong Kong.

Cuando comprobó que tenía bastante dinero, Pam dijo que compraba la muñeca. Pete eligió, en el mostrador, una pastilla de jabón que tenía la figura de un elefante.

—Es muy atractivo —declaró la señora Helen.

—Lo compro —dijo Pete.

Entre tanto, Holly había tomado un abanico chino que desplegó ante su naricilla, al tiempo que hacía con los ojos mil monerías.

—Eres una presumida —dijo Pam, sonriendo.

—Pues «la presumida» quiere este abanico —dijo Holly—. Cuesta cincuenta centavos.



Holly no tenía suficiente dinero, pero Pam puso la diferencia.

—«Glacias, glacias» —dijo Holly, abanicándose graciosamente—. «Honorable helmana es muy espléndida».

—Yo quiero unos pastelitos de la suerte, para parecer china —informó Sue a sus hermanos.

Y Pam propuso:

—Compremos algo para papá y mamá.

—Y para el señor y la señora Foo —añadió Holly.

La señora Helen bajó de la estantería un tarro de dulces y Pam pudo

ver que tenían la forma de sombrero de tres picos, de la época colonial.

—Y dentro de cada una se dice una verdad —dijo la señorita Helen, mientras llenaba de aquellos dulces una bolsa que entregó a Pam, para luego acudir a otros clientes que acababan de entrar.

Pam ofreció un dulce a cada niño. Los pequeños fueron partiéndolos y sacando los papelitos de color amarillo en los que se leía un proverbio. Sue fue la primera en desdoblar el papel.

—¿Qué dice, Pam? —preguntó.

La hermana mayor leyó:

—«Ni desperdicios, ni escaseces».

—¿Quiere decir que tengo que comerme todo el dulce?

—Eso es —contestó Pam, riendo.

—Pues me lo como —declaró la pequeña, empezando a morder el dulce.

Kathy y Jim se aproximaron, diciendo, en un murmullo, que no habían encontrado nada.

—¡Qué pena! —contestó Pam—. Bueno, Kathy; aquí tienes tu dulce de la suerte.

Y dio a la niña china uno de los dulces.

—¡Mirad lo que dice mi papel! —exclamó Kathy. Y todos prestaron gran

atención, mientras ella leía—: «Misterio y fortuna se encuentran donde tú estás».

—¡Eso me hace pensar una cosa: puede que el viejo túnel tenga salida a esta habitación! —dijo Jim.

—¿Supones que puedes estar sobre alguna trampilla secreta que sea la salida del túnel? —cuchicheó Pete.

Kathy bajó la vista. No había nada en el suelo que se pareciese a una trampilla.

—Ese túnel tuvieron que abrirlo desde alguna otra parte —opinó.

Por primera vez, Pam se fijó en la pared del fondo de la tienda. Estaba cubierta por una lujosa seda, pero detrás

parecía haber algo abultado, como una silueta humana.

El resto de los dulces quedó olvidado, por el momento, cuando Pam preguntó a media voz:

—Pete, ¿hay alguien escondido, allí detrás?

Pete se quedó mirando, unos momentos.

—No se mueve nada —dijo, al fin.

En voz baja los niños discutieron respecto a lo que podía ocultarse tras el tapiz de seda. Por fin, Ricky propuso sencillamente:

—Y ¿por qué no vamos a mirar?

—No, no —replicó Pam, alargando

la mano hacia el brazo de su hermano.

Pero Ricky se escabulló con agilidad, corrió al fondo de la tienda, y levantó un extremo de la seda. La señorita Helen se volvió a tiempo de verle.

—¡Quieto! —ordenó. Y siguió hablando rápidamente, en chino, con Kathy y Jim, al tiempo que movía vigorosamente la cabeza.

Ricky dejó caer inmediatamente la cortina, asustado por la indignación que se advertía en la voz de la mujer china.

—¿Qué ha estado diciendo? —preguntó Pete.

Kathy dijo que alguien había pagado

un depósito por un objeto de arte que quedaba oculto por el brocado.

—La señorita Helen no quiere que nadie lo toque —añadió la niña.

Ricky se disculpó, pero ahora era cuando todos los Hollister estaban llenos de curiosidad.

—¿Qué clase de objeto de arte es, señorita Helen? —preguntó Pam.

La vendedora movió la cabeza y repuso:

—No puedo decirlo.

Pete, algo avergonzado, pensó que podría disimular un poco la travesura de su hermano haciendo otra compra. De modo que tomó una de las publicaciones

cómicas y preguntó:

—Jim, Kathy, ¿os gusta esto?

—Gracias, Pete —dijo la niña—. Es el último número. Lo compramos todas las semanas.

La revista era cuadrada, pequeña, impresa en papel brillante y con bello colorido.

Pete pagó el importe de lo comprado y Kathy lo tomó del mostrador. Sus ojos se posaron, por un momento, en el bloc de notas de la señorita Helen; en seguida miró a su hermano, significativamente. Luego todos salieron de la tienda.

Kathy, muy nerviosa, dijo a su hermano:

—Jim, ¿has visto lo que ponía en ese cuaderno de notas?

—No. ¿Por qué?

—Estaba escrito en chino. Ponía un nombre: ¡Hong Yee!

HO-PANG-YOW



—¡Hong Yee! —exclamó Pete—.
¡Ahora mismo vuelvo a la tienda para
averiguar qué es eso!

Los demás esperaron en la acera,
mientras Pete entraba en la tienda de
regalos.

—Tengo que hacerle una pregunta —
dijo Pete.

—¿Qué es?

—¿Es Hong Yee la persona que le compra ese objeto de arte? —preguntó Pete, señalando la abultada figura, oculta por la seda que pendía de la pared del fondo.

La mujer quedó un momento atónita. Pero luego sonrió.

—Me gustaría decirte quién es el comprador, pero el cliente me ha pedido que le guarde el secreto.

—¿No puede decirme si su nombre es Hong Yee?

La señorita Helen negó con la cabeza.

—Lo siento. El comprador no hizo

más que darme una paga y señal. Y, si yo revelase su nombre, podría cambiar de idea respecto a la adquisición.

Pete miró fijamente los contornos del objeto oculto. ¿Podía ser una estatua de Kuan Yen? De ser así, se dijo Pete, probablemente el misterioso tesoro se encontraba en aquella misma tienda.

—Muchas gracias, señorita Helen —dijo Pete y volvió a salir para reunirse con los demás.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Pam, impaciente.

—Nada. No quiere decir nada.

Pam, muy desilusionada, confesó:

—Ahora sí quisiera que Ricky

hubiera mirado mejor. ¿Qué podemos hacer?

—Por ahora, tendríamos que olvidarnos de la tienda y averiguar más sobre los túneles del barrio chino. Si conociéramos a alguien que pudiera hablarnos de eso...

—¡Ya sé! —exclamó Jim, con los ojos brillantes—. El señor Moy, el director de la escuela china, nos habló algo sobre túneles, cuando yo estudiaba allí.

—¡El señor Moy! —repitió Pam—. ¡Pero si es amigo nuestro!

Los Hollister explicaron a sus amigos chinos cómo habían conocido al

director del colegio chino durante el viaje en avión.

—Pero no podemos verle hasta las cinco —recordó Kathy—. Es la hora en que empiezan las clases.

Durante el camino de regreso al apartamento, los gemelos Foo hablaron de los cursos en la escuela china. Los dos habían obtenido allí un certificado de estudios, el pasado año.

—Era tan divertida la escuela... —rememoró Kathy.

—Y había que estudiar tanto... —añadió Jim—. Kathy y yo hablamos en chino tanto como podemos porque, si no practicamos, se nos olvida mucho.

Los niños comieron los apetitosos platos que la señora Hollister había preparado y jugaron juntos el resto del día. Luego, después de hacer una merienda-cena, salieron en dirección a la escuela china.

—Iremos directamente a la oficina del señor Moy —dijo Jim, conduciendo a los otros a lo largo del corredor.

El señor Moy estaba sentado ante su despacho, enfrascado en las cuentas de un libro de caja. Al levantar la cabeza, reconoció a los niños de inmediato.

—¡Los Hollister, de Shoreham! —dijo—. Sois muy atentos al haber venido a visitarme. Y vosotros, Kathy, Jim,

¿cómo estáis?

Pete estrechó la mano al director y le dijo:

—Nos gustaría visitar su escuela y, además, hacerle unas preguntas sobre el viejo barrio chino.

—Me complacerá ayudaros, si puedo. ¿Queréis hacer una visita a la clase de primer grado?

Ricky, Holly y Sue sonrieron ampliamente.

—Yo «querería» ser una chinita —confesó Sue, riendo.

—Haremos lo que esté en nuestras manos para conseguirlo —dijo el señor Moy—. Seguidme.

Los niños avanzaron por un pasillo y giraron a la derecha. El señor Moy abrió una puerta e hizo señas a los demás para que entrasen.

Los alumnos chinos levantaron las cabezas. La maestra, que era una bonita oriental que se encontraba en el centro del aula, sonrió. Ella y el director hablaron unas frases en su idioma natal y luego el señor Moy dijo a sus visitantes:

—Permitidme que os presente a la señorita Tan, nuestra maestra de primer grado.

La maestra saludó a los Hollister y, con más familiaridad, a Jim y Kathy.

—Esta pequeñita —explicó el señor

Moy, acariciando la cabecita de Sue—
querría ser china. ¿Puede usted
ayudarla?

Sonaron risillas en la clase y todos
los alumnos sonrieron amablemente a
los visitantes.

La maestra preguntó a los Hollister
si querían sentarse con los alumnos. El
señor Moy pidió excusas y salió,
mientras Jim y Kathy iban a acomodarse
en la parte delantera del aula.

—¿Les gustaría a nuestros visitantes
aprender unas cuantas palabras en
chino? —preguntó la señorita Tan.

Al momento, Sue levantó la mano,
pidiendo:

—¿Puedo saber cómo se dice niña china?

La señorita Tan habló a sus alumnos. Luego, niños y niñas chillaron al unísono:

—«Yat-go-noy-seu-hi».

—¡Oh! —se admiró Sue, que tuvo que repetir las muchas veces antes de recordar bien aquellas sílabas.

También sus hermanos repitieron la frase, en unión de los chinos.

La maestra preguntó a Holly qué le gustaría aprender.

—Pues..., como somos tan buenos amigos Kathy, Jim y nosotros, me gustaría aprender a decir «buenos

amigos» en chino.

De nuevo los niños de la clase dijeron una frase al unísono:

—«Ho-pang-yow».

Esto fue más fácil de aprender para los niños americanos, que lo repitieron varias veces.

—¿Algo más? —preguntó la señora Tan, mirando a los Hollister.

—Elige tú, Pete —dijo Pam.

Y su hermano preguntó cómo se decía, en chino, «buena suerte».

Los alumnos dijeron, todos a una:

—«Ho-sai-ki».

Los Hollister repitieron la frase varias veces, hasta que estuvieron

seguros de que podrían recordarla. Entonces, Pam considerando que ya habían entretenido bastante a la maestra, se puso en pie y dio las gracias a la señorita Tan.

Cuando ya todos los Hollister salían, Pam añadió, risueña:

—Adiós, «Ho-sai-ki».

Jim y Kathy condujeron a los Hollister hasta la oficina del director. El señor Moy había colgado en la pared un papel de unos dos metros de largo por treinta centímetros de ancho. Estaba cubierto de dibujos de brillante colorido y caracteres chinos.

—¡Qué bonito! —exclamó Pam—.

¿Qué es esto, señor Moy?

—La historia de China.

—¿De verdad? —preguntó Pete.

—Sí —contestó, sonriente, el señor

Moy—. Los cinco mil años de historia de China podemos verlos en un momento. Aquí se describe una dinastía tras otra. Ya sabéis que, cuando una familia subía al poder, la dinastía duraba muchos años, muchos.

—¡Cuánta historia se puede aprender! —exclamó Pete.

—¡Canastos! ¡Cinco mil años! —dijo Ricky—. ¡Pero si nuestro país no consiguió la independencia hasta 1776!

El señor Moy tuvo que admitir que

los niños chinos tenían que aprender mucho sobre la historia antigua de su país.

—Bien. ¿Queréis decirme ahora, cuál es vuestra pregunta sobre el barrio chino?

Pete le preguntó al señor Moy si sabía algo de viejos túneles secretos que aún se conservasen en dicho barrio.

—¿Recuerda lo que nos dijo usted una vez sobre eso? —dijo Kathy.

—Sí —contestó el señor Moy, pensativo—. Existieron algunos pasadizos secretos, y creo que parte de ellos se conservan aún, pero no sé exactamente dónde están.

Los Hollister, Kathy y Jim se miraron unos a otros, desilusionados.

—Pero, esperad. Creo que conozco a la persona que puede hablaros de eso.

—¿Quién? —preguntó Ricky.

—Se llama Hootnanny Gandy. Es un viejo cavador de túneles. Los cavadores de túneles son obreros valientes y hábiles. De no ser por ellos no tendríamos los túneles Lincoln y Holland, bajo el río Hudson, por no mencionar otros muchos pasos subterráneos de esta gran ciudad.

Pete preguntó cómo los Hollister podían ponerse en contacto con Hootnanny Gandy.

—Ya se ha retirado —replicó el señor Moy—, pero creo que todavía tengo sus señas.

El director del colegio se acercó a un archivador, abrió un cajón y sacó una carta. Luego copió la dirección de Hootnanny en un papel y se lo entregó a Pam.

—Os gustará Hootnanny —afirmó el señor Moy—. Es un gran individuo.

Los niños dieron las gracias al director del colegio y marcharon a casa. Como a la mañana siguiente, los gemelos Foo tenían cosas que hacer, no pudieron acompañar a Pete y Pam a casa del viejo cavador de túneles. La casa no

quedaba lejos del barrio chino y la señora Hollister dio permiso a sus dos hijos mayores para que fuesen solos.

Pam y su hermano salieron al día siguiente, poco después del desayuno. Cuando llegaron a las señas que les diera el señor Moy, comprobaron que se trataba de una casa de huéspedes.

Llamaron a la puerta. Cuando salió a abrir la dueña de la casa, Pete le preguntó por Hootnanny.

—¿Hootnanny Gandy? —repitió ella —. Ya no vive aquí.

—¿Sabe usted a dónde se ha trasladado? —preguntó Pam.

—No. Pero supongo que su sobrino

sí lo sabe. —La señora dijo que el apellido del sobrino era también Gandy, aunque ignoraba el nombre pila del muchacho—. Trabaja para los Servicios de Parques y tiene empleo en la Estatua de la Libertad.

Cuando Pete y Pam volvieron a su apartamento, hablaron de la última pista conseguida. El señor Hollister alabó a sus hijos por el buen trabajo que estaban llevando a cabo.

—Ya veo que no renunciáis a resolver ese jeroglífico chino —añadió, sonriendo.

—¿Quieres llevarnos a la Estatua de la Libertad en seguida? —pidió Ricky

— Quiero subir a lo alto.

— Os llevaré. ¿Todo el mundo quiere ir esta tarde?

— ¡Sí!

— ¡Claro!

— ¡Papá, te quiero muchísimo! — gritó Holly, echando los brazos al cuello de su padre.

— ¿Cómo iremos hasta allí? — quiso saber Ricky.

— Iremos a Battery Park y tomaremos una embarcación hasta Liberty Island — contestó el señor Hollister.

Los niños Hollister no tardaron en enterarse de que Battery Park se

encontraba en el extremo meridional de la isla de Manhattan. Desde allí se podían tomar transbordadores que iban y venían a Liberty Island.

Poco después de comer, los Hollister se pusieron en camino hacia la parte baja de la ciudad. Después de aparcar, el padre compró billetes para el viaje en la embarcación transbordadora, hasta la Estatua de la Libertad.

—¡Ya llega nuestra embarcación! — exclamó Pete, viendo acercarse al embarcadero una gran embarcación blanca, con tres cubiertas. Los Hollister observaron, fascinados, como cientos de personas salían del barco, dejándolo

libre para que lo ocupasen los siguientes viajeros que aguardaban, formando una interminable fila.

—La estatua de la Libertad es, posiblemente, la estatua más conocida del mundo entero —dijo la señora Hollister a sus hijos, mientras todos iban cruzando la pasarela.

Después de entregar sus billetes al empleado, Holly y Ricky se adelantaron a su familia. Les siguieron Pete y Pam, en tanto que el señor y la señora Hollister quedaban rezagados con Sue.

El pecoso y Holly corrieron hasta la cubierta más alta y se asomaron por la borda, para contemplar la estatua que

tan pequeña parecía desde aquella distancia. Cuando la señora Hollister llegó al lado de sus hijos, les habló de aquel gran monumento conmemorativo que los franceses habían dado al pueblo norteamericano.



Frederick Auguste Bartholdi, joven escultor alsaciano, fue enviado a América para estudiar y hablar sobre el proyecto. Al entrar en el puerto de Nueva York, Bartholdi concibió la idea

de construir una colosal estatua en la entrada misma del Nuevo Mundo, como representación de la cosa más preciosa para el hombre: la libertad.

—¿Por qué la señorita Libertad es verde? —preguntó Holly, mientras el motor de la embarcación zumbaba, camino del interior de la bahía.

El señor Hollister explicó que la estatua estaba hecha de cobre y el cobre se pone verde con la humedad del ambiente.

La gran estatua pareció ir creciendo a medida que la embarcación iba acercándose a Liberty Island. El interés de Pam se dividía entre la estatua y el

pensamiento de encontrar al sobrino de Hootnanny Gandy. Si aquella persona podía darles las señas del viejo cavador de túneles, quizá podrían encontrar una pista que llevase al tesoro oculto en el barrio chino de Nueva York.

—¡Es estupendo este viaje! —dijo Pam, volviendo la vista hacia la ciudad de los rascacielos.

Un poco después, la embarcación iba a detenerse en el muelle de Liberty Island, y los pasajeros desembarcaron. La isla era más grande de lo que los Hollister imaginaran. A la izquierda del muelle había edificios utilitarios. Uno nuevo, recién acabado, tenía aún cerca

la mezcladora de cemento que se había utilizado en su construcción.

Al empezar a andar, los Hollister pudieron ver el parque de la isla, que se extendía a la derecha y en cuyo extremo se levantaba hacia los cielos, mayestática, la famosa estatua.

Los niños se separaron de sus padres, adelantándose, y entraron por la puerta del pie del monumento.

—¡De prisa, papá, mamá! Hay un ascensor que nos llevará hasta mitad del trayecto —llamó Ricky.

La familia entró en el pequeño ascensor que les subió al piso décimo, hasta un observatorio. Al salir del

ascensor, los niños vieron a tres hombres uniformados, del Park Service, que acompañaban a los visitantes por la estrecha escalera de caracol, a lo alto de la estatua, doce pisos más arriba.

—¿Trabaja aquí el señor Gandy? — les preguntó Pam.

Un hombre robusto, de mediana edad, sonrió y avanzó unos pasos.

—Yo soy Henry Gandy.

—¿Es usted sobrino de Hootnanny? —preguntó Pete.

—Exactamente.

—Y ¿sabe dónde vive ahora su tío? —siguió indagando Pam.

—Sí. En Greenwich Village.

Cuando los niños dijeron que deseaban tener las señas exactas, el señor Henry Gandy las escribió en un papel, que luego entró a Pete.

—Queremos que él nos ayude a encontrar un túnel que tiene algo que ver con un misterio chino —informó Ricky.

—Mi tío os ayudará con mucho gusto en todo lo que tenga relación con viejos túneles —afirmó Henry Gandy que, prosiguió, riendo—: ¡Una vez empiece, lo que os costará trabajo es que deje de hablar!

Los niños dieron las gracias al empleado y, acompañados de sus padres, subieron por la escalera de

caracol a la parte alta de la estatua.

—¿En qué parte estamos de la señorita Libertad? —preguntó Holly, asomándose por las pequeñas ventanas desde donde se veía la bahía.

—Estamos, precisamente, bajo la corona de su cabeza —replicó la señora Hollister.

—Pero yo no puedo ver más que barcos y barcos —se lamentó Holly.



Su madre dijo que se tenía mucho mejor perspectiva desde la plataforma de observación de abajo. Cuando

bajaron las escaleras volvieron a encontrar al señor Gandy, el cual salió con ellos al parapeto de observación. El guía les dijo que la estatua descansaba sobre un pedestal de granito, construido sobre los cimientos del viejo Fort Wood.

—Este lugar se conocía antes como Bedloe Island, pero luego le cambiaron el nombre por el de Libertad.

Los Hollister se enteraron de que la estatua tenía 152 pies (más de 45 metros) de altura, y el pedestal casi 150 pies.

Sue movió de un lado a otro su cabecita y, como si lo que oía no le

pareciese posible, dijo, risueña:

—Es la muñeca más grandísima de todo el mundo.

—Creo que tienes razón —rió el señor Gandy—. La señorita Libertad goza de una dedicatoria que le dedicó el presidente Grover Cleveland el 28 de octubre de 1886.

Con el viento azotándoles el rostro, los Hollister levantaron la vista hacia la señorita Libertad y luego contemplaron el magnífico horizonte de Manhattan. Por fin, después de decir adiós al señor Gandy, toda la familia bajó en el ascensor.

—Me estoy muriendo de hambre —

declaró el tragón de Ricky.

—¡Y yo! ¡Y yo! —aseguró Holly.

El señor Hollister, con su aire de mozalbete, admitió que también a él le había despertado el apetito la larga excursión.

—Veo allí un pequeño restaurante —dijo, señalando los edificios bajos—. Iremos a comer algo.

Cuando acabaron, Ricky declaró que podía comerse otro buen bocadillo de salchichas, pero su padre negó con la cabeza. El último barco de pasajeros estaba a punto de salir. Mientras la familia corría al embarcadero, el padre dijo:

—Iremos todos a la cubierta superior.

Al pasar junto a un empleado, Ricky preguntó:

—¿Alguna vez se ha quedado un visitante en la isla durante la noche?

El hombre sonrió.

—No, hijo. Nunca ha podido suceder, ni sucederá. Registramos la isla palmo a palmo antes de que salga la última embarcación.

La multitud de visitantes se agolpó en la entrada y los Hollister se vieron separados al subir a bordo. Pero fueron encontrándose en la cubierta superior, hasta estar de nuevo reunidos todos,

menos Ricky.

—¿Dónde está el pequeño? — preguntó, inquieta, la señora Hollister.

—Estará en el mostrador del bar, comiéndose otro bocadillo —opinó Pete.

—¿Quieres ir a ver? —pidió la madre al mayor de sus hijos.

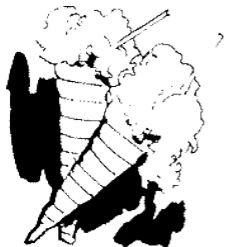
Pete bajó las escaleras hasta la cubierta del centro, pero Ricky no estaba en el mostrador del bar. Pete recorrió toda la embarcación, pero fue incapaz de localizar a su hermano.

Por fin Pete volvió con el resto de la familia a decir lo que ocurría. El señor Hollister se apresuró a hacer preguntas a

diferentes personas, entre ellas el personal del barco.

¡Nadie había visto al pelirrojo y pecoso Ricky Hollister!

LA LINTERNA PARPADEANTE



La señora Hollister estaba muy alarmada.

—Pero ¿adónde ha podido ir Ricky?
—exclamó.

—Debe de andar por aquí, por alguna parte —dijo el marido, queriendo tranquilizarla, mientras miraba con

atención a la fila de pasajeros que iba desembarcando—. Ya aparecerá.

Pero, aunque iba disminuyendo la multitud, Ricky continuaba sin ser visto. Interiormente, cada uno de los Hollister pensaba que el pequeño podía haber caído al agua desde la embarcación. Pero ninguno se atrevió a comentarlo.

—Telefonaré a la isla para saber si ha quedado alguien allí —decidió el señor Hollister, encaminándose, a toda prisa, al pequeño edificio en donde había comprado los billetes.

Pete corrió al lado de su padre, para decir:

—¡Pero si el guarda de la isla nos

aseguró que nunca quedaba nadie allí, cuando sale la última embarcación!...

—No conocen a Ricky —repuso el señor Hollister—. Es lo bastante travieso como para hacer una cosa así, sólo para demostrar que alguien puede estar equivocado.

Cuando el padre marcó un número, el resto de la familia quedó a la puerta de la cabina, esperando con ansiedad. Sonó el teléfono en la Isla de la Libertad y el guarda contestó a la llamada. Al cabo de un par de minutos de conversación, todos oyeron que el señor Hollister, con una expresión de alivio en su rostro, exclamaba:

—¡Gracias al cielo!

—¡Hurra! ¡Ricky está bien! —gritó

Holly, empezando a saltar, alegremente.

El señor Hollister habló unos minutos más, y por fin colgó. Al abrir la puerta, anunció:

—Ricky está sano y salvo, en la isla. ¡A que no adivináis en dónde se había escondido!

Todos dieron su opinión, imaginando que el pecoso podía haberse escondido, en los sitios más inesperados, aparte de la estatua de la Libertad, o el restaurante en donde habían comido.

El señor Hollister movió negativamente la cabeza.

—No. Los guardas miraron en todos los lugares imaginables, pero olvidaron uno.

—¿Cuál? Anda, papaíto, dínoslo — rogó Holly.

—¡La mezcladora de cemento!

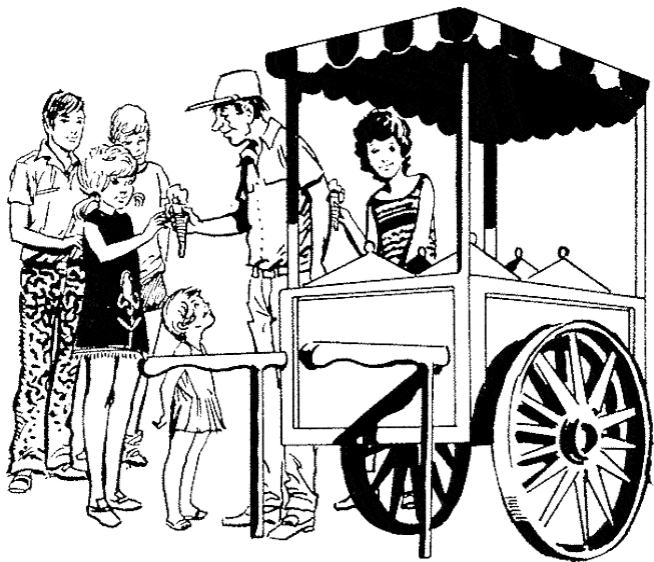
—¡Cómo! —exclamó la señora Hollister, atónita.

—Sí. Se escondió en la mezcladora. El guarda dice que Ricky asomó un momento la cabeza y entonces fue cuando le vio.

—¡Ese monicaco! —comentó la madre—. Y ¿cómo vamos a buscarle?

—Tienen una lancha motora en la isla —dijo el señor Hollister—. El

señor Gandy le traerá en ella.



Toda la familia corrió al embarcadero. Con gran ansiedad contemplaron las aguas, que reflejaban los oblicuos rayos del sol, ya muy bajo

en el horizonte. Para entretenerles, el señor Hollister compró a los niños cucuruchos de helado, de un vendedor ambulante que llevaba un carrito blanco.

Transcurrieron minutos y minutos hasta que Pete anunció:

—¡Ahí viene! ¡Ya la veo!

Una lancha rápida avanzaba hacia ellos. Cuando estuvo cerca, se pudo ver a Ricky que sacudía la mano, saludando a su familia, desde el asiento posterior. La embarcación se detuvo junto al muelle y Ricky saltó a tierra.

—Aquí tienen a su retoño —dijo el señor Gandy—. Tiene un buen corazón, pero te aconsejo, Ricky, que no vuelvas

a hacer nunca una cosa así.

—No. No lo haré —replicó el pecoso, que parecía estar muy arrepentido.

—Lamento que esto haya sucedido, señor Gandy —dijo el señor Hollister, cuando la lancha se disponía a regresar a la isla.

Ni el señor ni la señora reprendieron a Ricky, que miraba con ojillos golosos los helados que los demás estaban saboreando. Pero, ni el padre ni la madre le ofrecieron comprarle uno.

Ricky no se quejó. Pero mientras la familia cruzaba Battery Park, el pequeño

quedó rezagado. Caminaba tristón y cabizbajo, y Sue descubrió que una lágrima resbalaba por su mejilla.

Cuando el señor y la señora Hollister llegaron al coche y volvieron la cabeza, buscando a sus hijos, se dieron cuenta de que ahora no era Ricky el único que se había rezagado. Con él estaba Sue, obligando a su hermano a dar unos lametones a su sabroso helado. Los demás sonrieron.

Ya en el coche, los Hollister no tardaron en olvidar la travesura de Ricky y empezaron a hablar del misterio que les preocupaba.

—Ha sido una suerte encontrar al

señor Gandy, ¿verdad? —comentó Holly.

—Sí —concordó la madre, añadiendo en seguida que era ya demasiado tarde para buscar aquel día a Hootnanny—. Podréis continuar con vuestras investigaciones mañana por la mañana.

La familia regresó al apartamento. Mientras los pequeños ayudaban a poner la mesa, el señor Hollister y Pete fueron a un restaurante próximo a comprar unos recipientes de guisos chinos.

Pam lo sirvió todo muy hábilmente. No hubo nadie a quien no gustase la sopa de verduras «won ton», ni los

huevos «foo young». Holly y Sue ayudaron a su madre a fregar y secar la vajilla, mientras Pam examinaba la muñeca que había comprado para su colección. Estaba haciéndole girar de uno a otro lado la cabecita, cuando, de repente, gritó:



—¡Oh! ¡Se ha caído!

—¿Qué?

—La cabeza de la muñeca. Mira.

La señora Hollister fue a examinarla y declaró que estaba segura de que la muñeca era defectuosa.

—Es posible que la vendedora te la cambie por otra.

—¿Quieres acompañarme ahora mamá?

—Está oscureciendo —objetó la madre—. La tienda puede estar cerrada.

—Vayamos a ver, de todos modos —insistió Pam.

La señora Hollister sonrió. Se quitó el delantal y, echándose una chaqueta ligera sobre los hombros, dijo:

—Muy bien; vamos.

Madre e hija se encaminaron a Pell

Street. A aquellas horas las luces de neón del barrio chino presentaban suaves e intrigantes colores. Pero la señora Hollister y su hija se encontraron con que las luces del letrero de la señorita Helen ya habían sido apagadas.

—¡Qué lástima! Ya ha cerrado.

—Puede que acabe de hacerlo — dijo la señora Hollister, atisbando por el escaparate.

De repente, la luz de una linterna parpadeó sobre la seda que cubría la pared del fondo. Mientras madre e hija observaban, la tela cayó al suelo y el haz de la linterna paseó sobre la estatua china que la seda había ocultado.

Pam se acercó más, queriendo ver mejor. Pero, al hacerlo, por casualidad, oprimió el cristal que conectaba un timbre de alarma en el interior del establecimiento.

Al instante, la linterna se apagó. Se oyeron pasos veloces. Luego, se abrió la puerta y un hombre enmascarado salió de la tienda a la carrera.

—¡Mamá! —gritó Pam, cuando el hombre estuvo a punto de hacer caer a la señora Hollister.

El desconocido corrió hacia Bowery y huyó doblando una esquina.

Mientras las dos Hollister, demasiado asombradas para moverse,

miraban al que huía, se oyeron pasos por las escaleras que llevaban al piso alto. Era la señorita Helen, que bajaba corriendo.

Al ver dos siluetas en la penumbra, junto a la puerta abierta, la vendedora gritó:

—¡Policía! ¡Socorro! ¡Hay ladrones!

Una multitud muy excitada rodeó a Pam y su madre, mientras la señorita Helen volvía a llamar en voz muy alta a la policía. Un momento más tarde, el agente Hobbs se abría paso a codazos entre el gentío.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Estas personas acababan de salir

de mi tienda, que yo tenía cerrada con llave —acusó la vendedora.

—¡No! ¡No ha sido así! —protestó Pam, sin soltar su muñeca rota.

—Está usted equivocada —dijo, con calma, la señora Hollister—. Nosotras estábamos mirando el escaparate, cuando un hombre salió corriendo.

El policía reconoció a los Hollister. Dijo que estaba seguro de que eran inocentes, pero añadió:

—Díganme qué ha ocurrido.

Cuando la señora Hollister acabó de contar todo lo sucedido, el agente Hobbs dijo:

—Entremos a echar un vistazo.

El oficial, la señorita Helen, Pam y su madre entraron juntos en la tienda. La señorita Helen encendió las luces.

Todo estaba tal como lo describieron la señora Hollister y su hija. La seda había caído al suelo, dejando a la vista la talla en madera de una mujer china.

Era una figura mística, sentada en un banco cubierto por una estera, con las manos cruzadas sobre el regazo. Su bello rostro, ligeramente inclinado, tenía una plácida expresión. La estatua se posaba sobre un sólido pedestal, en forma de cubo, de unos noventa centímetros cuadrados.

Después de echar una ojeada por toda la tienda, la señorita Helen suspiró.

—Bueno. Parece que, por fortuna, no se han llevado nada.

—Me gustaría saber qué quería ese hombre —comentó Pam.

El policía opinó que tal vez el intruso estuvo intentando algún modo de robar la estatua.

El corazón le latía apresuradamente a Pam, cuando hizo la siguiente pregunta:

—¿Ésta es Kuan Yen, la diosa de la Misericordia?

La vendedora abrió enormemente los ojos, muy sorprendida.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—He oído alguna vez hablar de esa diosa —repuso Pam, procurando aparecer indiferente.

—No hay mucha gente que la conozca... —empezó a objetar la señorita Helen, cuando en la puerta sonó una voz indignada.

—¡Déjenlas tranquilas! ¡Yo respondo de ellas!

Pam se volvió y vio que el señor Foo entraba en la tienda, para decir al policía:

—La señora Hollister y su hija son amigas mías.

—¡Cielo santo! —se asombró la

señora Hollister—. ¿Cómo ha sabido dónde estábamos?

—Las noticias corren con rapidez, en el barrio chino —replicó el señor Foo.

La indignada china pronto quedó tranquilizada, gracias al agente Hobbs, quien dijo que resultaba obvio que Pam y su madre no eran ladronas.

La señorita Helen se disculpó, diciendo que confiaba en que considerasen su reacción, simplemente, como una equivocación muy natural. Nada faltaba de la tienda, pero ella deseaba que la policía buscara al intruso.

Pam describió al hombre que había huido corriendo y añadió:

—Yo creo que se llama Hong Yee.

—¿Hong Yee? —preguntó la vendedora—. Ésa es la persona que dejó una paga y señal por Kuan Yen.

—Yo creo que lo haría para estar seguro de que usted no vendería la figura —opinó Pam.

—Pero ¿por qué andaría husmeando en mi tienda?

El agente de policía contestó que serían muchas las preguntas que quedarían contestadas cuando se detuviera al desconocido. Y se despidió, para iniciar la búsqueda del intruso.

Pam se volvió a la propietaria china para pedirle más información sobre la estatua.

—El señor Foo, sin duda, conoce sobre eso más que yo —repuso la señorita Helen—. La estatua perteneció a su padre y quedó en esta casa.

—¿Perteneció a mi padre? —preguntó, con asombro, el señor Foo—. No sabía nada sobre la estatua.

—Estaba muy bien escondida —dijo la señorita Helen—. Cuando me hice cargo de la tienda, había un gran guardarropa que sobresalía de la pared. Yo decidí quitarlo. Los obreros encontraron que el guardarropa tenía un

doble fondo que ocultaba totalmente la estatua.

—¡Qué sorprendente! —exclamó la señora Hollister.

La señorita Helen asintió con un gesto y prosiguió:

—Dejé la estatua en el mismo lugar en que la encontré, con la esperanza de que algún comprador reconociese su valor y la adquiriese.

—Pues, por favor le pedimos que ahora no la venda —suplicó Pam.

—Porque esta estatua es el centro de un misterio que estamos intentando resolver.

Aunque la señorita Helen parecía

estar confusa, Pam creyó preferible no revelar completamente el misterio y el señor Foo le indicó, con un gesto que aprobaba su actitud.

Después que la vendedora hubo prometido no hacer nada más con la estatua, hasta tener noticias del señor Foo, Pam habló del motivo de su visita y mostró la muñeca rota. Sin cesar de pedir disculpas, la señorita Helen le cambió la muñeca.

De regreso a sus apartamentos, las dos familias sostuvieron una conferencia para decidir el próximo paso a dar en la resolución del misterio.

—Señor Foo; si, como su padre

decía en la carta, Kuan Yen está guardando el tesoro, puede que el objeto valioso esté escondido en alguna parte de la estatua —razonó Pam.

—O debajo —dijo Pete.

—A lo mejor detrás —intervino Jim, cuyos ojos brillaban emocionados.

—No hay que precipitarse buscando conclusiones —aconsejó el señor Hollister a sus jóvenes detectives—. Quién sabe si Hootnanny Gandy nos dará la respuesta.

—Sí —dijo Kathy—. Él sabe mucho sobre túneles, especialmente sobre los túneles del barrio chino.

—Ir a verle será lo primero que

hagamos por la mañana temprano —dijo Pete.

Al día siguiente, después del desayuno, el hermano mayor pidió permiso para ir con Ricky a ver al anciano.

—Está bien —dijo la señora Hollister—. En realidad, no es necesario que vayamos todos. Pero tomad un taxi.



Les dio dinero suficiente y los dos chicos salieron de casa. Pete detuvo un taxi que pasaba por Columbus Park y

dio las señas de Hootnanny Gandy, en Green Village.

Al entrar en el vehículo y cerrar la puerta, Ricky se fijó en que un hombre detenía un taxi inmediatamente detrás de ellos. El hombre entró, cerró la portezuela, se sentó en la parte posterior y bajó sobre su frente el sombrero de fieltro negro.

El taxi de los Hollister se puso en marcha. El de detrás hizo otro tanto.

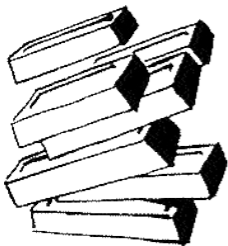
—Oye, Pete —dijo Ricky, muy nervioso—. No me gusta esto. Me parece que nos siguen.

Pete transmitió al conductor las sospechas del pecoso.

—Yo me libraré de él —afirmó el hombre.

Hizo un rápido viraje en una esquina, hacia abajo, luego hacia arriba. Pero el vehículo de detrás no les perdía la pista.

LA CORAZONADA DE HOOTNANNY



—¡Ahí tenemos nuestra oportunidad!
—dijo de pronto el taxista, viendo en la esquina la luz del semáforo que, aunque todavía estaba verde, no tardaría en cambiar.

El taxista cruzó en el momento en que la luz se tornaba anaranjada y, un

instante después, roja.

—¡Lo ha conseguido! —aplaudíó Pete—. ¡Muy bien por usted!

El taxista sonrió.

—Era muy alborotador el tipo que iba detrás de mí.

—Me alegro de que nos lo hayamos sacudido de encima —dijo Ricky.

Al poco se detuvieron ante un edificio nuevo, de apartamentos.

—Éste es uno de esos proyectos costosos de alojamientos. Puede que hayáis oído hablar de ellos.

—Es muy bonito —afirmó Ricky.

El apartamento de Hootnanny se encontraba en la planta baja. Los dos

hermanos entraron en el vestíbulo y Pete pulsó el timbre. Un hombre alto, muy delgado y encorvado por los años, salió a abrir.

—Entrad, entrad, muchachos. Si estáis buscando al viejo Hootnanny, el viejo hurón, aquí está vuestro hombre.

Los hermanos Hollister se dieron cuenta de que Hootnanny Gandy tenía que haber sido, en su juventud, un hombre de gran corpulencia y estatura.

Cuando los chicos se presentaron, el anciano les tendió una mano nudosa y les miró con sus penetrantes ojos grises, enmarcados por espesas cejas. Pero lo más curioso de todo en aquel anciano

era su cabello, tan duro y tieso que parecía una escoba puesta, palmas arriba, sobre la cabeza.

El anciano se encaminó, algo renqueante, a una silla del otro extremo de la sala, que estaba muy ordenada y limpia. Se sentó y señaló asiento a los dos hermanos.

—Bien. Pues, si estáis pensando en el negocio de abrir túneles —empezó a decir, bruscamente—, os aconsejo que os dediquéis a otro asunto.

—No. Nosotros querí... —empezó a decir Pete.

—Ser un cavador de túneles es asunto muy peligroso..., aunque muy

interesante —prosiguió el anciano, con un guiño—. Bajo tierra se pueden descubrir las cosas más asombrosas; desde viejos ataúdes, a monedas de oro y aderezos indios. Pero el simple hecho de excavar no vale un bledo. Yo creo que un muchacho de hoy preferirá ser marinero o fontanero, o cualquier otra cosa más saludable.

—Pero... pero... —empezó a decir Ricky.

—No hay peros que valgan —le interrumpió el viejo, mirando ora a uno de los chicos, ora al otro—. Ser un cavador de túneles es el trabajo más peligroso del mundo, y cualquiera que

diga lo contrario es que no sabe distinguir una acelga de una bolsa de judías.

El señor Gandy se inclinó hacia delante y sacudió vigorosamente un dedo, para dar fuerza a sus palabras, al añadir:

—Dejadme que os diga algo. Estuve ayudando a abrir un túnel bajo el North River; ya sabéis, el Hudson, cuando mi capataz hizo un agujero en el techo.

—¿En el techo del río? —preguntó Ricky.

—No, hombre. En el techo del túnel. Pete escuchaba, fascinado.

—Y ¿qué ocurrió? —preguntó.

—Pues que el capataz intentó tapar con paja el agujero, pero al apretar con la mano, también él quedó encajado en el agujero.

Al ver que los dos chicos quedaban atónitos, escuchando sus palabras, Hootnanny retiró hacia atrás su silla y sonrió ampliamente.

—Veréis. El capataz permaneció allí un rato, sacudiendo los pies, desesperadamente. Luego, súbitamente, ¡BUMP! Salió disparado hacia arriba.

—¡Canastos! Y ¿adónde fue a parar?
—preguntó Ricky.

El anciano dijo que la presión había lanzado al capataz a un metro y medio

de altura, por encima del agua, y luego al agua misma.

—Levantó un chorro de agua igual que una ballena, y volvió a verse lanzado hacia arriba, a más de siete metros.

—¿Quedó herido? —quiso saber Ricky, con los ojos abiertos por la emoción.

—Sí. Y muy trastornado —dijo tristemente Hootnanny—. Entonces fue cuando dejé de dedicarme a cavador de túneles.

—¿No volvió a abrir más túneles? —preguntó Pete.

—Bajo los ríos, no. Claro que

seguía abriendo túneles en la ciudad, pero sólo como trabajo privado.

—De éstos, precisamente, queríamos hablarle, señor Hootnanny —dijo Ricky.

—Sí, señor —añadió Pete—. ¿No recuerda haber abierto un túnel para Yuen Foo, en el barrio chino?

El anciano se rascó la enmarañada cabeza y permaneció pensativo.

—Yuen Foo... —murmuró—. No puedo recordar. ¿En el barrio chino, decís? Abrí varios túneles en el barrio chino.

—Por favor, piense, piense —insistió el pecoso—. Es muy importante para nosotros, señor Hootnanny.

El anciano cavador apoyó la barbilla en su huesuda mano.

—Humm —murmuró—. Ahora empiezo a recordar algo.

—Entonces, ¡excavó usted un túnel! —dijo Pete, emocionado.

—Creo que sí, aunque no puedo recordar con exactitud. Pero tengo una corazonada...

Pete comprendió que no debía forzar al anciano. Si el esfuerzo que había de hacer era excesivo, Hootnanny podría llegar a olvidar, por completo, el viejo túnel.

—A lo mejor, si fuese usted al barrio chino, recordaría —sugirió Pete.

—Pues, creo que sí. Me parece muy bien. Iré. ¿A qué hora?

—A las tres de la tarde —propuso Pete—. Nos encontraremos en la esquina de las calles Mitt y Pell.

Los dos hermanos dieron las gracias al viejo y se marcharon. Al llegar a la calle, Pete cruzó los dedos y sonrió, diciendo:

—Esperemos que se acuerde.

De nuevo Pete detuvo un taxi y los dos subieron al vehículo. Esta vez los chicos llegaron al apartamento sin que nadie les siguiera. Pero ninguno de los dos podía olvidar a su perseguidor, ni dejaba de preguntarse qué sería lo que

quería. Los dos chicos hicieron comentarios sobre quién podía haber sido. ¿Acaso Hong Yee?

—Es difícil de adivinar... Como llevaba el sombrero encasquetado y con el ala doblada sobre los ojos... — murmuró Pete.

Al llegar a casa, Ricky y él encontraron a sus hermanas emocionadísimas.

—¡Vamos a ver un túnel! —anunció Holly, a gritos.

—¿Cuándo? —quiso saber el pecoso.

—¡Ahora mismo!

—¿A dónde?

Pam dijo a los chicos que el señor Foo acababa de telefonar, para invitar a los hermanos Hollister a comer con él en un restaurante de la zona comercial.

—Luego nos va a llevar al edificio de la Reserva Federal, para que veamos el oro.

Por su parte, la familia que había quedado en casa estaba muy intrigada al saber que Hootnanny Gandy había hablado con ellos a las tres. Pero como la comida con el señor Foo sería temprano, el señor y la señora Hollister llevaron a sus hijos al restaurante.

—Papá y yo vamos a ir de compras —dijo la madre—. Más tarde nos

veremos.

Al terminar la comida, el señor Foo llevó a los niños al sólido edificio de granito, que se encontraba cerca.

—¡Es igual que un fuerte! — comparó Ricky, con asombro.

Pete empujó una pesada puerta de hierro y entraron. Lo primero que vieron fue un guardián uniformado, sentado a una mesa. El señor Foo le presentó a los niños y explicó que les gustaría ver el depósito del oro.

—Vengan por aquí.

El guarda condujo al grupo hasta otro hombre uniformado que, una vez enterado del caso, dijo:

—Acompañenme.

Y llevó a los visitantes hasta un ascensor. Cuando todos estuvieron dentro, la puerta se cerró y el ascensor empezó a descender.

—Vamos a llegar hasta una profundidad de cinco pisos bajo tierra.

Por fin el ascensor se detuvo. Los Hollister fueron conducidos por un pasadizo, a uno de cuyos lados se veían rejas de acero, de suelo a techo. Al fin distinguieron el depósito.

—¡Mirad! ¡Ya veo el oro! —gritó Holly—. ¡Es muy «amarillísimo»!

Otro guarda abrió una puerta que había en la pared de rejas y el grupo

entró por ellas. El hombre les llevó a una bóveda de alto techo, llena de jaulas.

—Es igual que un zoo, pero sin animales —declaró Ricky, al oído de Pete.

—¿A qué profundidad por debajo del nivel de mar, debemos de estar? —preguntó Pam.

—A más de dieciséis metros —contestó el hombre uniformado—. Esta bóveda en la que nos encontramos guarda seis mil millones de dólares en oro.

—¡Cuántos millones! ¡Zambomba! —exclamó Pete.

—En esa especie de jaula que tenéis delante, hay cien millones de dólares — informó el guardián, señalando los lingotes de oro, apilados unos sobre otros.

—¿Cuánto pesan los lingote? — inquirió Pam.

Se le contestó que cada lingote pesaba unas veintiocho libras y valía catorce mil dólares.

Sue, que había estado muy silenciosa hasta aquel momento, preguntó muy seria:

—¿Y no podemos llevarnos una barrita de éstas para papá y mamá?



Todos rieron, incluido el guarda y Pete dijo:

—No podemos llevar este oro, Sue.

Pero puede que Hootnanny nos ayude a encontrar un tesoro mejor.

—Pues vámonos en seguida, para ver a Hootnanny —dijo Holly, impaciente.

Mientras subían a la primera planta, en el ascensor, Pete miró su reloj.

—Ya es casi la hora de encontrarnos con Hootnanny Gandy —dijo al señor Foo, quien les llevó a casa.

El señor y la señora Hollister ya habían vuelto. Se decidió, por ello, que Sue se quedaría con los padres en el apartamento, para hacer la siesta, mientras los cuatro Hollister, acompañados de Jim y Kathy, iban a

reunirse con Hootnanny.

Llegaron a las tres en punto, a la esquina de Mott y Pell, y allí le encontraron.

—¡Hola, Hootnanny! —saludó Pete, corriendo al encuentro del viejo cavador de túneles—. Quiero presentarle a mis hermanas Pam y Holly, y a mis amigos, Jim y Kathy Foo.

Después de estrechar a todos las manos, Hootnanny dijo que llevaba media hora paseando por el barrio chino.

—Ahora estoy seguro de que abrí un túnel en esta calle —afirmó.

—¿En Pell Street?

—Sí. Y como me llamo Hootnanny, que podría jurar que cavé el túnel desde dentro de esa tienda. —El ancianito señalaba la tienda de la señorita Helen —. Aunque entonces era una vivienda.

El corazón de todos los niños latía apresuradamente, mientras corrían calle adelante. ¡Parecía que, al fin, el misterio iba a poder resolverse!

—¡Qué buenos detectives sois! — comentó Jim, con admiración, mientras Pete y él entraban con el viejecito en la tienda.

La señorita Helen recibió con gran amabilidad tanto al anciano como a los niños. Escuchó con atención cuanto Pam

le explicaba sobre las sospechas que les habían hecho acudir allí.

—¿Un túnel en mi tienda?

—Sí —afirmó Hootnanny—.

Recuerdo que tuve que dedicar una infernal cantidad de tiempo a planear la excavación.



El anciano señor Gandy miró a su alrededor, como intentando concretar en dónde, exactamente, había abierto el túnel. Estaba encaminándose a la estatua

de Kuan Yen, cuando alguien le llamó desde el umbral.

—Señor Gandy, su sobrino desea verle. Está aquí fuera.

Hootnanny miró a todos lados. La brillante luz del sol iluminaba la delgada silueta de un hombre con gorra de visera, plantado en la puerta.

—Vamos, Hootnanny —apremió el hombre—. Su sobrino le espera en mi taxi.

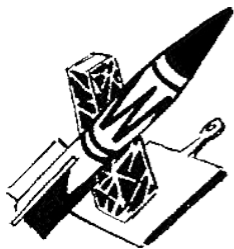
Los Hollister y los gemelos Foo se hicieron a un lado, para dejar paso al viejo cavador de túneles, mientras salía de la tienda.

Súbitamente, cuando llegó al

bordillo, el anciano fue agarrado por dos hombres que le empujaron al interior del taxi.

Uno de los hombres entró detrás de Hootnanny. La portezuela se cerró con un golpe. El otro hombre puso en marcha el coche, ¡que se alejó a toda velocidad, Pell Street abajo!

UN COHETE PERDIDO



La marcha de Hootnanny Gandy había sido algo tan repentino que los Hollister y sus amigos quedaron atónitos. El taxi ya había desaparecido cuando los niños llegaron a la acera.

—¡Qué manera tan rara de tratar a un tío! —dijo Holly—. Me extraña que Henry Gandy haya hecho eso.

Pam, muy intranquila, dijo:

—Yo creo que no era el sobrino de

Hootnanny.

—¿Quién, entonces? —preguntó Jim.

—¡Hong Yee! —exclamó Pete—. ¡A

que estás pensando en él, Pam!

Su hermana contestó que sí.

—Yo creo que Hong Yee se ha llevado a Hootnanny para impedir que nos diga dónde se encuentra el túnel.

Pete opinó que, inmediatamente, debían poner a la policía al corriente de lo que ocurría. Por la esquina vieron aparecer al oficial Hobbs, y todos corrieron hacia él.

—¡Se han llevado a Hootnanny! —

dijo Pete, y a continuación explicó todo lo ocurrido.

En seguida, el oficial corrió a una cabina telefónica y llamó a la central de policía. Dos minutos más tarde, un coche policial se presentó en escena y de él salieron otros dos policías. Pidieron a los niños que contaran lo sucedido y luego, hablaron con la señorita Helen.

—Parece como si se lo hubieran llevado a la fuerza —dijo uno de los policías.

Volvieron a entrar en el coche patrulla e informaron a la central, desde donde dieron instrucciones por radio, a

los otros coches patrulla de la gran ciudad.

La descripción del taxi que con tanta rapidez había desaparecido, podía ser muy útil. Pero, por desgracia, ninguno de los niños se había fijado en su matrícula ni demás detalles.

Para estar doblemente seguros de que no había sido Henry Gandy quien se había llevado en el taxi al anciano, la policía telefoneó a Liberty Island. Allí estaba, ocupado en su trabajo, Henry Gandy. Dijo que no había visto a su tío desde hacía varios días, y se sintió muy preocupado al enterarse de la súbita desaparición de Hootnanny.

Después que la policía se hubo marchado, los jóvenes detectives volvieron a entrar en la tienda. La señorita Helen les ayudó, amablemente en la búsqueda.

Los niños estaban seguros de que Hootnanny había indicado que el túnel estaba cerca de la estatua.

Golpearon las paredes, escuchando atentamente por si se oía sonar a hueco. Pero parecía que todas las paredes medianeras eran sólidas.

—Señorita Helen, ¿podríamos apartar la estatua de ahí? —preguntó Pete—. La abertura del túnel podría estar debajo.

La vendedora dijo que sí, y los niños empujaron suavemente la pesada base. La estatua no se movió. Empujaron con más fuerza. Pero la estatua de madera siguió sin moverse.

—Seguramente está clavada en el suelo —opinó Ricky.

Y Pete dijo:

—¡Zambomba! No solucionamos nada. ¡Y precisamente cuando Hootnanny iba a enseñarnos dónde había cavado el túnel!

—Creo que tendremos que esperar a que la policía encuentre a Hootnanny —declaró Pam, suspirando.

La niña dio las gracias a la

vendedora por su ayuda, y los seis niños volvieron a casa. Al subir las escaleras oyeron voces excitadas, procedentes del apartamento de los Hollister.

—¡Debe de haber ocurrido algo! — exclamó Pete—. Vamos. ¡Hay que darse prisa!

Al entrar en el apartamento se encontraron con que no estaban solos con Sue, el señor y la señora Hollister, sino también el señor Foo y el señor Davis.

—¡Ya lo han «hacido»! —dijo, a grititos, Sue—. ¡Ya funciona!

—¿Hablas del Satélite Volante? — preguntó Pam.

—Sí —dijo el señor Hollister, con una amplia sonrisa. Y se volvió a Jim y a Kathy para añadir—: A vuestro padre se le debe el perfeccionamiento del juguete.

—¡Es un gran mecánico! —dijo el señor Davis, entusiástico—. Mirad.

—Y ahora, el cohete —dijo el señor Davis.

Sobre una mesa, en el centro de la habitación, una gran bola pintada de blanco parecía la luna. A su lado, un pequeño cohete de juguete se apoyaba en una pequeña torre de lanzamiento. Junto a ella se veía una caja de control, con una antena y botones.

—¿Podemos verlo funcionar? — preguntó Pam. acercándose a admirar el singular juguete.

—Desde luego —repuso el señor Davis.

Primero soltó la esfera del alambre que lo sostenía a la cajita de control. La esfera se elevó por el aire, hasta quedar descansando en el techo.

El señor Foo se sentó frente al panel de control, mientras los niños observaban con enorme interés.



El señor Foo oprimió un botón. Se oyó un zumbido y el cohete de juguete se levantó de la base de lanzamiento. Un

humillo blanco salió por los tubos del cohete, el cual fue elevándose más y más. Entonces el mecánico chino hizo girar un botón.

—¡Está entrando en órbita! — exclamó Pete.

Al principio, lentamente, luego cada vez más de prisa, el cohete empezó a girar en torno a la pequeña luna.

—¡El Satélite Volante está funcionando! —gritó Ricky, con entusiasmo—. ¡Qué bonito!

—¡Parece imposible! —declaró la señora Hollister—. ¡Qué juguete tan maravilloso!

—Venderemos millones de ellos —

dijo el señor Davis, con los ojos brillantes de felicidad.

Lo que ocurrió después dejó a todos boquiabiertos. El señor Foo hizo girar, lentamente, otro botón. El Satélite Volante describió círculos más bajos cada vez, hasta acabar deteniéndose en la base de lanzamiento.

Los niños aplaudieron y pidieron una nueva demostración con el maravilloso juguete. El señor Foo explicó cómo funcionaba, pero añadió:

—Los botones de mando deben manejarse con mucho cuidado. De lo contrario, el satélite se movería con mayor rapidez de lo conveniente.

Pete insistió en que fueran Jim y Kathy los primeros en jugar con el nuevo juguete.

La niña se sentó delante del juguete e hizo, exactamente, lo que su padre le indicó. El satélite salió de su base y empezó a circular en torno a la luna. Cuando bajó, los demás aplaudieron.

Jim fue el siguiente en probar. También él manejó el juguete con habilidad. Luego Pam, Pete, Holly y Ricky, con gran deleite por parte de sus padres, hicieron girar el satélite en torno a la pequeña luna.

—¿Me dejáis probar a mí? — suplicó Sue, cuando los otros acabaron.

La señora Hollister miró al señor Foo.

—Déjela intentarlo —dijo el chino, sonriendo.

Sue se instaló ante la base de lanzamiento y sus dedos gordos se posaron en los controles.

—Mucho cuidado, ahora —advirtió su padre—. No lo hagas funcionar demasiado de prisa.

La chiquitina temblaba de emoción cuando puso al satélite en órbita.

—¡Soy una niña espacial! —chilló la pequeña, con deleite. Y añadió—: ¿Cómo lo hago bajar?

—Aquí. Gira este botón —indicó el

señor Foo.

Los dedos de Sue hicieron girar el disco a la derecha, pero, como estaba tan emocionada, lo hizo con demasiada rapidez.

¡El satélite giró furiosamente por la habitación!

—¡Cuidado! ¡Retrocede! —gritó el señor Hollister.

Al tiempo que se llevaban las manos a la cabeza, todos los presentes se agazaparon. El Satélite Volante hizo giros cada vez más amplios y más bajos, y de repente... ¡Zas! ¡Salió volando por la ventana!

—¡Ooh! ¡He «rompido» el cohete!

—se lamentó Sue.

—¿A dónde se ha ido? —preguntó Pam, muy apurada.

—¡A la verdadera luna! —dijo Holly.

Pete fue el primero en llegar a la ventana.

—Ahí está. Girando por el parque.

Entonces, el señor Foo puso sus manos sobre los controles y, gradualmente, el Satélite Volador siguió describiendo círculos cada vez más bajos.

—Oh, oh —exclamó Jim—. Está aterrizando sobre un árbol.

—¡Zambomba! —añadió Pete—. El

más alto del parque.

—¿Se habrá roto? —se preguntó

Pam.

Pete repuso:

—Pronto lo sabremos.

El chico corrió a la puerta, bajó las escaleras a toda velocidad y pronto se encontró en Columbus Park.

Seguido por toda su familia y los Foo, corrió hacia el árbol, diciendo:

—Yo treparé.

El ágil Pete pasó sus brazos en torno al tronco del árbol y reptó hasta la primera rama. Una vez allí, la subida de rama en rama le resultó mucho más rápida. Mientras se acercaba a la copa

del árbol, Pete recordó a Joey Brill y la broma en el patio de la escuela, en Shoreham.

Pronto dedicó sus pensamientos únicamente al juguete, posado en las hojas ya muy cercanas a su cabeza. Alargó una mano y lo agarró. Un rápido examen le demostró que el Satélite estaba intacto.

—No le pasa nada —dijo.

—¡Magnífico! —exclamó el señor Hollister—. Baja ya, hijo. Pero con calma.

Con el satélite en la mano, Pete descendió del árbol.

—Creo que, ahora, ya puedo saltar

—dijo, al poner los pies en una de las ramas bajas.

—Bien. Primero tírame el juguete — dijo el padre. Pete así lo hizo y el señor Hollister lo atrapó al vuelo—. Salta ahora.

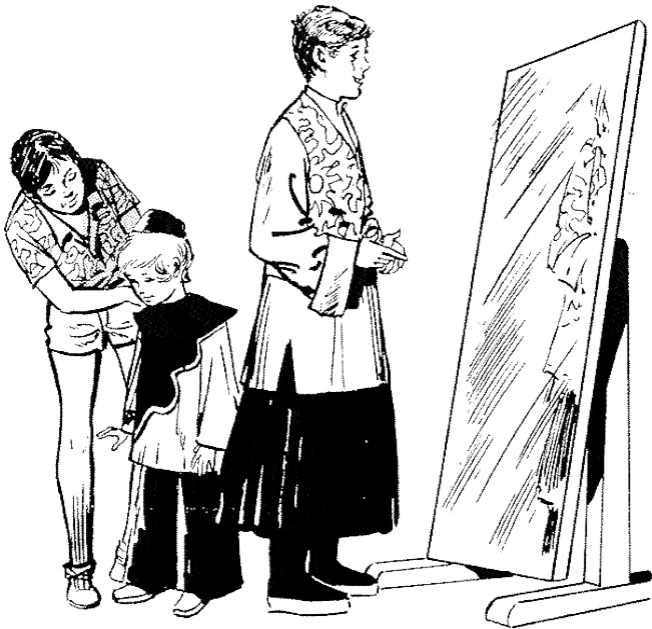
Cuando los pies de Pete saltaron de la rama, uno de los bolsillos de su pantalón se enganchó en una rama saliente. ¡Riiip! Pete llegó al suelo ileso, pero sus pantalones estaban hechos una pena.

—¡Vaya! ¡Qué mala suerte! ¡Qué hago yo ahora?

—Yo te los zurciré en seguida —le tranquilizó su madre.

—Tengo una idea —dijo Jim, interviniendo—. Mientras tu madre cose los pantalones, Pete, tú puedes venir a mi habitación a probarte la ropa que llevé en el desfile de Nueva York.

—Muy bien. Vamos.



Los tres señores pidieron excusas y volvieron a la oficina del señor Davis, con el juguete. Los demás cruzaron la calle. Pete y Jim se metieron en la

habitación del chino.

Jim llevó los pantalones de su amigo a la señora Hollister y volvió con Pete, para prestarle su traje de fiesta, que Pete se probó.

—Es muy original —dijo Pete, mirándose al espejo.

El traje, de satín, estaba compuesto por amplios calzones rojos y chaquetilla oriental con collar, abotonada hasta la nuez.

—Está muy bien para un desfile.

Jim explicó a Pete que había varios clubs en el barrio chino de Nueva York, que tenían por costumbre llevar a los muchachos disfrazados con trajes típicos

chinos, a la celebración del Año Nuevo, para que siguieran por la calle a los dragones.

—A lo mejor, a Pam le gustaría probarse un traje chino —dijo Jim.

—Seguro que a los otros también —repuso Pete.

Jim llamó a todos a su apartamento. Los otros hermanos Hollister rieron y palmearon al ver a Pete, y se mostraron ansiosos por vestirse de chinos. Los gemelos les proporcionaron los trajes necesarios.

—¡Ahora sí que soy una china! —se entusiasmó Sue—. Tengo que ir a buscar mi sombrero de «coolie». ¡Quedaré más

bonito, con este traje negro y dorado!

Sue salió de casa de los Foo para enseñárselo a su madre y recoger el sombrero. Un momento después volvía corriendo y jadeando, con los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa, Sue? ¡Cualquiera diría que has visto un dragón! —exclamó Pam.

—¡Ve... ve... venid «di» prisa! —pidió Sue, sacudiendo los bracitos, de manera apremiante—. ¡Hong Yee está aquí!

UN IMPORTANTE PULSADOR



—¿Hong Yee en nuestro apartamento? No puedo creerlo — confesó Pam.

—¡Que sí! ¡Que sí! —gritó Sue, cogiendo de la mano a su hermana y tirando de ella—. ¡Corre! ¡Ven!

A la imaginación de todos los niños

acudieron mil ideas extrañas y diferentes. ¿Tal vez Hong Yee había reaccionado y acudía a devolverles la nota? ¿O le habría sucedido algo terrible a Hootnanny Gandy?

Al pasar al apartamento inmediato, Pete y Pam se detuvieron en seco, totalmente atónitos.

El hombre que estaba en la sala, hablando con su madre, no era el Hong Yee que habían visto en Shoreham, ni en el barrio chino, aunque se parecía mucho a la persona que tanto empeño había demostrado por anular los esfuerzos de los Hollister en la resolución del misterio.

—Niños —dijo la señora Hollister —, quiero presentaros al verdadero señor Hong Yee. Es de San Francisco.

Pete, muy cortés, saludó al visitante, diciendo:

—¿Cómo está usted, señor? —Y añadió—: Pero, mamá, ¿qué quiere decir eso del «verdadero» señor Hong Yee?

—El hombre a quien conocéis como Hong Yee es un impostor —hizo saber el visitante—. Quiere aprovechar mi personalidad.

—¡Ooh! —exclamaron los hermanos Hollister.

El señor Hong Yee estrechó la mano

y se inclinó ligeramente ante cada uno de los niños que le iban presentando. Luego habló unas palabras en chino con Jim y Kathy.

—El señor Yee tiene algo interesante que decirnos —notificó la señora Hollister.

El visitante chino tomó asiento y los niños se sentaron en el suelo, con las piernas cruzadas, para escucharle.

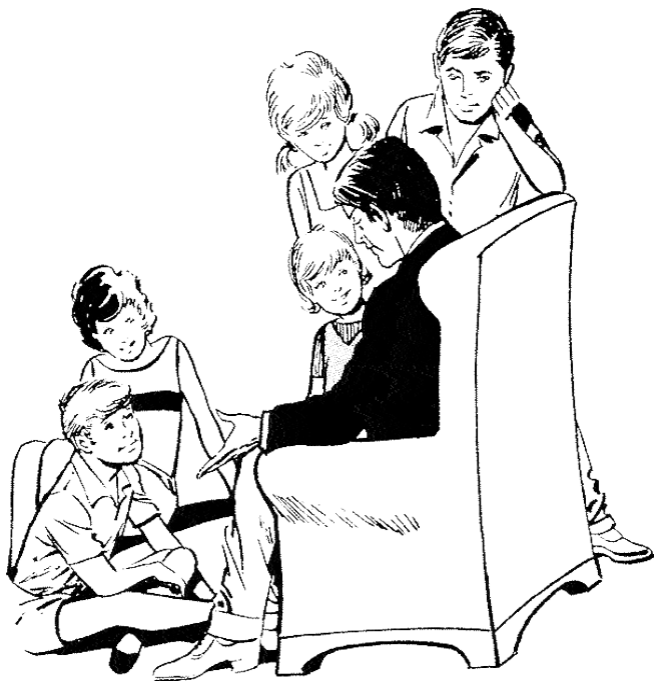
—Ante todo —dijo el hombre—, el señor Hong Yee que os ha estado molestando no es chino en absoluto.

—¡Entonces, Kathy y Jim tenían razón! —exclamó Pam, explicando luego, al visitante, que sus dos amiguitos

chinos habían observado algo de eso.

—No habéis sido vosotros los únicos a quienes ha engañado el experto maquillaje de ese hombre —dijo Hong Yee—. Su verdadero nombre es Ralph Jones. Me he enterado por la compañía de la cual importó jade desde Singapur. Jones estuvo escondido en la China cierto tiempo, porque le reclamaba la policía de los Estados Unidos. Allí aprendió a hablar en chino lo bastante para resultar convincente. Como os ha dicho vuestra madre, yo vivo en San Francisco. Cuando supe que el banco estaba pagando cheques que yo no había firmado, pero que llevaban mi nombre,

comprendí que alguien aprovechaba mi personalidad.



—¡Qué acto más vergonzoso! —
comentó Pam.

—Sí —recordó el chino—. La policía de Shoreham me dio pista de Ralph Jones. Éste dijo a un empleado, en una tienda de Shoreham, que procedía de San Francisco. Pero el empleado sintió sospechas más tarde, cuando vio al supuesto chino conduciendo un coche con matrícula de Nueva York. De modo que lo notificó a la policía.

—Todo eso va a terminarse en cuanto le descubramos —dijo Pete, muy decidido—. ¿Querrá ayudarnos a dar con él, señor Hong Yee?

—Naturalmente —replicó el chino

—. Ralph Jones es una persona peligrosa. Me robó unos documentos de identidad. No me di cuenta de ello hasta pasado un tiempo. Cuanto antes le atrapemos, mejor.

Cuando la señora Hollister fue a la cocina, a preparar té para su visitante, Pete fue tras ella. El muchachito preguntó a su madre si podía contar al señor Hong Yee todos los detalles relativos al misterio.

La señora Hollister dijo que sí y añadió que había examinado el carnet identificativo del visitante y le parecía que era una persona honrada.

—Además, el oficial Cal es quien le

ha enviado.

Pete volvió a la sala y dijo:

—A lo mejor le gustaría a usted ayudarnos a solucionar un misterio.

—Me encantará hacerlo.

Detalle por detalle, Pete fue contando cuanto les había sucedido a los Felices Hollister, desde el día en que compraron el libro «Los Túneles Secretos de Nueva York», en la biblioteca del colegio. Cuando llegó a lo relativo a la estatua de Kuan Yen, el chino comentó:

—Ah, sí. Kuan Yen, la diosa de la misericordia.

Y añadió que desde varias

generaciones atrás, algunos orientales habían usado a la diosa para guardar ciertos secretos.

A Pete empezó a latirle con fuerza el corazón. ¿Sería la estatua misma la que guardaba el tesoro?

Hong Yee explicó a los niños que algunas estatuas de Kuan Yen tenían complicadas tallas interiores y que, a menudo, las ocultaba un botón secreto. Al oprimirlo, el botón ponía en marcha un intrincado mecanismo que permitía que algún trecho de la imagen se abriera. Detrás estaba siempre el lugar oculto.

—Pues, por favor, acompáñenos en

seguida, a ver si podemos encontrar ese botón —pidió Pete.

—Lo siento —repuso el chino, poniéndose en pie—. Tengo una cita importante con unos comerciantes de jades y no podré ver la estatua hasta mañana por la mañana. Pero acudiré, os lo prometo. Me gustaría mucho encontrar un tesoro, pero lo que más quisiera es detener a ese impostor. ¡A Ralph Jones!

Pete, que deseaba que se consiguieran las dos cosas, se lo dijo así al chino.

—Eso es lo que deseo, sinceramente —respondió Hong al salir del

apartamento. Sonriendo a los gemelos Foo, deseó—: «Ho-sai-ki».

—Buena suerte también a usted, señor Hong Yee —dijo Pam, sonriendo, maliciosamente.

El señor Hong Yee se mostró complacido.

—Veo que has aprendido algo de chino. ¡Muy bien, muy bien!

Las horas del atardecer transcurrieron muy lentamente. Ninguno de los Hollister podía olvidarse del misterio. Estaban preocupados por Hootnanny Gandy y, por fin, Pam, decidió telefonar a la policía. Le dijeron que no había la menor pista del

anciano.

—Os informaremos, en cuanto tengamos la menor noticia —prometió el oficial de guardia.

Pero no hubo noticias y, por la noche, al meterse en la cama, los Hollister dijeron una plegaria más, pidiendo por la seguridad del viejo cavador de túneles.

Fiel a su palabra, Hong Yee se presentó en el apartamento a la mañana siguiente, poco después del desayuno. Ya estaban allí los gemelos Foo. Cuando le presentaron al chino, el señor Hollister dijo, sonriendo:

—¿Tuvo usted una entrevista

afortunada con los comerciantes de jades?

—Sí. Gracias. Y espero que mi buena suerte continúe hoy.

—También nosotros lo deseamos — dijo Pete—. ¿Está usted preparado, señor?

Cuando el chino dijo que sí, todos los niños salieron con él. Sue había suplicado que la dejaran acompañar a los mayores y su madre accedió. Al salir con los demás, Sue gritó, entusiasmada:

—¡Hay que ir muy «di» prisa! ¡Que no nos adelante el malo!

El mismo pensamiento inquietante pasó por la mente de Pete, mientras,

adelantándose a los otros, corría por Pell Street y entraba en la tienda de la señorita Helen.

Ralph Jones, el impostor, era inteligente. ¡Cualquiera sabía si no habría encontrado ya el tesoro! ¡Entonces, todo el trabajo de los Hollister habría sido en vano!

Pero, ante la alegría de todos, la serena imagen de madera de la diosa resultó estar intacta. Pam, a toda prisa, contó a la señorita Helen las últimas noticias.

—Éste es el verdadero señor Hong Yee —añadió la niña presentándoles—. Él cree que en la estatua puede haber

algún escondite, que se abra apretando un botón.

—Ah, ya veo —dijo Hong Yee, aproximándose a la estatua del fondo de la tienda—. Es un magnífico ejemplar.

La vendedora se mostró asombrada, mientras los finos dedos de Hong Yee recorrían la superficie de la estatua. En todas las hendiduras y salientes se posaron los dedos del chino. Al fin dijo:

—El botón secreto está bien oculto. ¿Queréis ayudarme a buscar, niños?

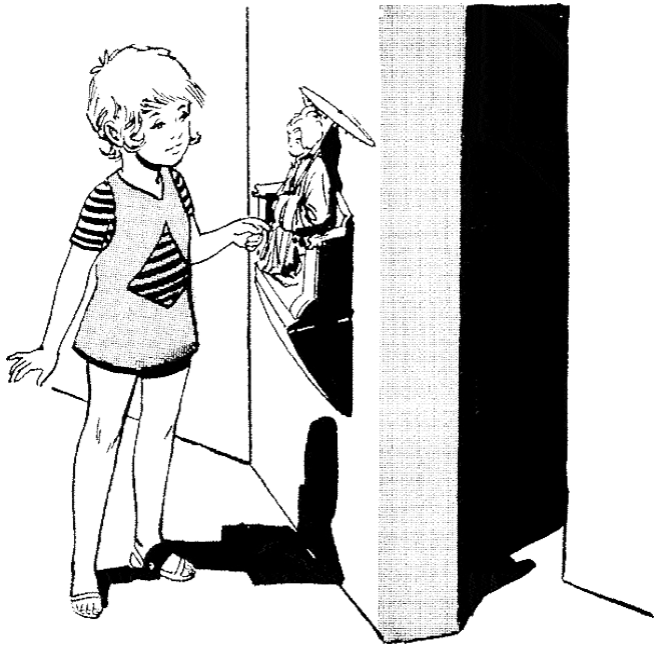
Al momento, las ávidas manos de los pequeños examinaron la bella talla. Pete, como era el más alto, buscó con gran cuidado en la cabeza. Hasta la

chiquitina Sue tomó parte en la búsqueda. Sus dedos gordezuelos recorrieron repetidamente los pies de Kuan Yen.

—¡Pobre Kuan Yen! Tiene un chichón —dijo, de pronto.

—¿Un chichón? —preguntó Pam—. ¿Dónde, Sue?

—Aquí. En el piececín.



Pam se inclinó a examinar lo que su hermana señalaba. En el pie derecho de la estatua había un minúsculo bulto, no

mucho más grande que la picadura de un mosquito. Pam apretó allí, y esperó, sin atreverse ni a respirar, a ver qué sucedía.

De pronto, todos quedaron inmóviles, como electrocutados, al oír un chasquido y una especie de zumbido. Al propio tiempo, Kuan Yen empezó a separarse de la pared. Todos observaron, fascinados. Un momento después, la estatua de la diosa volvía a quedar inmóvil.

El señor Hong Yee fue el primero en hablar:

—Hay que confesar que Sue tiene una vista muy buena. Bien. Ahora

debemos averiguar qué es lo que esto nos revela.

Pero todos quedaron desencantados al ver que la estatua estaba intacta y nada se había escondido entre Kuan Yen y la pared.

—¡Canastos! ¡No hay ningún tesoro! —casi protestó Ricky.

—Ni ningún túnel —añadió Kathy.

Pero, como ninguno estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente, empezaron a examinar la pared. Era de madera y no se encontraban indicios de muescas ni aberturas secretas que pudieran conducir a un túnel.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó

Jim.

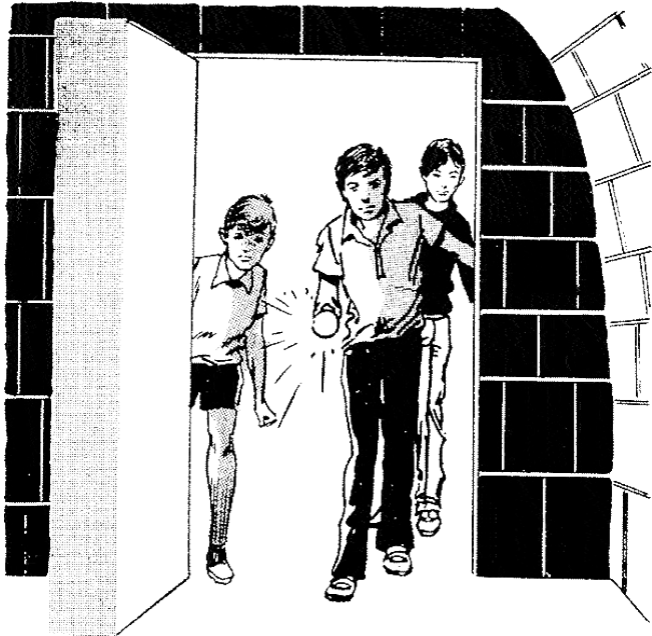
Mientras él hablaba, se abrió la puerta de la tienda.

¡Y por ella entró Hootnanny Gandy!

—¿Está usted bien? ¡Cuánto me alegro! —exclamó Pam, al tiempo que ella y los demás corrían al encuentro del anciano.

—Hola, niños —saludó éste alegremente.

—¡Hootnanny! —gritó Pete—. ¿Dónde ha estado? ¿Cómo ha podido volver?



El viejo cavador de túneles dijo que se había encontrado, sin saber cómo, paseando por una callecita de Green

Village. Los hombres que le secuestraron le habían llevado a pasar la noche a un sótano. Intentaron forzarle para que hablase sobre el túnel secreto.

—Claro que yo no lo hice —dijo Hootnanny—. No podía recordar ni un detalle. Luego, me golpearon con fuerza y sentí como si mi cerebro se llenaba de telarañas. Pero cuando las telarañas desaparecieron... ¡entonces recordé!

—¿El túnel? —preguntó Pete, esperanzado.

—Sí. Lo tenéis delante de la nariz.

El anciano señalaba la pared que había aparecido detrás de Kuan Yen. Hootnanny se acercó y palpó con sus

manos. En la parte baja, a mano derecha, señaló un par de letras, toscamente grabadas en la madera. Eran las iniciales H. G.

—Mi marca —dijo el viejo cavador, sonriendo—. El túnel se encuentra detrás de esta pared.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó Ricky.

—¿Podemos derribar esta pared, señorita Helen? —preguntó Pete.

—Sí, sí. Hacedlo —contestó la señorita Helen—. ¡Oh! ¡Nunca en mi vida había estado tan emocionada!

Sonrojados por la tensión, Hong Yee y los chinos empezaron a arrancar tiras de madera de la pared. Suponiendo que

el tesoro estuviese dentro, ¿qué sería?

Pete no podía dominar su nerviosismo. Y de repente, oyó algo que le hizo escalofriarse.

—¡Escuchad!

Hootnanny y los demás quedaron inmóviles durante unos momentos, mientras acercaba el oído a la pared. Los sonidos se producían al otro lado. ¡Rae, rae, rae!

—¡Alguien está cavando ahí! —gritó Pete.

—Será Ralph Jones —opinó Pam.

—Si lo es, ¡está intentando encontrar el tesoro antes que nosotros! —dijo Pete, muy agobiado.

PETARDOS



—¡De prisa! —gritó Hootnanny—. ¡Debemos ser los primeros en llegar!

Las niñas se unieron a la tarea de arrancar tablones de la pared. Mientras todos trabajaban, el viejo se acordó de que había cavado una abertura al otro lado del túnel. Luego la tapió, a petición de Yuen Foo. ¡Quienquiera que fuese la

persona del pasadizo, se había enterado de la existencia de la otra salida!

—¿Dónde estaba esa salida? — preguntó Pam.

—En el patio. La cubre una reja de hierro.

—¡Alguien tiene que ir allí, a vigilar, por si el que está excavando intenta escapar! —opinó Pete.

—¡Yo iré! —decidió Hong Yee—. ¡Quiero capturar a Ralph Jones!

El comerciante en jades salió por la puerta trasera, mientras los demás seguían trabajando con ahínco. Por fin hubo un gran hueco en la pared, que dejó paso a un corto túnel.

—¿A dónde conduce? —preguntó Jim a Hootnanny.

—A una cámara secreta que está, justamente, en frente de nosotros. ¿Tiene usted una linterna, señorita Helen?

—Sí.

La vendedora le entregó una linterna al anciano, quien iluminó con ella un trecho del túnel. A aquella luz pudieron ver una puerta con cerrojo.

En el centro había un panel corredizo, que Hootnanny descorrió. La abertura era apenas suficiente para que pasase por ella un muchacho. Fue Pete quien la cruzó y se encontró en una pequeña estancia.

El haz luminoso le permitió ver la espalda de un hombre. Estaba tomando un objeto de una mesa. Rápidamente retrocedió a través de una abertura, en el otro extremo de la cámara secreta.

—¡Deténgase! —pidió Pete.

Pero el intruso no tenía intenciones de dejarse capturar.

—Yo le seguiré —dijo Pete a los otros.

Mientras Hootnanny le entregaba la linterna, Jim insistió en ir también. Los dos chicos avanzaron por la cámara. En el otro lado, el túnel aparecía negro como boca de lobo. Pero, no obstante, Pete pudo ver donde el intruso había

cavado, recientemente, una entrada al pequeño cuartito subterráneo.

—¡Deténgase! ¡Vuélvase!

Mientras avanzaban por el otro lado del oscuro túnel, los dos chicos pudieron oír que Hootnanny había derribado la puerta.

De repente, Pete y Jim se encontraron en una bifurcación del túnel. ¿Qué camino seguir? La abertura más grande iba hacia la izquierda. Los chicos siguieron por allí. Sin embargo, el pasadizo fue haciéndose más y más pequeño, y Pete tuvo que encogerse para seguir avanzando. Al fondo se veía la luz que se filtraba por una reja.

—¡Hong Yee! —llamó Pete—. ¿Le ha atrapado?

—Nadie ha llegado aquí.

—Eso es que el intruso se ha marchado por la otra bifurcación, equivocadamente.

Los dos muchachitos sintieron escalofríos de miedo mientras volvían por el estrecho pasillo. Si el impostor se veía atrapado, lucharía como una fiera... ¡Sobre todo si llevaba consigo el tesoro!

Al llegar a la bifurcación, Pete y Jim vieron el otro camino del túnel. Se detuvieron y escucharon. Ambos estaban seguros de percibir una respiración,

aunque quedaba algo disimulada por los gritos de Hootnanny y los niños. Habiendo roto la puerta corrían ahora para unirse a los chicos mayores.

—¡Pete! ¡Jim! ¿Dónde estáis? — gritó Hootnanny.

—¡Aquí! ¡En la bifurcación del túnel!

Hootnanny dijo a Ricky y las niñas que se quedasen detrás. Él fue a celebrar consejo de guerra con Pete y Jim.

—¿Recuerda haber cavado esta desviación? —preguntó Pete al anciano.

—Sí, sí —Hootnanny explicó que el camino más estrecho fue el que primero había cavado, pero un gran pedrusco

interrumpió el avance. Entonces fue cuando abrió el otro brazo del túnel que salía al patio.

—Jim y yo pensamos que ese hombre no tiene escape —cuchicheó Pete—. Los dos creemos que está en el extremo sin salida del túnel.

—Creo que lo mejor será avisar a la policía —dijo el viejo.

—Yo tengo otra idea —continuó diciendo Pete Puede que dé resultado.

—¿Qué es? —preguntó Jim.

Pete metió una mano en el bolsillo y sacó el paquete de petardos y cohetes que Jim le había regalado, hacía varios días.

—Podríamos hacerle salir con algunos de éstos.

—Vale la pena intentarlo.

Hootnanny enfocó la linterna hacia la oscura y húmeda pared del túnel que, un poco más allá, describía una curva. Pete pensó que el hombre podía estar escondido allí.

Hootnanny le dio una cerilla, con la que Pete encendió las mechas. Luego, sin pérdida de tiempo, lanzó al fondo del túnel los petardos y cohetes.

¡Bam, bum, bom, bang!

Al momento, el pasadizo se vio invadido por mil ecos que cualquiera habría supuesto eran de disparos.

Brillantes chispazos iluminaron la oscuridad. El ruido era ensordecedor. La claridad, cegadora.

Súbitamente, desde el interior del túnel, una voz gritó:

—¡Me entrego! ¡No puedo hacer frente a una ametralladora!

—¡Salga con las manos en alto! —ordenó Hootnanny.

Una figura se movió en las sombras.

Luego, la luz de la linterna cayó de lleno en el rostro de Ralph Jones, el falso Hong Yee. Llevaba en sus manos un objeto que parecía un pájaro.

Cuando se aproximó. Pete le arrebató aquel objeto. Hootnanny se

quitó el cinturón y con él ligó las manos del otro. En el túnel, muy cerca de la tienda, los otros niños aguardaban, emocionados. Habían oído las explosiones, pero no tenían ni idea de lo que Pete había hecho.



Cuando el grupo llegó, con el detenido, Ricky gritó:

—¡Le habéis atrapado!

—¡Es el malo! —añadió Holly.

Al momento la señorita Helen fue al teléfono, para avisar a la policía. Mientras tanto, Pete dejó sobre el mostrador el pesado objeto con forma de pájaro. Pam buscó un paño con que limpiarle el polvo.

Hong Yee acudió, corriendo y amonestó al detenido por haber suplantado su personalidad. Cuando los ojos del comerciante se posaron en el pájaro, se le oyó exclamar:

—¡Un halcón! ¡Un halcón de jade!
¡Es un tesoro fabuloso!

—Entonces, ¿éste es el gran pájaro que Yuen Foo ocultaba de sus enemigos?

—preguntó Pam.

Hong Yee calculó el valor de aquella figura en miles de dólares.

—Quienquiera que posea el halcón de jade, posee una fortuna —dijo al grupo que había quedado con la boca abierta.

La señorita Helen se acercó y dijo, a Kathy y Jim:

—El propietario de este preciado pájaro es vuestro padre, Paul Foo. Kuan Yen ha guardado bien este tesoro para vuestra familia.

Los gemelos Foo se miraron, jubilosos. Luego se volvieron a los Hollister.

—Amigos —dijo Kathy, sonriendo—, ¿cómo podremos agradeceros el que nos hayáis traído tanta suerte?

—Nosotros ya somos felices con haberos ayudado —contestó Pam.

Lo que nadie sabía era cómo Ralph Jones se había enterado del secreto de Yuen Foo.

Ahora el prisionero parecía menos chino que nunca. Las cejas, pintadas de negro, se habían desteñido con el sudor, y sus pómulos cenicientos sobresalían extraordinariamente.

Ya el oficial Hobbs había llegado a la tienda y quedó asombradísimo al saber lo ocurrido. Cuando el detenido

oyó hablar de los petardos y cohetes, quiso librarse del policía con una sacudida furiosa.

—¡Pensar que me ha capturado un mocoso, con unos petardos! —se lamentó.

—Yo diría que ha sido una buena estrategia —opinó, risueño, el oficial—. Y ahora, Jones, ¿qué le parece si nos da el nombre de su amigo y nos explica a qué vino todo esto? Si confiesa, todo será más fácil para usted y su compañero.

Asustado y derrotado, Ralph Jones habló sin reservas.

—Tengo que librar mi pecho de este

peso. Lo diré todo.

Diez años atrás, dijo, cuando estaba viviendo en China, se hizo amigo de Yuen Foo. El anciano chino estaba muy enfermo y dio a Jones todo su dinero para que cuidase de él.

—Era mucho dinero —dijo Jones—. Poco antes de morir, Foo me pidió que enviase por correo una carta a su hijo Paul. Pero yo la abrí. La carta contenía un mensaje indicando a Paul que buscase en el viejo libro sobre los túneles una nota secreta. Cuando supe que había un tesoro de por medio, decidí quedarme con la carta. La policía estuvo a punto de descubrirme durante el robo a

una tienda, así que tuve que ocultarme durante una temporada.

»No volví a este país hasta pasados varios años. Por fin me encontré en San Francisco, sin un céntimo. Entonces fue cuando robé algunas tarjetas identificativas de Hong Yee. Le había visto en Singapur y pensé que sería fácil suplantarle. Conseguí hacer efectivos algunos cheques, valiéndome de su nombre. Así fue como conseguí dinero suficiente para llegar a Nueva York y comprar un coche. También la licencia la saqué a nombre de Hong Yee.

—Pero su maquillaje no engañó ni a Jim ni a Kathy —hizo saber Holly, con

orgullo—. Ellos vieron en seguida que usted no era chino.

Jones continuó explicando cómo había seguido el rastro del libro. Envió a un amigo para que se lo comprase a Paul Foo, y supo que Foo se lo había prestado a un amigo llamado Smith. Este Smith, por su parte, perdió el libro sin haber encontrado la nota. Por lo visto, se dejó el ejemplar en el restaurante de los Chen.

Pam preguntó al detenido:

—¿Cómo supo que el libro de los túneles estaba en Shoreham?

Ahora Jones sonrió.

—Fui muy inteligente, ¿verdad? Es

que Smith era viajante. Le seguí un tiempo, de ciudad en ciudad, para ver en dónde solía detenerse. Pregunté en varios sitios si se había dejado el libro. Por fin lo localicé en Shoreham.

Una expresión sombría se extendió sobre el rostro del detenido.

—Si vosotros, los Hollister, no hubierais comprado el libro, podría haber tenido el tesoro para mí.

Jones dijo que se había enterado de que los Hollister, que eran buenos detectives, tenían intención de ir al barrio chino. Lo había oído en Shoreham y su compañero siguió a Pete y Ricky en un taxi.

—Intenté impedir que siguierais investigando, pero nada me dio resultado.

Jim miró con orgullo a sus nuevos amigos, diciendo:

—Se necesita mucho para detener a los Hollister.

—¿Quién se llevó a Hootnanny en el taxi? —preguntó Pam.

Jones inclinó la cabeza y admitió que su amigo, Spike Conlon, y él habían secuestrado a Hootnanny.

—Le dejamos en libertad cuando averiguamos el secreto.

—¿Les dije el secreto? —preguntó, con sorpresa, Hootnanny.

El prisionero explicó que, después de haberle golpeado, Hootnanny quedó casi inconsciente. Empezó a balbucir lo relativo al túnel.

—¿Así fue como pudieron entrar en la cámara secreta? —preguntó Jim.

También Pete tenía una pregunta que hacer.

—¿Dónde se ocultó usted cuando le perseguimos por aquel vestíbulo?

Jones respondió:

—No siempre he sido un ladrón. De joven fui acróbata en un circo.

—¡Lo adivinaste, Pam! —dijo Kathy—. Por eso llegó a la escalera de incendios.

Mientras se sostenía aquella conversación, el oficial Hobbs había telefoneado, pidiendo un coche celular. Llegaron dos oficiales que se llevaron a Jones.

Jim dijo a la señorita Helen que podía estar segura de que su padre se encargaría de arreglar la pared destrozada.

—De no ser que quiera usted tenerla abierta para aprovechar el túnel.

—Nada de eso. Y espero que vuestro padre se lleve a Kuan Yen. Ahora que lo sé todo, creo que no me pertenece en absoluto. Pertenece a la familia Foo.

—¡Eso me recuerda algo! — exclamó Pete—. Tengo que comprar un jarro para los Chen.

Buscó por la tienda y descubrió una hermosa pieza, de la época Ming, parecido a aquel que se le había roto. Pero resultó ser muy caro. Pete quedó algo tristón. No iba a poder comprarlo.

Entre tanto, la noticia del gran descubrimiento había propagado; por todo el barrio chino. Muchos residentes de aquella zona acudieron a felicitar a los Hollister.

Una y otra vez los Foo les dieron las gracias por su excelente trabajo detectivesco. El señor Foo vendió el

pájaro de jade al señor Hong Yee por una gran suma de dinero.

—Ahora —dijo el padre de los gemelos, cuando acudió al apartamento de los Hollister—, mis hijos ya no tendrán problemas para ir a la escuela.

Jim y Kathy, que llevaban un gran paquete, sonrieron a Pete.

—Aquí tienes algo para que te lleves a Shoreham —dijo Jim.

Pete abrió el paquete.

—¡Zambomba! El jarro que quería para los Chen.

—Sí —dijo Kathy—. Nos hemos enterado de que rompiste uno mientras trabajabas en nuestro misterio.

En medio de tantas emociones sonó el timbre. Abrió la puerta el señor Hollister, que se encontró con el señor Davis.

—Hola, Charlie. Entre y entérese de las buenas noticias.

Cuando se lo hubieron contado todo, el señor Davis sonrió.

—¡Magnífico! Pues yo, John, también traigo buenas noticias.

—¿De qué se trata?

—Nuestro Satélite Volante ha estado en órbita por todo el Hobby Show del Coliseum. Vengan todos. Que les llevaré a verlo.

Media hora más tarde, los Hollister

y los Foo cruzaban las sólidas puertas de un enorme edificio sito entre Broadway y la Calle Cincuenta y Nueve.

—Éste es el Coliseum —dijo el señor Davis—. En Nueva York todas las grandes exposiciones tienen lugar aquí.

Los Hollister nunca habían visto antes algo como aquello. Después de pasar por un amplio vestíbulo, llegaron a una sala inmensa. El techo estaba a la altura de dos pisos.

El lugar estaba lleno de muestras de todas clases y de gran número de visitantes. Muchos miraban hacia arriba. Pete siguió aquellas miradas.

—¡Mirad!

Cerca del techo flotaba la luna de juguete y, en torno a ella, circulaba el Satélite Volante, que subía y bajaba, manipulado por los visitantes.

—Ahora, otra sorpresa —dijo Charlie Davis, apoyando una mano en el hombro del señor Foo—. El Satélite Volante, gracias a nuestro amigo chino, aquí presente, ha ganado el primer premio en la exhibición de juguetes.

Al enterarse de aquello, todos los niños felicitaron a los mayores. Y Pam y Kathy se abrazaron. Pete y Jim ce palmearon los hombros, Holly y Sue palmotearon vigorosamente, mientras Ricky, en medio de tanta emoción, puso

sus manos en torno a la boca, a modo de bocina, y aulló furiosamente, hasta que le dio alcance su madre y le obligó a guardar silencio. Entonces, el pecoso se conformó con ir a estrechar la mano a los hombres.

Y entonces Holly comentó:

—Qué contenta estoy de que aquí no hayan ventanas.

—¿Por qué? —preguntó Pam.

—Porque no quiero que el Satélite Volante se escape otra vez.

Al oír aquello, todos los presentes rieron. Y en aquel momento se oyó decir por el altavoz:

—Tenga la bondad, los señores

Davis, Hollister y Foo, de acudir a buscar su premio como colaboradores en la creación del más nuevo de los juguetes del mundo: el Satélite Volante.

Y mientras los tres hombres se encaminaban a recibir la recompensa, Sue exclamó en voz muy alta y chillona:

—¡Cuánto me gusta la ciudad de los Rascacielos!



F N

